



**UNIVERSIDAD DE CHILE
FACULTAD DE CIENCIAS SOCIALES
ESCUELA DE POSTGRADO**

**LOS AVATARES DE LA PULSIÓN ESCÓPICA EN LA CONSTRUCCIÓN
CORPORAL DE MUJERES CON OBESIDAD**

Estudio sobre la participación de la mirada en mujeres adultas con obesidad

Tesis para optar al grado de Magister en Psicología Clínica de Adultos

Caroll Bergenfreid Schleyer

Profesor Guía: Esteban Radiszcz Sotomayor

Santiago de Chile, año 2017

**LOS AVATARES DE LA PULSIÓN ESCÓPICA EN LA CONSTRUCCIÓN
CORPORAL DE MUJERES CON OBESIDAD**

Estudio sobre la participación de la mirada en mujeres adultas con obesidad

RESUMEN

La presente investigación buscó conocer la participación de la pulsión escópica en la construcción corporal de mujeres con obesidad. La mirada en psicoanálisis tiene una configuración particular que permitió un acercamiento distinto al que han tenido otras investigaciones para dialogar con esta llamada epidemia. Para ello, se conoció el discurso de mujeres adultas que pudieron dar cuenta de los distintos significados de la obesidad a través del Análisis Estructural del Discurso.

Las participantes de este estudio buscan trascender la descalificación que sufren en el mundo de lo visible por tener un cuerpo desajustado al ideal. Para lograrlo, construyen un uso de su obesidad que las deja más allá de ser meramente vistas. Hablamos de la posibilidad de ser integradas a la mirada por Otro que ha podido ver más allá del mundo de los objetos visibles.

Obesidad, Visibilidad, Mirada, Corporalidad.

En memoria de mi Lily.

"El primer deber de una mujer es ser bella"

(John Ruskin, 1851-53)

ÍNDICE

I. INTRODUCCIÓN	1
<hr/>	
II. MARCO CONCEPTUAL	14
<hr/>	
2.1. Capítulo 1: Arqueología de una mirada en el devenir de sujeto	14
2.1.1. La mirada, aspecto imaginario y simbólico en la aparición de la superficie corporal	21
2.1.2. Mimetismo: El saber hacer del cuerpo en el campo del Otro	28
2.1.3. La mirada como discontinuidad y continuidad de sujeto	31
2.2. Capítulo 2: El cuerpo, una noción construida socialmente	38
2.3. Capítulo 3: De la mirada como objeto a, a la constitución corporal	56
III. PRESENTACIÓN DE RESULTADOS	63
<hr/>	
3.1. Consideraciones Metodológicas	63
3.2. Dispositivo del Análisis de los Datos	68
3.3. Organización de la presentación de la información	70
3.4. Presentación de Participantes	72
3.4.1. Susana	72
- Reseña Biográfica Susana	72
- Esquema Estructural Susana	74
- Paráfrasis Susana	75
3.4.2. Paula	78
- Reseña Biográfica Paula	78
- Esquema Estructural Paula	81
- Paráfrasis Paula	82
3.4.3. Elizabeth	85
- Reseña Biográfica Elizabeth	85
- Esquema Estructural Elizabeth	87
- Paráfrasis Elizabeth	88
3.4.4. Cynthia	91
- Reseña Biográfica Cynthia	91

- Esquema Estructural Cynthia	93
- Paráfrasis Cynthia	94
3.4.5. Camila	97
- Reseña Biográfica Camila	97
- Esquema Estructural Camila	98
- Paráfrasis Camila	100
3.5. Resultados Generales	103
- Esquema Estructural General	103
- Paráfrasis Integrada	104
IV. DISCUSIÓN DE RESULTADOS	111
<hr/>	
4.1. El más allá de la obesidad y su anudamiento a la Fantasía	111
V. CONCLUSIONES	123
<hr/>	
VI. REFERENCIAS BIBIOGRÁFICAS	128
<hr/>	
VII. ANEXOS	137
<hr/>	
7.1. Pauta entrevista participantes	137
7.2. Consentimiento informado para participantes	141
7.3. Consentimiento informado para nutricionistas	144
7.4. Cuadro de Holbein “Los Embajadores”	147

I. INTRODUCCIÓN

El presente estudio se inserta en el campo temático de la subjetivación corporal de mujeres jóvenes con obesidad. Se buscó comprender cómo la mirada, entendida desde el psicoanálisis como un objeto pulsional constitutivo del sujeto, participa en dicha subjetivación, en las prácticas y significaciones de un cuerpo obeso. La relevancia de esta investigación surge principalmente desde el discurso de las propias entrevistadas, quienes presentaron, de forma ineludible, un lugar central a la mirada en la construcción que establecen de sus propias corporalidades con obesidad. Por tal razón, queriendo retomar sus propias apreciaciones, esta tesis buscó dar cuenta de las principales dimensiones en que jóvenes mujeres con obesidad se sienten interpeladas por la mirada para contribuir con nuevos alcances teóricos y clínicos a toda la complejidad encontrada por distintas investigaciones en el campo de la obesidad. Con el objeto de profundizar lo anteriormente planteado, fue importante exponer las principales coordenadas que han tenido como interés los diversos estudios sobre obesidad. Desde un primer punto la organización de este estudio estará fundamentada por el discurso médico, para luego dialogar con las principales apreciaciones establecidas por las ciencias sociales, con el fin de llegar a los resultados que ha establecido el psicoanálisis sobre la obesidad.

En el año 2005, la Organización Mundial de la Salud (OMS, 2015) consideraba la obesidad como un factor de riesgo importante para enfermedades cardiovasculares, las cuales constituían una de las principales causas de mortalidad a nivel mundial. Posteriormente, en el año 2013, se estableció como una patología de características crónicas y, dado su creciente aumento y consecuencias graves para la salud, fue declarada epidemia. Inicialmente, se creyó que la obesidad era una enfermedad exclusiva de países ricos, enfatizando el excedente alimenticio como condición única de su surgimiento. Estudios

posteriores han arrojado datos de su gran aceleración en países de ingresos bajos y medios, particularmente, en los entornos urbanos.

En el caso específico de Chile, existe un incremento en su prevalencia, la cual sigue aumentando anualmente. Según la Encuesta Nacional de Salud (MINSAL, 2011), en el año 2003 un 61% de las personas presentaron sobrepeso, mientras que el 2010 esta cifra asciende a un 67%. Al año 2010, los hombres presentaban mayores tasas de sobrepeso, mientras que las mujeres tenían más obesidad, con cifras de un 19,2% y de 30,7% respectivamente. Estos datos derribaron la similitud de realidades encontradas en hombres y mujeres en las primeras investigaciones sobre obesidad y sobrepeso de la Organización Mundial de la Salud (OMS, 2005).

Debido a que los antecedentes muestran el gran aumento de la obesidad en la evolución de los resultados de copiosos estudios, la Organización Mundial de la Salud (2005) ha destinado el carácter de urgencia en la agenda de salud mundial para reunir y convocar a diferentes disciplinas, con objetivo de conocer distintos planteamientos que puedan contribuir con su desaceleración.

Por esta razón, a modo de encontrar un lenguaje en común, el grupo médico ha definido a la obesidad como una acumulación anormal o excesiva de grasa que puede ser perjudicial para la salud (OMS, 2016). Su detección formal está determinada por el Índice de Masa Corporal (IMC), que es el peso de una persona dividida por el cuadrado de su talla en metros. La consideración de un IMC igual o superior a 30 es calificado como obesidad, lo que se correlaciona con la posibilidad de comorbilidad con alteraciones cardiovasculares, diabetes, cáncer, entre otras. Pese a estos datos de carácter cuantificable que catalogan externamente el carácter de enfermedad de la obesidad, es clínicamente importante determinar si la obesidad es una enfermedad estimada por el propio sujeto. En contrapunto a los discursos sociales que inauguran lo entendido por patología, esta llamada "epidemia" es habitada por una corporalidad que guarda significados correlativos a la experiencia subjetiva, de modo que, necesariamente,

esta consideración estará implicada por cada sujeto que, desde sí, pueda definir su carácter de una forma distinta a lo establecido por el discurso y práctica sanitaria.

Considerando una visión histórica de la temática, nos encontramos con distinciones respecto a la significación de la corporalidad obesa a través del tiempo. Meza y Moral de la Rubia (2001) han establecido que la obesidad no siempre ha sido considerada como síntoma, ya que en épocas antiguas permitió la protección ante factores climáticos, el resguardo de la hambruna e, incluso, fue una forma de lograr un estatus social como indicativo de poderío económico. En consonancia a este argumento, desde las artes Peter Paul Rubens, célebre pintor del siglo XVII, quien retrataba a mujeres voluptuosas plasmando en la tela sus coloridos rostros como expresión de armonía, belleza y buena salud. Esto se confrontaba con la delgadez y debilidad que exhibía la hambruna de la época, entendida pues como signo de rechazo y enfermedad. Por otra parte, notamos que en la actualidad la obesidad en bebés es un índice de salud, comprobándose así los buenos cuidados que reciben, mientras que los delgados condensan significados culturales que los catalogan como desnutridos y faltos de preocupación materna y paterna.

Lo que es claro, es que la variabilidad de significados que guarda la obesidad muestran cómo su valoración positiva o negativa viene a impactar cíclicamente a cada época que pueda determinar su apreciación y valor. En virtud de lo cual su reparo como enfermedad pareciera estar regulada por una entidad exterior que designa si el cuerpo es vivido de un modo correcto o incorrecto, según los parámetros establecidos. Dichos parámetros van mutando de acuerdo a los distintos intereses que transmite una época o cultura, situando a la superficie corporal como un significativo escenario para establecer su mandato y considerar un cuerpo como sano o enfermo.

En la actualidad, la Organización Mundial de la Salud sería un referente regulador que atraviesa la visión social entregando una perspectiva de lo normal y

anormal, constituyéndose así una importante fuente que otorga una visión moralista sobre el modo de cuidar el cuerpo. Sus planteamientos promueven políticas de vida saludable como un indicador que instala a sujetos con un buen trato hacia sí mismo (MINSAL, 2015), mientras quienes no mantienen una vida de características sanas, promueven significados que los definen por tratarse de manera perjudicial y cultivar un cuerpo enfermo, propicio a la aparición de la obesidad. Reflejo de ello es el Índice de Masa Corporal, que indica el límite de cuándo es correcto e incorrecto la forma de vivir la corporalidad en base a criterios de sobrepeso y normalidad. De este modo, el cuerpo se vuelve un escenario sensible donde se ejerce un control social a través de criterios de sanidad, sustentado por una visión médica que Foucault (1998) ha llamado *Biopolítica*, una forma de ver a un cuerpo dominado por fines económicos que invitan al sujeto al hiperconsumo de lo saludable, a la vez que se promueve un cuerpo obediente a las formas adecuadas de vivirlo bajo parámetros de delgadez y vida sana.

En consonancia a lo anterior, las ciencias sociales han encontrado en la obesidad un gran interés para construir un marco explicativo que busca dar cuenta del comportamiento de esta llamada enfermedad. Muchos estudios muestran la importancia de situarse en la perspectiva del obeso, como un factor concerniente a entender la naturaleza causal de la obesidad (Cabello y Zuñiga, 2007) y acercarse a las razones que buscarían dar con su origen. La mayoría de las investigaciones de este campo disciplinario coinciden en la influencia del contexto familiar para la conformación de la obesidad (Betancour, Rodríguez y Gempeler 2007; Cabello y Zuñiga 2007; Carrasco, Gómez y Staforelli, 2008), volviéndose un nicho que debe ser explorado para establecer desregulaciones que influirían en la determinación de la obesidad. Sin embargo, independiente de los resultados obtenidos, uno de los méritos de las ciencias sociales es el logro de situar la escucha en la palabra del sujeto y volverse un intento de distanciarse de explicaciones médicas cuantificables que no han podido ver más allá de la superficie corporal.

En efecto, las ciencias sociales le han otorgado la palabra al sujeto y el psicoanálisis la ha retomado para mostrar que el cuerpo excede una dimensión orgánica. De modo que la consideración de la obesidad como síntoma es relativa a la perspectiva que se aborde. Cabe destacar a Hilde Bruch (1971), quien fue una de las pioneras en discrepar con las nociones normalizadoras de la obesidad, pues desde el psicoanálisis afirmó que la obesidad no necesariamente adquiere una connotación de síntoma. Así, sostuvo que en algunos casos esta condición corporal puede tener una función positiva, como un mecanismo compensatorio que favorece la adaptación del sujeto a una realidad externa. En base a ello, se permite derribar toda generalización que determine a la obesidad como producto de algún desorden emocional o patología de la personalidad (Bruch, 1962), y se inscribe la posibilidad de entenderla como formación de compromiso.

En este sentido, la obesidad sería síntoma al estar atravesada por un afecto que no se explica por razones biológicas, sino por un conflicto psíquico que deformaría contenidos reprimidos para burlar las barreras de defensa y encontrar en ella el compromiso entre las exigencias defensivas y el deseo inconsciente, alcanzando un positivo mecanismo adaptativo en el sujeto. Al igual que Bruch, la psicología del yo le ha dado gran énfasis en considerarla una expresión de las defensas yoicas (Bychowski, 1950; Richardson, 1939; Simon 1963), de modo que éstas vienen a ser la salida económica que encuentra un sujeto para enlazarse a su historia, mientras se protege de un afecto que tropieza con mayores dificultades de tramitación.

En consecuencia, podemos señalar que tempranamente el psicoanálisis se ha situado en los significados que cada sujeto ha construido de su obesidad y ha comprendido que la corporalidad está envuelta por cada subjetividad. Con ello se expone que la obesidad no es posible de abordar cuantificadamente, porque en cada cuerpo hay una singularidad que ha instalado una trayectoria, la cual favorece su emergencia de una manera única e irreproducible. Así, se ha develado lo que la disciplina médica o las disciplinas “psicologizantes” han

olvidado: demostrar que el cuerpo es construido significativamente. No hablamos de un órgano sin palabras, sino de un cuerpo que integra y articula su plasticidad en las propias palabras, “siendo esta dimensión un cuerpo simbolizado que es productor de cambios en la realidad de los sujetos” (Bilbao, 2016:12).

En el campo psicoanalítico son varias las investigaciones que se han interesado en la obesidad. Dentro de ellas, hay tres nichos teóricos que destacan por sobre el resto debido al gran énfasis que han encontrado los resultados de diferentes estudios. Uno de ellos ha puntualizado a la obesidad en relación con las pulsiones orales, mientras que otros la consideran un goce en su modalidad autista, por último, hay quienes proponen a la obesidad en vinculación con la imagen corporal de un sujeto.

Indagando en la primera fuente de investigación, la mayoría de los estudios sobre la obesidad y pulsiones orales han coincidido que habría una regresión o fijación a la etapa oral del desarrollo como un modo de aliviar la frustración externa (Richardson, 1939; Schick, 1947). Parte de estas frustraciones externas tendría relación con alteraciones vividas en la relación con la madre. Meza y Moral de la Rubia (2011) han señalado que los adultos con fijaciones orales pueden volcarse hacia la comida de forma compulsiva, en un intento por recuperar el confort y seguridad que experimentaban en la infancia, cuando el pecho de la madre proveía un medio seguro. Desde esta perspectiva, la obesidad se vuelve garante de alguna alteración de las pulsiones orales como consecuencia de la dificultad de tramitar la pérdida del lazo con la madre que proporcionaba un ambiente de seguridad. Al respecto, Abadi (1955) estableció que la vuelta hacia la etapa oral de la obesidad sería una forma de recuperar el objeto materno. En el tejido adiposo se internalizaría a una madre embarazada que envuelve al sujeto nutricionalmente. La obesidad y su modalidad oral también encontrarían una visión menos auspiciosa bajo los planteamientos de Arnaldo Rascovsky (1952). El autor propone que el individuo quedaría fijado en la etapa oral con la imposibilidad de ingresar a otras etapas del desarrollo. Por otro lado, Marty y M'Uzan (1974)

consideraron la regresión oral del obeso como un intento de evitar movimientos regresivos más severos que podían desorganizar al sujeto psíquicamente.

A partir de estos estudios que han permitido encontrar una clara correspondencia entre la obesidad y las pulsiones orales, se han ido desglosando investigaciones más actuales centradas en una hipótesis de tipo autista. Tendlarz, Oldecop, Donghi, Rodríguez y Weitzman (2009) consideraron a la obesidad como un goce en su modalidad autista al existir una satisfacción propia de la pulsión oral que estaría por fuera de todo discurso simbólico y lejano a la posibilidad de establecer lazo. Para los autores, se trataría de lo contrario al don, que refiere a los encuentros que enfatizan el intercambio social. Más bien, hablarían de un goce donde la existencia de un intercambio tecnológico estaría por sobre el intercambio social que ha dejado al sujeto víctima de una variedad infinita de objetos de consumo, entre los cuales el alimento viene a impactar en la subjetividad. El sujeto se entrega a una satisfacción compulsiva que configura una circularidad de goce autista, pareciendo quedar atrapado en una satisfacción pulsional inmediata.

En esta misma línea, Doménico Cosenza (2013) considera que la obesidad hablaría de una nueva modalidad de lazo con el Otro, ya que el sujeto podría desconectarse del deseo del Otro para responder con su cuerpo al Otro de la demanda. Su tesis se fundamenta en los nuevos circuitos alimentarios que se han instituido en la actualidad como una forma cerrada de Goce sin Otro, favoreciendo, al igual que lo señalado por la investigación anterior, un goce de tipo autista. Habría una falla de la mediación simbólica, lo que provoca la ausencia del lazo simbólico deseante. La hija se vuelve incapaz de encontrar un lugar en el lazo familiar como sujeto de deseo por la falta de una señal de amor como significante del deseo del Otro hacia el sujeto, respondiendo, únicamente, al Otro de la demanda. Esta respuesta se presenta de modo compulsiva en la obesidad, como un goce sin Otro en el campo del Otro que se despliega sin velos, ni contenidos, ni influido por la función del significante. La comida adquiriría el estatuto de compensación imaginaria ante la frustración total de no encontrarse en el deseo,

sucumbiendo a la posibilidad de que los enunciados se conciban como órdenes imperativas, de modo que el goce se impone al sujeto y lo eclipsa en satisfacer una demanda absoluta.

Por otra parte, las investigaciones que han considerado a la imagen corporal en relación a la obesidad han tenido que insertarse en el debate sobre la relación entre los trastornos alimentarios y las alteraciones en la imagen corporal, bien sea la primera efecto de la segunda o viceversa. Particularmente en el caso de la obesidad, la mayoría de las investigaciones coincide que estaría conformada como consecuencia de los disturbios de la imagen corporal (Bobadilla y López, 2014; Brownell y Schwartz, 2004; Davis, Mirza, y Yanovski, 2005; McCabe y Ricciardelli, 2004; Rivarola, 2003; Smolak, 2004 y Zamorano 2009), aunque la discusión no está cerrada y se postula la distorsión de la imagen corporal como efecto secundario a cómo la sociedad observa un cuerpo obeso de acuerdo al ideal, influyendo en la percepción que un sujeto tendría de su propio cuerpo.

Algunos de los principales resultados de las investigaciones sobre imagen corporal y obesidad, refieren a las fantasías de achicamiento que encontrarían los obesos ante la idea de imaginarse en un cuerpo delgado (Zukerfeld, 2011). De este modo, la delgadez se volvería una amenaza inconsciente para sujetos que han logrado constituirse en base a su obesidad. Para Salaberria, Rodríguez y Cruz (2007), las mujeres con obesidad estarían expuestas al escrutinio social que produce las alteraciones de la imagen corporal. Este hecho produciría malestar y activaría la autoevaluación negativa que mantendría la distorsión. Al respecto, Bobadilla y López (2014) establecieron que las mujeres tendrían más alteraciones a la imagen corporal que los hombres, debido a la mayor susceptibilidad que presentan a los ideales estéticos. Ideales estéticos que estarían estrechamente ligados a los patrones de delgadez valorados como signo de triunfo para mujeres (Rivarola, 2003).

Dicho esto, a modo de interrogar lo antecedentes teóricos presentados, cabe mencionar que para el caso del goce de modalidad autista que estaría

comprometido en la obesidad (Cosenza, 2013; Tendlarz et al., 2009), se vuelve dudoso si será realmente posible evitar el encuentro con la castración materna, ya que el interés de apartarse de la falta no lo hace eximirse de ella sin darle un lugar en su estructura psíquica. Asimismo, el responder a la demanda no lo absuelve de la confrontación que establece con su deseo, ya que el hecho de no encontrar un lugar desde donde sostenerse en el deseo de Otro, puede hablar de un deseo que, precisamente, se hace presente en base a la consideración de esa ausencia de lugar, activando una serie de significados que darán cuenta de la construcción que ese individuo hace de sí mismo. En mérito de ello, formar una relación sin Otro, sonaría a una imposibilidad que derribaría la contingencia de la consideración de la modalidad autista como entrada posible al entendimiento de la obesidad.

A modo de respaldar este planteamiento, cabe citar a Roberto Esposito (2009), quien desarrolla el concepto de comunidad como un sistema común que inserta al sujeto en el don mediante un compromiso de donación recíproca. El grupo, el ser-juntos, es una condición de coexistencia unido por una modalidad de deuda conjunta que se vuelve intrusiva, incluso comprometiendo la corporalidad que cae en riesgo de ser “contagiada”, es decir, alterada por mecanismos políticos que buscarían transformar y corromper la vida. La comunidad es una cualidad que responde a la naturaleza de los sujetos y que los hace reunirse en el punto común de un deber o deuda que se basa en una modalidad carencial. Solo se puede ser en el conjunto frente a ese deber que direcciona hacia la otredad y que vuelve a los individuos sujetos expuestos y desapropiados en su carencia, viéndose asentados hacia la comunidad para existir en relación y responder a la voluntad de esta ley. No obstante, la Comunidad tendría un anverso llamado Inmunidad, una instancia que trasciende el horizonte del grupo y que busca exonerar a los individuos de sus responsabilidades con tal de lograr la conservación de vida, crear un territorio privado que restaure y proteja de las deudas que lo dejan sometido al don.

La inmunidad no es una categoría separada de la comunidad, más bien, su modalidad invertida, la hace ser el reverso de la comunidad, logrando una cara irrenunciable que involucra la imposibilidad de la existencia de la comunidad sin inmunidad y de la inmunidad sin comunidad. El inmune genera la ingratitud de quien intenta zafarse de la deuda, dispensándose de las obligaciones que conciernen a los otros. Su logro reside en frenar la potencia negativa de la comunidad, lo que hace de su necesaria condición como reverso de la comunidad, una ineludible expresión para que pueda surgir la comunidad, ya que “sólo el ingrato puede ser un sujeto o un individuo que proyecta un sentido, y que al negar la prescripción de ese don obligatorio, originario, y constitutivo, acaba por determinar ese punto de llegada en el cual es posible la vida” (Cano, 2009:95). En este sentido, el lugar de inmunidad como creencia ficticia de un sujeto separado al cumplimiento de la ley social, entrega el sentido para que la misma posibilidad pueda existir, siendo un lugar construido por la normativa que hace posible la condición de existencia de una deuda para activar el intercambio social.

De esta manera, con la inmunidad el sujeto no hace una relación para sí mismo plegado de una individualización que se cultiva por fuera del grupo, sino que su expresión como contrapartida de la comunidad, la vuelve una nueva respuesta que involucra al Otro. La génesis es que comunidad e inmunidad, como reverso y anverso de la constitución en el grupo, exponen la imposibilidad de crear lazo fuera del Otro, generando la peripecia de desestabilizar la idea del Goce autista conferido a la obesidad. No porque exista un atracón solitario como factor concerniente a la explicación de la obesidad, hablamos de relación sin Otro, lo que hace abordable y sostenible la posibilidad de situarnos más allá de la demanda e interrogar a la obesidad desde la constitución que ha tenido en torno al deseo, como un lugar donde el sujeto ha podido armar una respuesta a la pregunta por el deseo del Otro. Así queda en posición de ubicarse como objeto bajo la suposición de que al Otro algo le falta y poder asegurar un lugar en la cadena deseante.

Por otra parte, con el respaldo de los antecedentes expuestos, esta investigación buscó interrogar ampliamente a mujeres obesas sobre la relación que encontrarían en la oralidad para la emergencia de su obesidad. Intención que no arrojó elementos destacables que puedan responder a la regresión de una etapa oral en la que el sujeto quedó fijado, ni tampoco consideraciones que dejaran entrever la necesidad de volver al confort experimentado primariamente con la madre, ni menos, reparos para la posibilidad de una estructuración psíquica a modo de evitar problemas más severos. Al margen de ello, aquello que apareció de modo imponente en los datos analizados, fue la participación de la mirada en la obesidad como un factor transversal en el discurso de las participantes.

Los disturbios de la imagen corporal surgieron, explícitamente, frente al valor que entrega lo social a un ideal de cuerpo y su consecuente condena por presentar un cuerpo de características erróneas frente a lo que se ha considerado correcto. De esta manera, las alteraciones de la imagen del obeso vienen a ser consecuencia del juicio social como un aspecto cercano a la visibilidad de la cual se ciñe lo escópico, para dar cuenta de la importancia del campo de la mirada. En este sentido, la obesidad puede guardar elementos que expongan cómo un sujeto busca hacerse mirada e instalarse como objeto de la visión, a la vez que, esa mirada retorna a sí mismo y se vuelve un individuo con la posibilidad de mirar desde una configuración que podría estar radicada en su propia obesidad. Por tanto, se torna un nicho imposible de desconocer en los discursos que entrecruzaron a la obesidad con lo escópico. Ergo, más que indagar la correspondencia de la obesidad a: la oralidad, imagen corporal o goce autista, los datos entregados de esta tesis han permitido un acercamiento a la experiencia propia de la obesidad frente al territorio de lo escópico. Desde donde es posible un acercamiento a las distintas dimensiones de la mirada involucradas en la corporalidad con obesidad.

La falta de investigaciones que cruzan la obesidad con la pulsión escópica no deja de ser relevante y a todas luces alarmante cuando lo escópico cumple una

función en extremo importante al ser el terreno anudado a la pretensión del sujeto de hacer hendidura en el Otro. El registro pulsional escópico va más allá de la demanda encontrada en la pulsión oral, más bien el sujeto busca que el Otro se abra a su deseo, estableciéndose un deseo del lado de Otro, un llamado al Otro que podría anudarse a la corporalidad obesa. El sujeto intenta restaurar su falta original en esta búsqueda del objeto irremediabilmente perdido. De esta forma construye su relación con el Otro, en la búsqueda de que se abra a su deseo, en un movimiento pulsional que Lacan ha resumido en la forma gramatical de *hacerse ver* (Lacan, 1964), concentrando la actividad de la pulsión en este hacerse que inevitablemente llama a la presencia de Otro. Dicho esto, *¿podríamos decir que el circuito de la pulsión escópica se activa de una forma particular al servicio de la obesidad? ¿Será posible establecer que en la noción de obscenidad que encuentra la obesidad en lo visible, como lo ha señalado Baudrillard (1983), entre otros, la obesidad irrumpa la visión haciendo especie de señuelo para atrapar la mirada de Otro?*

Si bien, las razones de la emergencia de la obesidad no buscan ser respondidas en esta investigación como lo han establecido los estudios sobre la pulsión oral, esta tesis en su pretensión de considerar la pulsión escópica como una lectura pertinente a la obesidad, ha buscado señalar que a partir de la obesidad se crean condiciones particulares para activar el movimiento circular escópico donde las mujeres buscarían darse a ver. No obstante no hablamos de un darse a ver como algunos estudios lo han establecido respecto al tatuaje y la mirada (Yépez, 2015), donde el sujeto busca intencionalmente cautivar la mirada de Otro con las marcas en su piel para recibir la satisfacción de darse cuenta que está siendo mirado por Otro y así encontrar un espacio para su subjetivación. Respecto a este planteamiento sería apresurado establecer que la obesidad, al igual que el tatuaje, nace con objetivo de cautivar la mirada de Otro, sin embargo a partir de su existencia pondría al servicio de ella la activación del circuito pulsional escópico para darse a ver.

Para poder responder estas preguntas y acceder a los resultados de esta investigación, fue necesario transitar por diferentes coordenadas teóricas que involucraron el campo de la mirada. Así fue posible alcanzar lo expuesto en los discursos de las entrevistadas, desde una postura que permita interrogarlos con el conocimiento de los antecedentes. Por esta razón, a continuación se organizaron tres capítulos correspondientes al marco conceptual, que buscaron exponer las principales dimensiones del contenido escópico.

II. MARCO CONCEPTUAL

2.1. Capítulo 1: Arqueología de una mirada en el devenir del sujeto

Freud plantea el término *Trieb*, -pulsión-, para explicar las fuerzas que provienen de las tensiones somáticas del ser humano. Lo define como “un concepto fronterizo entre lo anímico y lo somático, como un representante psíquico de los estímulos que provienen del interior del cuerpo y alcanzan el alma, como una medida de exigencia de trabajo que es impuesta a lo anímico a consecuencia de su trabazón con lo corporal” (Freud, 1905: 117). Si bien encuentra ciertas concordancias con el estímulo, se diferencia en que la pulsión proviene del mundo psíquico, mientras que el estímulo se liga a satisfacer las necesidades fisiológicas del sujeto en su realidad externa. El estímulo es una fuerza de choque que opera de modo inmediato, contrario a la pulsión que es una fuerza constante, la cual imposibilita la huida.

En *Pulsiones y destinos de pulsión*, Freud (1915) estableció -*el trastorno hacia lo contrario*-, como una de las principales características de la pulsión que daba cuenta de una mudanza pulsional mediante la vuelta de la actividad a la pasividad. En virtud de esto, existirían dos pares de opuestos que en el caso del sadismo, sería el masoquismo, mientras que el placer de ver encuentra su oposición en el exhibicionismo. Específicamente en la pulsión escópica, la meta activa de mirar es reemplazada por la meta pasiva, ser mirado. En esta trasmutación aparece el ver como la actividad dirigida a un objeto ajeno, que en su resignación, surge la segunda característica de la pulsión, -*la vuelta hacia la persona propia*-, exponiendo el giro de la pulsión de ver hacia una parte del cuerpo propio, mediante un cambio de vía que mantiene inalterada la meta. El mirar un objeto externo es resignado y reemplazado por la persona propia, lográndose, simultáneamente, la mudanza de una meta activa en pasiva.

La particularidad de la pulsión escópica es la convergencia que guarda el placer de ver con el placer de ser visto. La unión manifiesta en meta pasiva y activa reunida en la propia persona, quien mirando su propio miembro reúne el placer de la meta pulsional de ver y ser visto. Empero, antes de la unión de meta pasiva y activa, hay una etapa autoerótica donde “los destinos de pulsión que consisten en la vuelta sobre el yo propio y en el trastorno de la actividad en pasividad dependen de la organización narcisista del yo y llevan impreso el sello de esta fase” (Freud, 1915: 127). Así, el objeto pulsional encuentra la satisfacción en el propio cuerpo dado su formación narcisista. Objeto que solo más tarde podrá ser localizado externamente, iniciando la circularidad de la pulsión escópica en meta activa, para trasladarse a una meta pasiva y finalmente encontrar el placer en *-mirarse-* como punto en común entre mirar y ser mirado.

Así como como ver y ser visto, voyerismo y exhibicionismo, son dos caras de la pulsión escópica que transitan en un movimiento propio a la circularidad de la pulsión, Lacan plantea que “toda pulsión debería resumirse en un solo tiempo de verbo que es: hacerse mirada” (Lacan, 1964: 25). Para comprender este planteamiento, es necesario recurrir a las diferencias sustanciales que encuentran el ver y mirar en el campo escópico. Desde un lado, el ver asume el circuito que va desde el yo hacia la imagen de la cosa posada en la realidad externa, mientras que el mirar se activa por una imagen que viene de la cosa hacia el yo, sin la necesidad de ser una imagen visible. El ver significa no tener sorpresa de encontrar lo que se quiere ver y poder reconocerse en ello, contrario al mirar que trasciende el ver, por instituir la sorpresa que ocasiona al yo como una imagen que vislumbra y disuelve al yo imaginario, posándose en el campo del Otro. Como dice Lacan (1964): “la mirada es [...], no una mirada vista, sino una mirada imaginada por mí en el campo del Otro” (p.91). El ver es corrompido por la fascinación que envuelve la mirada, generada por una luz incandescente que surge desde la superficie del Otro.

Lacan (1964) luego de haber trabajado la constitución subjetiva de ser sujetos hablados por la lógica del significante, se encuentra con que somos mirados. Como dice Miranda (2003), “ahora Lacan hace notar que la lógica del significante no alcanza para dar cuenta del inconsciente. Y algunas sesiones más adelante, se detiene a trabajar sobre la mirada y agrega algo nuevo: además de ser hablados, *somos mirados*” (p.72). La mirada no tiene relación con la percepción, sino con la apertura como sujeto de deseo en el campo del Otro que se “constituye en el campo escópico como un dado a ver, como ofrenda al ojo del Otro en un intento de contener la mirada que se constituye como un misterioso más allá del discurso, que configura su condición particular” (Miranda, 2003: 74). El Otro no sólo nos inserta en el mundo hablado y entrega los discursos de los cuales sostenemos, sino también, mira desde una forma que confronta el deseo.

Mirar es ser mirado con la particularidad que “solo veo desde un punto, pero en mi existencia soy mirado desde todas partes” (Lacan, 1964: 80). El sujeto es mirado desde aquello que ha construido como respuesta a la pregunta por el deseo del Otro, a partir de lo cual se constituye quedando en posición de ubicarse como objeto en la suposición de que al Otro algo le falta y así asegurar un lugar en el deseo. En la respuesta que se arma a través de la fantasía, la pulsión escópica cumple un rol decisivo, ya que, al quedar en un circuito circular propio de la pulsión, el hacerse mirada para el Otro retorna al sujeto siendo él el que mira. De esta forma queda en la pretensión por el deseo al Otro, siendo un deseo del lado de Otro, un llamado al Otro, que se articula en la tramitación que hace un sujeto, para quedar expuesto en su constitución subjetiva y superficie corporal.

Para aclarar este punto, es importante remitirse al diálogo que estableció Lacan con Merleau-Ponty, donde surgieron algunas concordancias que fueron retomadas por Lacan para profundizar su planteamiento sobre la mirada. Dejando a un lado el intento de Merleau-Ponty por asemejar el sujeto fenomenológico al psicoanalítico, Lacan destaca el desarrollo de su teoría de la visión, donde Merleau-Ponty propuso una unidad prereflexiva del sujeto y el mundo, que en su

obra *Fenomenología de la percepción* (1957), fue descrito como: conciencia perceptiva, cuerpo vivido, presencia de ser en el mundo, intencionalidad operante etc. Para él ser mirado desde todas partes implicaba estar en el punto cero de las coordenadas, ser el origen, la carne del mundo, el punto original de la visión, desde donde el mundo se desenvuelve. No obstante, así como un sujeto es el punto de inicio, también es objeto para otro que ese encuentra en las coordenadas del punto cero, especificando que un individuo puede ver y ser visto simultáneamente.

Para poder cumplir este cierre del circuito escópico en que el sujeto es situado a la vez como objeto, es importante primeramente ser mirado, ya que ser mirados nos deja en el espectáculo del mundo. Esto es posible gracias a un ojo rector que inviste al sujeto de un fin para su existencia, con la particularidad que es un ojo preexistente a la posibilidad de mirar. En este sentido, para Merleau Ponty, la carne no sería el cuerpo, sino su condición de posibilidad gracias a la mirada constitutiva preexistente que lo forma a partir de los significados que le transfiere. Asimismo, cuando surge la aparición de la cosa, hablaríamos de la aparición de la mirada, la cual ha permitido el ingreso al campo de lo visible.

Ver a un objeto dentro del campo de lo visible, es considerar que guarda un anverso en el mundo invisible. Como lo ha explicado Rudolf Bernet (2011): “lo invisible habita en cada cuerpo y se ancla a cada parte del cuerpo. Lo invisible es incapaz de hacerse visible, y en medida en que en cualquier momento es un invisible en particular, se adhiere a la superficie de lo visible como el reverso de algo se adhiere a su anverso” (p.132). Cada elemento de la existencia, tendría un lado invisible “que lo vuelve presente como cierta ausencia” (Merleau-Ponty, 1966: 21-22), de manera que lo invisible no es lo que no se conoce, si no lo que se hace presente, precisamente, por no ser parte de la percepción y dejar una huella de vacío significativa en la conformación subjetiva.

Este punto de imposibilidad permite el nacimiento de la visión, o como dice Merleau Ponty: “el cuerpo visible, por medio de un trabajo sobre sí mismo, prepara el hueco donde emergerá la visión” (1966: 173). Así expone que, lo invisible no es aquello que puede emerger hacia la visibilidad, sino lo que es estructuralmente imposible de ver, pero que sin embargo, logra sostener a la visión. Lo invisible no sería lo contrario a lo visible, sino cada objeto permitido a la visibilidad tiene un aspecto invisible que se muestra en ella sin aparecer. Ni por esfuerzo es posible hacerlo visible, pero de igual modo logra empujar su aparición. Hablamos de un punto de imposibilidad, un resto de impercepción que permite el nacimiento de la visión, siendo la contrapartida secreta de lo visible.

Desde la fenomenología Merleau-pontiana, el inconsciente es asemejado a un *-fondo desapercibido-*, donde la figura si no logra verse en contraste con el fondo, no podría distinguirse claramente y emergería el inconsciente. Cada sujeto sería para sí mismo su propio fondo, cuando no es posible de conocer bajo la lógica de la percepción, de la visibilidad, sin embargo es posible de existir con los elementos internos inconscientes que forman su aparición. En mérito de ello, el recorte de la invisibilidad aparece pujante a los efectos de la percepción, como los núcleos de significación alrededor de los cuales puede construirse el sujeto, como sujeto y objeto simultáneamente.

Esta reversibilidad de la visión de Merleau-Ponty es considerada por Lacan como uno de los principales fundamentos para armar su teoría sobre la mirada. A su vez, también destaca que aquello que aparece siempre está dirigido a Otro antes que a sí mismo, testimoniando la similitud de ambas teorías que, hasta este punto, se encuentran en un gran diálogo. Para Merleau-Ponty, lo que aparece ante la mirada no surge desde el sujeto, sino desde una entidad común que escaparía de la conciencia representacional mostrando el campo de la invisibilidad, o como ha sido dicho, de la carne del mundo. Bernet (2001) ha explicado que esta instancia “se hace sentir en la experiencia muda de una ‘fe perceptiva’ [...] siendo ese espacio vacío y ese tiempo ausente los que evitan que el cuerpo se enrosque

por completo en sí mismo. Por consiguiente, la mirada es un invisible *in actu* o, más precisamente, en movimiento, el cual, al deambular por los cuerpos visibles en una búsqueda interminable, asume diferentes formas, quedando inmerso en todo momento en la materia elemental de la carne invisible del mundo” (p.132-133). A fin de cuentas, lo que la teoría Merleau-pontiana expresa es una entidad anterior a la visibilidad que encuentra la más cercana correspondencia con la teoría de Lacan y el Otro en el campo de la mirada. Esta anterioridad se vuelve la garantía de lograr la visibilidad a través de los elementos que le son transferidos a un sujeto para hacerse perceptible. Por tanto, la mirada configuraría aquel objeto no empírico que anima la moción de ver.

Si bien Merleau-Ponty y Lacan han coincidido en esta instancia preexistente a la emergencia de la visión, se diferencian en los caminos que han encontrado para fundamentarla. Por una parte el fenomenólogo alcanza el terreno descriptivo ya desarrollado, mientras que Lacan da un paso al asociarlo al deseo y a la angustia. En sus palabras señala: “la mirada solo se nos presenta bajo la forma de una extraña contingencia, simbólica de aquello que nos encontramos en el horizonte y como tope de nuestra experiencia, a saber, la falta constitutiva de la angustia de castración. El ojo y la mirada, ésa es para nosotros la esquizia en la cual se manifiesta la pulsión a nivel del campo escópico” (Lacan, 1964: 72-73). Para Lacan esta instancia invisible, esta mirada constitutiva que permite la capacidad de ver, se sostendría en la angustia de castración, que por medio de una falta inmanente, guía al sujeto en su búsqueda en el campo de la percepción, en el deseo del Otro.

Otro punto relevante que da cuenta la teoría de la mirada en Lacan, es la influencia de Sartre, quien en su obra *El ser y la Nada* (1966) contribuye con la aparición del otro afectando al sujeto mucho antes de existir en el mundo perceptible. Con su ejemplo remitido a la vergüenza, desarrolla la importancia del otro en sí mismo, donde esta emoción sería clave testigo de la aparición de aquel otro con su mirada. Al respecto, Bernet señala que “la manera como aparezco

ante mí bajo la mirada de otro es, indudablemente, un fenómeno “llano”, puesto que no soy más que el correlato, el punto extremo, el objeto-en-sí de su mirada” (2011:129), que hace aprehender la mirada con un poder profundo y desconcertante. La mirada es un fenómeno invisible tanto para el que hace de objeto, punto captador de la mirada, como aquel que mira, ya que el acto de mirar y ser mirado es afectado por un punto ciego que revela la imposibilidad de ver la mirada, y menos apropiarse de ella.

Al igual que en Lacan, para Sartre la mirada es parte de un trayecto escópico en constante movimiento, que busca su aparición. Cuando un sujeto recibe la mirada de otro semejante, puede reordenar las perspectivas del mundo. Si el otro “ve lo que yo veo, mi conexión fundamental con el prójimo-sujeto ha de poder reducirse a mi posibilidad permanente de ser visto por él [...] el ‘ser- visto- por- otro’ es la verdad del ‘ver- al- otro’” (Sartre, 1966: 360). A cada instante el sujeto es mirado por el prójimo, empero la mirada no es el ojo, el ojo es solo la manifestación de la mirada. Para Sartre el sujeto convive con la aparición de la mirada que hace que pueda sentirse mirado por alguien que ni siquiera ve. En este sentido, la mirada tiene un significado de irrupción que sorprende al sujeto ante su vulnerabilidad que lo hace ser visto por otro semejante. A partir de este momento, el sujeto reordena sus perspectivas del mundo y se vuelve distinto, al devenir objeto para la mirada de otro semejante.

Lacan retoma este argumento para mostrar sus diferencias con la teoría de Sartre, precisamente, en cuanto la mirada para Lacan (1964) “no es una mirada vista, sino una mirada imaginada por mí en el campo del Otro (...) presencia del Otro en tanto tal” (p. 25). El ojo puede ver los objetos exhibidos en la realidad, pero no atrapar la mirada que se encuentra entre la visión y lo visible (Radiszcz, 2005). En este sentido, Lacan aclara que no hay reciprocidad en el campo escópico y aquello que mira no son ojos del otro semejante, sino la presencia imaginada del Otro en los objetos visibles. La mirada se vuelve objeto para apuntar desde lo visible al sujeto, especificando, que no somos sorprendidos por

una mirada, sino constituidos por ella en base a la emergencia que logra el sujeto con su aparición. Es decir, el sujeto busca reencontrar la mirada perdida que no se localiza ni en el ojo que ve ni el objeto visto, sino en un espacio intermedio al cual el sujeto se entrega para poder ser integrado a la visibilidad.

Lacan subraya la insuficiencia del planteamiento de Sartre para exponer que aquello que la mirada guarda, no es la vulnerabilidad de la posición de objeto en el campo del otro, pues lo que sorprende de la mirada es el intento del sujeto de sostenerse en la función del deseo. Sartre logra captar la función del otro en la emergencia de la mirada, sin embargo se mantiene en un espacio transubjetivo del cual Lacan se distancia para situar la función del deseo como aspecto elemental en el devenir del sujeto en el campo del Otro. El sujeto para Lacan se dirige al Otro esperando que se abra a su deseo para darse a ver.

A partir de estos planteamientos de Sartre y Merleau-Ponty, Lacan lleva discusiones filosóficas al campo del psicoanálisis para mostrar como las discrepancias teóricas pueden ser un asidero para generar un espacio más allá de la crítica, y así poder plantear consideraciones teóricas que han permitido enriquecer su planteamiento.

2.1.1. La mirada, aspecto imaginario y simbólico en la aparición de la superficie corporal.

De acuerdo a lo planteado, la mirada es parte central en la constitución subjetiva que guarda su correspondencia con la superficie corporal. Sin embargo, antes que la corporalidad pueda ser vivida como una totalidad es fundamental atravesar una instancia formadora que Lacan (1949) ha llamado *Estadio del Espejo*. Con esta instancia Lacan busca reivindicar el pensamiento de Freud y responder la relación que tiene la imagen en la construcción subjetiva,

específicamente, en la correspondencia del cuerpo con la imagen que el espejo brinda en la estructuración narcisista.

El Estadio del Espejo es crucial en el desarrollo del niño y trae una mixtura de elementos que exponen la importancia del Otro y la mirada. El niño se encuentra viviendo una sensación de fragmentación que lo invade por la experimentación de sus pulsionales parciales que lo hacen investir al propio cuerpo. Es un niño, que Freud (1914) ha expresado bajo la alusión de -“*His Majesty Baby*”-, en el cual los padres depositan toda la perfección que ellos alguna vez tuvieron en su narcisismo primario e invisten a su hijo o hija “en virtud de la configuración de su propio narcisismo, es decir, en relación a la manera en que ellos, como hijos, fueron amados” (Fliman, 2008: 71). Posteriormente, las pulsiones parciales debiesen investir objetos externos para que esa investidura vuelva sobre el yo y pueda tomarse él mismo como objeto, instalando lo que Freud llamó narcisismo secundario. Para lograrlo, la castración instala el corte del paraíso fálico obtenido en el narcisismo primario, donde el cuerpo de la madre permitía una asociación indiferenciada de goce en la diada madre-hijo y su renuncia favorecería la consolidación del yo (Freud, 1914).

Esta idea freudiana es retomada por Lacan (1949) para dar cuenta que el nacimiento del yo en el estadio del espejo, es permitido por la libido devuelta de objetos externos que favorecen la función unitaria del yo. El yo lacaniano surge a partir de una imagen exterior que viene a anticipar la unidad corporal. La totalidad de su imagen es experimentada como una conquista que lo lleva a tomar posesión sobre ella y lograr el júbilo de su unidad a través de la imagen que le brinda el espejo. Su imagen, su cuerpo imaginario, trae las primeras marcas de investidura que lo alejan de un cuerpo organismo permitido por la imagen de Otro, que proviene desde un lugar externo al niño y favorece la unidad por un recubrimiento imaginario de lo real.

La imagen total que logra percibir en el espejo, anticipa el control que podrá ejercer sobre su cuerpo, asumiendo una transformación que lo deja fijado a una

visión que acepta como suya. Esta identificación primera que logra el niño en el espejo, es a una Gestalt representada por otro, es decir, una identificación a la pura forma vacía de contenidos que puedan dar cuenta de sí. Sin embargo, gracias a esta primera identificación, el niño podrá identificarse a la imagen que le entrega contenidos para completar esa forma vacía. “El “yo” humano se constituye sobre el fundamento de una relación imaginaria, en donde el narcisismo secundario expresa el origen imaginario de la función del yo” (Gomberoff y Reyes, 1994: 47), dado por una matriz simbólica primera que permite su emergencia. Por tanto, si las identificaciones a las imágenes son todas identificaciones imaginarias, la primera identificación es simbólica, ya que el niño está sostenido por el discurso de sus padres incluso antes de nacer, “[...] puesto que el discurso estaba ahí desde el principio, aunque fuese en su presencia impersonal” (Lacan, 1960a: 635).

El otro, en tanto Gestalt, tiene un valor cautivador para la estructuración de la realidad, empero también guarda la alienación fundamental a la imagen exterior que lo deja atrapado en una idea de sí, “el sujeto se identifica en su sentimiento de sí con la imagen del otro y... la imagen del otro viene a cautivar en él este sentimiento” (Lacan, 1971:181). Para poder conocerse debe identificarse a una imagen que le muestra todos los ideales paternos que lo envuelven. El niño interpreta en esa imagen aquello que le permitirá armarse, a la vez que lo domina y somete “produciendo en esa relación yo-otro una enorme tensión, expresándose a través de la agresividad de eliminar al “otro”, otro que es el mismo yo. Es un inevitable destino de atracción, engaño y sometimiento” (Gomberoff y Reyes, 1994: 49). El otro semejante puede ocupar un lugar que le resulta propio, que habla de su propia forma que es del otro, pero también es de él. Desde este punto nace la disputa de los celos, de la rivalidad imaginaria que deja difuso el lugar que ocupa uno u otro y que decanta en los recursos de identificación al semejante, tanto en su búsqueda de igualarlo, o en su intento de ser todo lo contrario a él.

El niño busca responder a la imagen de sí que le devuelve el espejo, busca ser lo que fue mirado, aquello que le permitió su constitución subjetiva. La

envoltura imaginaria que recibió del espejo le permite la humanización para dejar de ser solo carne, una investidura que “es ese soporte de conformación del yo, una forma que “forma” al yo. En la mirada materna se constituye la forma, que da cuerpo y la posibilidad de reconocerse: “ese soy yo”, fundamento de la vivencia del ser” (Fliman, 2008: 74). La presencia de un testigo, que encarna al Otro, hace que el infans pueda armarse desde el giro que hace frente al espejo para detenerse en la mirada del Otro parental y ver qué le devuelve de sí mismo. El niño interpreta su imagen en el Otro, a la vez que ese Otro le confirma que aquello que observa en el espejo responde a sí mismo. La triangulación que el infans establece con el Otro y su imagen, le permite recibir una marca de autenticación por el asentimiento que la figura paternal da con su mirada y que lo aliena a hacerse “representar por las marcas que lo anteceden. Debe poder incorporar el discurso en el cual se halla inmerso, hacerse un lugar en él” (Fliman, 2008:78).

El infante logra un estado de fascinación al percibir ese reflejo que le entrega una imagen humana diferente de otros objetos que puede reconocer ante el espejo. Queda encantado con lo que le ofrece a su mirada cuando puede responder ante el espejo como una entidad coherente y en movimiento, que trae la ilusión triunfante de poder dominar su imagen y su cuerpo (Nasio, 2008). No obstante, esta instancia de júbilo engendra el engaño que no es una imagen real, sino una imagen especular que guarda el desfase de lo que el niño ve en su reflejo y de lo que realmente siente en su cuerpo. La armonía que logra al ver su imagen en el espejo representando la totalidad de su corporalidad, no responde a la incoordinación motriz que vive internamente, donde lo que percibe de sí se opone a su realidad interna.

La imagen especular muestra la silueta de un reflejo que puede parecerse al cuerpo que proviene siempre desde afuera. Es una imagen visible, fascinante y cautivadora, pero perforada, ya que eclipsa un agujero que recubre la mirada cuando el niño se contempla en el espejo. El espejo puede mostrar todo, salvo lo que se es, porque lo que se es no queda resuelto en la percepción sino en lo que

se ha esbozado anteriormente: aquello que se mira. El reflejo especular muestra lo atribuible a lo visible, a lo que se encuentra en el campo de la percepción, pero no revela aquello que habla de un sujeto más allá de la imagen, de lo que configura en el campo del Otro. El límite de la imagen da cuenta de la falta de reflejo especular cuando hablamos del campo de la mirada.

Guy Le Gaufey (1998), en su relectura sobre el *Estadio del Espejo*, establece que aquello que la imagen visible, observada como reflejo en el espejo, busca dar cuenta, es precisamente lo que envuelve el significado de invisible en su connotación de indivisible. Se refiere, a que aquellos significados que son logrados en una imagen total, no pueden ser vistos en el espejo porque trascienden el campo de la percepción para concentrarse en un aspecto invisible. Al respecto explica, que por un lado se encontraría “la imagen y el entorno reflejado, es decir, lo que puede observarse en la superficie plana del espejo, y por otro lado la realidad no reflejada, la que se encuentra frente al espejo, ya se llame “su propio cuerpo” o lo que lo rodea” (p.82). No sería posible hablar del conocimiento de un cuerpo cuando solo es posible un acercamiento a su reflejo. Hay un ver del cuerpo en el espejo, que escapa a la mirada mostrando una disparidad de la percepción endógena y exógena. Esto se refleja en una tensión irreductible entre la imagen en el espejo y el cuerpo del niño, que empieza a esbozarse mediante una separación de lo que se asume en el espejo “donde está la imagen y donde está lo que no es imagen” (Le Gaufey, 1998: 103).

Considerando la importancia de esta instancia, es posible definir tres aspectos principales de gran relevancia para la estructuración subjetiva. En un primer momento, podemos mencionar el júbilo logrado al creer poder tomar posesión de su cuerpo gracias a la imagen total que entrega el espejo y le permite separarse del resto de las cosas del mundo. En un segundo momento, el Otro inscribe su ingreso cuando el niño se detiene en su mirada viendo que le devuelve sobre sí, exponiendo la triangulación de esta instancia. Sobre esto Le Gaufey (1998) se pregunta “¿qué buscara el niño en esa mirada?” (p.119) y concluye que,

cualquiera sea el valor que le asigne, lo que busca está muy por fuera de la imagen especular. En este punto es cuando se introduce la tercera importancia de esta instancia, que esboza aquello que está por fuera de lo especular y se ciñe del campo de la mirada.

Si se diera una perfecta correspondencia entre el cuerpo y la imagen del cuerpo, la importancia del estadio del espejo sería totalmente efímera, puesto que solo hablaríamos de identificar dos piezas iguales que logran sintonía sin mostrar la disparidad propia con que cada sujeto se construye. La contrariedad que entrega la imagen especular es el agujero donde se inserta el escenario de la mirada, mostrando que hay un más allá que no es alcanzado por el campo de la visibilidad, sino por esa lectura que el niño establece de la forma en que es mirado por el adulto. Esta forma no es posible de reducir a la propia visión, ya que lo que mira no es visible para aquel que ve. Más allá del ojo está la mirada, más allá de lo que se ve es posible de encontrarse con lo que se mira, que no se explica en la visibilidad, sin embargo emerge desde este campo. Como dice Le Gaufey (1998), cuando hablamos de la imagen especulativa “es posible concebir que la imagen más imagen de todas las imágenes... no tiene nada visible” (p.295).

El estadio del espejo revela aquellos primeros señuelos que guarda la mirada, que muestran la importancia de lo que representa cada sujeto bajo la mirada de Otro y su consecuente ingreso a lo simbólico. En este sentido, Thibierge (2013) resalta la ilusión adherida a la imagen especular, donde, en un comienzo, se cree que el cuerpo puede ser una entidad que esté bajo el dominio del niño. Sin embargo, con el imposible acomodo que encuentra el cuerpo con su imagen, comienza a emerger la sensación de ser siempre insatisfactoria, mostrando pujantemente que algo le falta, lo que hace imposible su acoplamiento con el reflejo que expone el espejo. Esta insatisfacción de la imagen del cuerpo, guarda un elemento necesario para la subjetivación, ya que “para que un sujeto pueda reconocer su propia imagen o la de otro, debe poder recibirla como un símbolo, es decir, como indicando la pérdida, la ausencia de algo. Un símbolo no vale

efectivamente sino porque este indica la ausencia de algún objeto” (Thibierge, 2013: 31). Este resto que no entrega la imagen, es aquello que permite buscar lo que falta en un territorio distinto a lo imaginario, buscar en el orden humano la forma de poder crear una nueva ilusión de completar la falta, ilusión que no se resolverá jamás.

Según Thibierge (2013), el estadio del espejo es una instancia crucial para la identificación que logra el sujeto, representando el hiato irreductible que guarda el estado real y la anticipación virtual, en lo que comúnmente se llama identidad. Desde una imagen especular logra una identificación imaginaria, que a partir de los elementos simbólicos anexados por Otro, puede acercarse a una identificación simbólica, “se trata de una marca dada aquí por la mirada de otro, que reconoce al niño y se lo dice” (p.50). En la mirada del Otro, el niño encuentra los elementos simbólicos que le permitirán su identificación. El infante interpreta esa mirada y busca aquello que el Otro le muestra de sí mismo, volviéndose un lugar constitutivo del cual se sostiene para construirse. No obstante, no sólo hablamos de elementos simbólicos arrojados por Otro que condicionan su devenir, sino de aquello que el niño interroga en esa mirada para decidir si quiere buscar responder o no a ese deseo. Si decide no hacerlo, será en referencia a ese deseo del Otro que de igual modo lo condiciona en su posición.

Con esta nueva identificación al lugar de Otro, puede hacer ingresar su imagen especular a la palabra, intentando nuevas formas de reducir el desacomodo que encuentra el cuerpo con su imagen, con el logro de ser un cuerpo nombrado e inscrito, tanto en la filiación como en su identificación con un sexo. El cuerpo queda investido narcisísticamente y el sujeto capturado a la forma de su cuerpo que lo hace parte del deseo de Otro. Así, su estructuración subjetiva y superficie corporal quedan anudados a ese lugar en el deseo del Otro que le entrega un espacio para construirse e insertarse a una matriz simbólica que le permite el conocimiento del mundo. Este hecho guarda la génesis de que su cuerpo “no puede ser enteramente reducible al símbolo o a la imagen de lo que

representa para el Otro, y para el deseo de Otro, no puede tener el control ni el conocimiento” (Thibierge, 2013: 73).

En consecuencia, el cuerpo envuelve la falta constitutiva que permite el ingreso a la pregunta por el deseo del Otro, logrando su plena determinación en el orden del lenguaje. El cuerpo como imagen, como cuerpo que tengo, es garante de un saber que posee el Otro, o al menos la convicción de que el Otro guarda ese saber es aquello que lo hace generar una lectura capaz de enquistarse en su corporalidad. El reflejo en el espejo, expone esa falta que lo lleva a preguntarse por el deseo, mostrando incluso “esta incidencia del Otro en el lugar que creemos intuitivamente es el más propio de nosotros mismos, -a saber, nuestro cuerpo” (Thibierge, 2013: 80.). La identificación a la Gestalt, a la forma humana, permite que el sujeto sea ingresado al umbral de lo visible al incorporar un cuerpo que es semejante al de otro, mientras que las sucesivas identificaciones imaginarias que se provee a partir del discurso de Otro, lo hacen armarse de un lugar para mantenerse en la visibilidad.

2.1.2. Mimetismo: El saber hacer del cuerpo en el campo del Otro

El estadio del espejo permite aprender como situarnos en el espacio con la imagen del cuerpo. La representación que logramos de ella es la - *forma prínceps*, según Thibierge (2013: 142), para que se establezca un espacio representable a partir de las representaciones que podemos establecer con otros. Sin embargo, el espacio es el escenario que trasluce la imposibilidad que encuentra todo ser humano de asegurar una imagen de sí mismo, desde donde comenzarían todas las aporías de la identidad. La representación que un sujeto forma de su cuerpo es imposible de lograr sin el conocimiento del espacio, pues la imagen del cuerpo se vuelve el punto cero de las coordenadas para situarse en el mundo, lo que implica un conocimiento viso-espacial. Esta relación que se establece con la realidad es

permitida gracias al estadio del espejo, instancia que permite hacerse parte del territorio visible e integrarse a la mirada.

Una analogía posible al estadio del espejo, es la función que establece el insecto con el mimetismo. Así lo deja ver Rogers Caillois (1962), quien argumenta que el mimetismo de algunos insectos y animales no es aquella función habitual de la adaptación orientada a permitir la escapatoria del animal ante el interés de ciertos depredadores. Si bien el mimetismo es una solución orgánica para una necesidad del animal, la necesidad no se relacionaría al propósito de confundir a ciertos enemigos mediante la modificación de su corporalidad en referencia al entorno, sino más bien, hacerse parte del umbral de lo visible.

Caillois define tres funciones principales del mimetismo: primero el *dísfraz* que busca la adopción de una figura engañosa con tal de fascinar al oponente de una forma que permita adormecer su captura; segundo el *camuflaje* como elemento del organismo que genera una perfecta imitación del entorno bajo el objetivo de confundirse con aquello que lo rodea; y tercero, la *intimidación*, cuyo aspecto esencial se orienta a lograr el espanto de su oponente y a permitir una huida satisfactoria. Generalmente, esta última se asocia a la aparición de dos grandes ocelos en las alas de los insectos que figuran una “potencia hipnótica de círculos móviles y brillantes que descubre de repente y que unas veces paralizan y otros provocan una huida pánica” (Caillois, 1962: 76). Para el autor, el temor de aquellos grandes ojos fascinantes adoptados por los organismos, guarda una correspondencia con el mal de ojo en el ser humano, o con los ojos dibujados en los escudos de los guerreros, donde se simula un ojo cargado de virtud maléfica que procura intimidar al enemigo. Este hecho desliza la trayectoria histórica que inserta a la mirada desde el significado de la amenaza, donde pueden levantarse algunas hipótesis que busquen dar cuenta de aquello que hace que la mirada del Otro se vuelva amenazante; o bien intentar discernir lo que sería aquello que mira el Otro y que intimida. De acuerdo a lo planteado, probablemente algo que, concierne por confrontar al deseo, provocando la alerta para iniciar la escapatoria.

Con el mimetismo el insecto se alejaría de su apariencia para adaptarla al medio y lograr ser parte del entorno. Así, puede ser visto en la imagen total del campo visual logrando capturar la mirada del depredador y fascinarlo con su forma. En ese sentido, el mimetismo no busca el camuflaje de la presa que intenta asegurar el escape, sino que, por el contrario, hacerse paisaje, es decir, objeto de mirada.

Estos antecedentes llevan a Lacan a preguntarse si el mimetismo “da a ver algo en tanto distinto de lo que podríamos llamar un *él mismo* que está detrás” (1964: 106). En el fondo, se trata de desplazar lentamente este mecanismo del organismo hacia el ser humano. Así como el insecto, el sujeto también busca hacerse paisaje, precisamente, como una forma de darse a ver. Para lograrlo, el animal hace una evaluación espacial capaz de permitir generar las dimensiones y coloridos adecuados para representar el espacio y lograr el camuflaje. Ya no se posiciona como el origen de las coordenadas del espacio que observa, sino como parte del entorno ante su necesidad de integración, estableciendo la importancia del espacio, aspecto que el ser humano no puede captar prematuramente por su inmadurez física. Empero, al igual que el insecto, el sujeto establece una relación con su realidad, buscando ser parte de lo visible a través de la identificación otorgada por el Otro, quien le entrega una imagen de sí y lo integra a la mirada. Como diría Merleau-Ponty (1966), esta instancia hablaría de aquel aspecto invisible que si bien no se da a ver en la visión, lo condiciona animando cada objeto que se posa ante la mirada de Otro. La génesis, es que el sujeto “a diferencia del animal, no queda enteramente atrapado en esta captura imaginaria. Sabe orientarse en ella... el hombre, en efecto, sabe jugar con la máscara como siendo ese más allá del cual está la mirada” (Lacan, 1964: 114).

El espejo revela aquello que escapa a la visión, una función del hueco de la imagen que, al igual que el mimetismo, implica un saber hacer con el cuerpo. El organismo conoce su cuerpo para modificarlo según lo que observa externamente en el espacio, en virtud de la captura de la mirada. Del mismo modo, el ser

humano puede adquirir su propia imagen a partir de una figura, que proveniente de afuera, le otorga la imagen del semejante dada por una Gestalt. En este sentido, el paisaje en el insecto es correlativo al semejante en el sujeto, ambos escenarios externos en donde se siembra la idea de sí. La diferencia entre el organismo y el ser humano, es que el animal busca integrarse al espacio, mientras que el sujeto puede oscilar entre confundirse al entorno o diferenciarse de él. Este movimiento es permitido por la identificación con la imagen del semejante que, considerarla como propia, significa a la vez poder distinguirse, generando algunas modificaciones de su cuerpo, las cuales no involucran la transformación como en el organismo, pero sí producen ciertos cambios capaces de incitar la mirada de Otro. El sujeto no siempre espera pasivamente que la mirada lo capte, también puede hacerse mirada, asegurándose un lugar en el deseo de Otro.

2.1.3. La aparición de la mirada como discontinuidad y continuidad de sujeto

A partir del Estadio del Espejo y el mimetismo es posible ver cómo el organismo y el sujeto crean una relación con la realidad externa construyendo las modificaciones necesarias para lograr que Otro pose su mirada. El organismo designa las transformaciones de la carne que rápidamente alteran su forma y logran la cautivación, mientras que el ser humano puede encontrar elementos a los cuales identificarse con tal de lograr la misma captación. Este hecho guarda correspondencias con lo desarrollado por Lacan en la función de la mancha en un cuadro, ya que del mismo modo en que el mimetismo permite una inclusión total con el paisaje, la mancha se muestra integrada al panorama global con un grado de realce. Al existir esta mácula, el sujeto se ve incontrolado a dirigir su mirada y se haya embelesado por este encuentro con lo Real que Lacan ha llamado *tyche* (1964: 62). Desde esta lógica, la mancha preexiste al mimetismo en el sentido de

generar un contraste que, en lo visual, logra el mismo fin: posar la mirada y poner al sujeto en el cuadro.

El cuadro sería una imagen cerrada en sí misma, inadvertida respecto a los agujeros que convocan la aparición del sujeto, formando una ilusión. Sin embargo, “[...] para ver cómo se desgarran lo que esto tiene de ilusorio, basta con introducir una mancha en el campo visual para ver a que se agarra verdaderamente el extremo del deseo” (Lacan, 1964: 274). Tanto la mancha en un cuadro, como el lunar en un rostro, señalan aspectos capaces de cautivar la mirada y fascinar al sujeto. Movimiento similar experimentado por los depredadores, quienes pueden cautivar a la presa con atractivos que comprometan su mirada. Algo es dado a ver en la mancha, una atracción que está por fuera del campo de la visión, una distancia con lo visual que provoca el apareamiento de la mirada, ya que “es porque me mira por lo que me atrae tan paradójicamente, algunas veces con más razón que la mirada de mi *partenaire*, pues está mirada me refleja y, en la medida en que me refleja, no es más que mi reflejo, vaho imaginario” (Lacan, 1964: 274). La atracción que ejerce la mancha o el lunar producirían una inversión, cuyo resultado terminaría siendo el sentirse mirado por ella.

En este sentido, el encuentro de *tyche* a partir de la mirada, resulta fascinante, porque enfrenta al individuo con aspectos de sí mismo desplazados a un espacio marginado. La mirada irrumpe cuando la visión falla, generando un resplandor vislumbrante que deja al sujeto cautivado ante la aparición de su propia mirada, el reflejo de sí mismo. La mirada procura extrañeza a nivel yoico, pues sería eso que se da a ver en un más allá de la apariencia, eso que, al mismo tiempo, hace aparecer al sujeto deviniendo habitante de la escena. Lo que se da a ver en la mancha genera una atracción tal que su explicación trasciende el campo de la visibilidad, para concebir un territorio más constitutivo que, del campo escópico, concierne al signo de la castración que se muestra de forma elidida en la mirada. Para Lacan la esquizia de la mirada es lo dado a ver en la función de la mancha que se encuentra en otro lugar donde soporta el deseo.

En lo que se da a ver de la mancha se definiría lo propio y lo esencial de la satisfacción escópica, donde habría un punto luminoso y evanescente que deja al sujeto en un lugar de ignorancia sobre lo que hay más allá de lo que se ve, “de este modo, lo invisible, que Merleau-Ponty (1964) planteara en términos ontológicos, como el esquema metafísico de la carne que subtiende al vidente-visible, en Lacan se resuelve por la vía del objeto a^1 y el escotoma” (Lutereau, 2012: 451). Cuando Lacan habla de escotoma, se refiere a como el sujeto intenta acomodarse a la mirada volviéndose un objeto puntiforme, que lo hace evanescente al punto de confundirse con su propio desvanecimiento.

La anamorfosis ha sido una técnica artística, que Lacan retoma para establecer que una pintura no es una reproducción fotográfica de la realidad, sino una representación a la cual el sujeto intenta acomodarse deviniendo un punto del cuadro, ya que “algo que tiene que ver con la mirada se manifiesta siempre en el cuadro [...] acabaran viendo, como en Filigrana, algo tan específico de cada pintor que tendrán la sensación de la presencia de la mirada” (1964:108). A esa anterioridad del cuadro que refiere a la perspectiva del pintor, el espectador buscará lograr su acomodo, ya que la pintura obliga al sujeto a deponer su mirada, o bien cuando contemple el cuadro y se deje atrapar por su pincelada, funcionará como un señuelo para atraerlo a su trampa y develar la fascinación de su mirada cuando logra ajustarse a la escena y encontrar allí una posición de acomodo.

Lacan acude a la obra de Hans Holbein, llamada *Los Embajadores*², para enunciar que un cuadro no solo es posible de observar desde una perspectiva frontal a la imagen, sino también desde una posición oblicua que inaugura una nueva figura. En la pintura se observa un artefacto que aparece en primer plano, sin sentido aparente, testimoniando un fuerte misterio. Sin embargo, si la escena es observada desde un plano lateral y bajo, la mancha sin sentido se vuelve propiamente cuadro, mostrando una figura desdoblada y recobrada de una

¹ Desarrollado en capítulo 3: “De la mirada como objeto a, a la constitución corporal

² Ver anexo 4.

calavera que sólo es posible percibir desde una ubicación que permita abordar otra perspectiva. Una figura puede ser deformada según las líneas de una determinada ubicación, de modo que una imagen incoherente flotante desde un ángulo frontal puede ser una nueva escena del mismo cuadro cuando se aborda desde un plano lateral. En efecto, esta imagen anamórfica pone en evidencia la importancia de destacar la simultaneidad de cuadros logrados según la adopción de distintas perspectivas.

Los distintos planos condensados en una misma pieza artística exponen lo que Esteban Radiszcz (2005), en el análisis de la obra fílmica de *“Un perro andaluz”*, señala bajo la idea que “el arte de cineasta consiste en dividir el sujeto para producir la mirada gracias al corte fílmico que, por lo mismo, opera al modo de la castración simbólica” (p.4). En cada obra existe el ojo de la cámara, o del pintor, y el ojo del espectador. Sin el desacomodo de la visión de un ojo sobre otro, la visión del artista sería igual a la del espectador y no se generaría el espacio para la aparición de la mirada. En esta división de un ojo sobre otro, es posible entender que la visión sobre un cuadro o una película es diferente según quien sea él que ve. No obstante, esta separación, experimentada en el plano escópico, puede albergar la emergencia de la mirada como una instancia diferente a la visión, “no es identificable a ninguna reproducción visible por el ojo que, dividido, se sitúa en cada uno de los polos del campo fílmico” (Radiszcz, 2005, p.4).

De modo que la mirada se asoma en un lugar intermedio al ojo del espectador y del autor de una determinada pieza artística. No se encuentra en ningún ojo que ve ni es visto, ya que ambos eluden la mirada. Más bien la mirada transita entre estos polos que, por su división, permiten su emergencia. Las diferencias de visiones permiten comprender que “cuando, en el amor, pido una mirada, es algo intrínsecamente insatisfactorio y que siempre falla porque *–nunca me miras desde donde yo te veo*”(Lacan, 1964: 109) y a lo que es posible agregar; *aquello que el sujeto mira no es nunca lo que quiere ver*, pues no existen objetos

en lo visible que puedan dar cuenta de la mirada si no es por el desacomodo propio de lo escópico.

En *Las tres estéticas de Lacan*, Recalcatti (2006) menciona que el arte no es convocado a ejercer una función de organización y bordeamiento de lo Real, sino más bien hace posible el encuentro con lo real. Toda obra de arte que responda a la estética anamórfica, produce un encuentro con lo real, que excede la organización del significante con lo real para instalarse precisamente en su encuentro, “es más una estética de la tyche que una organización del vacío” (p. 21). En virtud de lo cual, el objeto ominoso presentado en el cuadro de Holbein, propio de la estética de la anamorfosis, provoca un desacomodo con lo familiar para lograr una ruptura en el individuo que lo lleva a deponer su mirada. De esta forma, el sujeto ingresa a un sitio pacificador permitido por la entrega a la mirada de Otro que lo subvierte en su propia forma de ver al activar la meta pasiva y activa propia del placer escópico.

En consonancia a estos planteamientos, Hubert Damisch (1997) consideró que la anamorfosis podía ser la forma de manifestar la ausencia característica del campo escópico, ya que el hecho de poner en evidencia la simultaneidad de imágenes logradas según planos diversos, sería una forma de exponer una dimensión geométrica que la visión no agota. Esta declaración logra entablar una relación subjetivamente original donde la anamorfosis podría ser la forma de inscribir el campo ausente característico de la visión. En este sentido, el sujeto se limitaría a ser considerado “unificado” desde un solo plano y una imagen sólo sería total según la perspectiva que se aborde, ya que habitaría siempre dos lugares, aquél que lo deja en el punto de vista u ojo del observador, y aquél que está más allá, a saber, el punto de fuga.

Al dibujar una pintura, habrá un punto de fuga que es elegido arbitrariamente por el pintor, o quien sea que dibuje una figura en perspectiva, este punto incluiría el sujeto en la escena, dejándolo en dos lugares; en el ojo observador de la imagen global que pone en activación los circuitos de la

percepción, o en el punto de fuga, aquél más allá de la imagen, de la perspectiva visible que expone el punto que se pierde en el horizonte. Al respecto, Lacan consideró que “uno de los juegos más fascinantes es encontrar en el cuadro la composición propiamente dicha, las líneas de separación de las superficies creadas por el pintor, las líneas de fuga, las líneas de fuerza [...]. En un cuadro, en efecto, siempre podemos notar una ausencia.” (Lacan, 1964: 115). El punto de fuga de una pintura, trae una ausencia, un punto que se pierde en el horizonte que muestra ese más allá, “no es un punto originado por la perspectiva, sino una línea a la que corresponde en proyección sobre el plano, el propio plano del ojo del sujeto” (Damisch, 1987: 22) y que sería un punto inalcanzable por su dirección hacia el infinito.

Lacan (1964) expuso que el sujeto, dividido en el placer de ver y ser visto, se ubica en el punto de fuga, también llamado punto geometral, donde busca acomodar su visión para lograr la profundidad de un plano. Capturado en este punto, el individuo es mirado desde todos lados por los objetos visibles que se organizan alrededor. Todos los objetos que circulan en lo visible se dirigen al punto geometral donde se encuentra la mirada domeñada, lograda, luego de haberse entregado a la mirada contenida en los objetos visibles. Es decir, el sujeto se pierde en el punto de fuga y se hace cuadro, se hace mirada, al poder integrarse a la visibilidad. De esta manera, “en el campo escópico, el sujeto se introduce como visión dividida entre el ojo que ve y ese otro ojo que se hace parte de lo visible” (Radiszcz, 2005: 5). Cuando el sujeto se entrega al punto geometral, logra identificarse a la visión del artista o de la cámara, que lo hace espectador de determinada escena, y se inaugura el corte de la visión del sujeto y del creador de la obra. Así se manifiesta la división de un sujeto en lo escópico, dado por un ojo que ve y otro ojo que se encuentra en el mundo de los objetos visible, ya que “todo sujeto cuyo ojo se coloque en la misma línea, puesto que las posiciones del que mira y de lo mirado son estrictamente reversibles, por rotación” (Damisch, 1997: 317).

Con las imágenes de la anamorfosis y el punto de fuga es posible entender que hay siempre un más allá en el campo escópico, un más allá de lo que se ve de un sujeto que inscribe cómo se ha relacionado con aquello que le falta y lo ha elaborado en su construcción para un darse a ver al Otro, a sabiendas el núcleo de su deseo. Hablamos de dos posiciones homologables en la constitución de un sujeto, uno en apariencia y otro que responde a lo que se pierde en el horizonte que lo ha llevado a lidiar con la falta. Dos puntos de un individuo que convergerían en cada imagen que active los circuitos de la percepción y que entregan la posibilidad que pueda orientarse en la máscara, un saber hacer con su deseo en el campo del Otro. Con el más allá que permite el punto de Fuga, el sujeto puede ubicarse en el cuadro con la distancia justa que no lo lleve a quedar atrapado en la profundidad. El sujeto puede orientarse en la escena sabiendo hacer con su deseo, logrando domeñar la mirada para no quedar preso en el campo de la visión.

El ser humano se descompone bajo su ser y su semblante, entre la noción que cree de sí y aquello que da a ver al Otro. Se orienta en la máscara, juega con ella, mostrando su envoltorio que lo hace testimoniar ese más allá de la mirada. El sujeto es manejado por su deseo, desde lo cual Lacan especifica que ya no se trata del deseo del Otro, sino del deseo al Otro cuyo objetivo es dar-a-ver (Lacan, 1964). El individuo actúa bajo esta consigna que lo lleva a encontrar su propia mirada bajo la visión de Otro.

2.2. Capítulo 2: El cuerpo, una noción construida socialmente

Freud (1914) establecía el yo ideal como un yo al que el sujeto se ve incapaz de renunciar por lo que fue capaz de gozar alguna vez: un estado de un yo infantil que guarda todas las perfecciones de la infancia, que si bien no puede ser considerado un universal al entender que en muchos casos la infancia está lejos de ser un estado en lo más mínimo cercano a la perfección, Freud buscaba manifestar una etapa que concentraba la libido sobre sí mismo, pareciendo ser perfecto en cuanto el infante podría volcarse hacia el autoerotismo. Freud consideró que ante la dificultad del sujeto de renunciar a este estado placentero de la niñez, buscaba reconquistarlo bajo la forma de su ideal del yo, donde el amor a sí mismo se dirigía a este yo ideal, siendo acreedor de todas las pretensiones que un sujeto aspira.

El complejo de castración marca la separación de un estado placentero experimentado con la madre, desde donde la madre se vuelve un amor perdido que el pequeño intentará recuperar en virtud de aquello que indique el ideal (Gomberoff y Reyes, 1994). A su vez, inscribe la separación transformada en una tensión irreductible entre el logro de los requerimientos del yo y la verdadera posibilidad de cumplir con sus aspiraciones, determinando incluso “el destino del narcisismo en el adulto, que termina recayendo sobre el ideal del yo” (Sanhueza, 2013:111). En virtud de ello, el niño se formará a partir de las identificaciones que establece con el deseo de los padres para volverlos sus propios anhelos. Por su parte los padres, son representantes de los deseos socioculturales que transmiten lo que se estima como ideal, dirigiendo el comportamiento que el niño tendrá frente a ese modelo.

De esta manera, el ideal del yo viene a ocupar un lugar mediador frente a la búsqueda inacabable por recuperar el estado ideal de la infancia (Freud, 1914), consagrando una trasón generacional del ideal que se inaugura en el discurso de los progenitores. Son los padres quienes indican al niño cómo debe posicionarse para lograr el anhelado ideal y formar una idea de sí que le permita validarse, ya

que el ideal del yo en Freud se constituye en la constelación de estas insignias o marcas, que permiten que un sujeto se haga representar en el significante (Fliman, 2008). En este sentido, el niño buscará ajustarse a las prohibiciones y aspiraciones que deberá cumplir para poder permanecer en esa imagen que los padres han proyectado de sí, con objetivo de perpetuar el estado anhelado de la infancia. No obstante, la imagen que el infans forme de sí será siempre en desfase al ideal permitiéndole no perderse en su propio narcisismo.

El ideal del yo en Freud adquiere una mirada normalizadora al buscar que se contengan las pasiones menos civilizadas en pro de creer poder alcanzar el estado perdido. El propio Freud lo define de la siguiente manera:

"Podemos decir que uno ha erigido en el interior de sí un ideal por el cual mide su yo actual [...]. La formación del ideal sería, de parte del yo, la condición de la represión y sobre este yo ideal recae ahora el amor de sí mismo de que en la infancia gozó el yo real. [...] No quiere privarse de la perfección narcisista de su infancia, y si no pudo mantenerla por estorbárselo las admoniciones que recibió en la época de su desarrollo y por el despertar de su juicio propio, procura recobrarla en la nueva forma del ideal del yo" (Freud, 1914:90).

Los aspectos que Freud sintetiza en esta definición aluden a la connotación mediadora del ideal, al permitir la separación del niño con la madre y dirigirlo hacia su reconquista de un modo que responda a las necesarias renunciaciones para estar del lado del ideal. Con ello, el comportamiento del niño está regulado por un sentimiento de valor personal radicado en el Ideal del Yo. Más tarde, en 1923, Freud introduce el concepto de *Überich*, Superyó, para agregar, que bajo su preeminencia, el sujeto debiese saber comportarse por sí mismo bajo los requerimientos de cada tiempo o cultura. El ideal del yo, condensa los contenidos comunes de una familia, sociedad o cultura, y muestra un referente de sí proveniente externamente como clasificación de lo correcto.

A partir de ello, queda instalada la constante interrogante del individuo sobre cuál es el camino que responde al ideal, el lado perfecto de ser para otro,

respuesta que el implícito social se encarga fuertemente de señalar, con la sanción moral que ejerce el superyó. Podríamos decir que el Ideal del Yo alimenta al Superyó al ser una instancia imposible de alcanzar, haciéndole notar su desajuste y castigando al yo por eso. Aquellas mociones que impliquen una desregulación que no se encontraría en vías del ideal, asumen la cara feroz del Superyó, como instancia castigadora que sanciona fuertemente todas las desviaciones que se encontrarían en nombre del ideal. Consideraciones que en 1933 hacen plantear a Freud, en sus *Nuevas Conferencias*, que tanto el Ideal del Yo como el Superyó operarían en un mismo plano, donde el Ideal del yo se vuelve una función del Superyó.

Con la introducción del Superyó el individuo debe ser capaz de cargar con la propia normalización, con todas las implicancias que significa ser sí mismo y confrontarse con la imposibilidad de perfección de su ser. Frente a esta idea, Ehrenberg (2000) señala que habría un traslado de la exigencia del superyó en el registro de la culpa, a la responsabilidad que cada individuo tiene sobre sí mismo de ser seres auténticos. Para él:

"La depresión nos instruye sobre nuestra propia experiencia actual de la persona, pues es la patología de una sociedad en la cual la norma no está más fundada en la culpa y en la disciplina sino en la responsabilidad e iniciativa. Ayer, las reglas sociales comandaban conformismos de pensamiento, o hasta automatismos de conducta, hoy, ellas exigen iniciativas y aptitudes mentales. El individuo está confrontado a una patología de la insuficiencia, más que a una enfermedad de la falta, al universo del disfuncionamiento, más que al de la ley" (Ehrenberg, 2000: 16).

Ehrenberg (2000) busca exponer las modificaciones del ideal con el giro actual que se ciñe de nuevas aspiraciones de autenticidad, sin embargo es posible suponer que el ideal del yo en Freud también guardaba la naturalidad del sujeto. Parte del funcionamiento del ideal podría ser entregar diversidad de elementos dirigidos por él, donde el individuo puede establecer una elección sobre aquellos

mandatos que le permitieran la construcción de sí mismo en base a la creencia de su autenticidad. Es posible plantear que cada elección del sujeto para acercarse al ideal, surge por una decisión que no lo restaría de naturalidad, por más que los intereses ocultos de ese ideal comanden un objetivo mayor, desinteresado de aquellos ojos que buscan armarse en el terreno del Otro.

Lacan (2013) retoma esta distinción y establece que el ideal del yo es la nueva forma de sí que proyecta como su ideal, donde el yo se distancia del estado perfecto del narcisismo primario y crea una tendencia a reconquistarlo mediante el desplazamiento de la libido sobre un ideal del yo que viene expuesto desde el exterior. En este sentido, la satisfacción es por el cumplimiento de este ideal, un ideal del yo que se presenta desde una forma externa al yo, como una Gestalt de consistencia lejana a la impotencia primitiva del ser humano de alcanzar un cuerpo total, fuera de la fragmentación. Así, el ideal exhibido en la Gestalt permite el ingreso a la forma humana por el logro de la humanización, por la figura de otro, que le permite conocer su propia forma. De esta manera, aquello que guía al sujeto es el ideal del yo, una entidad simbólica que opera como una fuente reguladora al dirigir las relaciones entre los seres humanos.

El sujeto deberá lidiar con las exigencias de la ley simbólica, siendo el superyó aquella instancia que vela por la satisfacción desprendida del ideal del yo. El ideal también guardaría un reverso mórbido que, como veíamos, Freud (1986) consignó bajo el superyó. Esta instancia muestra una temible cara despiadada que se impone en exigencia pura, llegando incluso a desconocer la propia Ley. Para Lacan (1981) el reverso del ideal se encuentra en la línea de un goce sostenido por un imperativo paradójico que hace responder al sujeto con lo contrario al mandato, sin por ello estar en el opuesto a la ley. “En tal sentido, el *superyó* sólo contradice la Ley en la medida que constituye el reverso obscuro de su anverso pacificador. Si el *superyó* es la Ley y su destrucción, ello se debe a que, en su dimensión de goce, el *superyó* representa la abolición del plano apaciguador de la Ley, pero a partir de la Ley misma” (Radiszcz, 2009:22).

Esta instancia mórbida donde comienza a articularse la prohibición cultural del incesto y donde el niño se posiciona bajo el estatuto fálico, se vuelve una dimensión simbólica que en cierta medida es pacificadora a la agresividad manifiesta en la relación de unos con otros, propiciando las condiciones para el establecimiento de una convención social. De este modo, “en el seno de aquella relación pasional fundamental, en donde el niño es todo para la madre y la madre todo para el niño, la Ley –y, específicamente, la Ley de la palabra- tendría un papel intrínsecamente pacificador en función de su referencia al símbolo” (Radiszcz, 2009:12). No obstante, así como puede adquirir un sentido apaciguador al permitir la regulación libidinal articulada a la norma social, también puede alcanzar un carácter destructivo frente al culto de ideales que se sostienen con imperativos más crueles que pacificadores.

Así como el ideal deja ver las señales para situarse en el lugar correcto, también puede ser usado para la destrucción más salvaje que ejerce el superyó. En nombre del ideal se vuelca la mayor cantidad de exigencias a un sujeto para que responda adecuadamente a este imperativo social que toma distintas formas. Una de ellas puede estar determinada por un modelo ideal de cuerpo, que si bien puede tener una mirada apaciguadora, su desajuste puede involucrar la feroz cara de un castigo social. El cuerpo puede ser visto como un escenario, que en virtud del ideal, transita en vías de su orden y cumplimiento, mientras que desde la trasgresión, se encuentra a merced de ser condenado socialmente, ya que “la fuerza del ideal supone la pura reproducción de una realidad ya dada por lo social donde la valoración consiste en una cuestión de ajuste entre las expectativas ideales y el comportamiento real o fantaseado del sujeto” (Sanhueza, 2013:114). Aspectos que, desde lo social, encausan a un sujeto hacia un categórico ideal de cuerpo.

El ideal corporal buscaría hacer de los cuerpos figuras presentables y funcionales que pueden sufrir mutaciones siempre en base a lo ordenado por una época o cultura. El ideal es una política que se instala en la regulación social, de

modo que la internalización de lo correcto e incorrecto estará gobernado por la normativa que indicaría la forma adecuada de vivir. Se vuelve una ley internalizada que atraviesa los distintos segmentos de cotidianidad para instalarse en la más significativa idea de sí. De este modo, se logra un disciplinamiento de los cuerpos que secuestra la experiencia para dirigirla hacia una pretensión mayor u oculta ante los ojos deseante de un lugar en el Otro. Así lo ha hecho ver Michel Foucault (1999) quien, en su planteamiento sobre el *poder disciplinar*, ha pretendido esclarecer distintas formas de ejercicio del poder que buscaría encausar y dirigir el comportamiento de los individuos. De esta manera, bajo una función de poder, los sujetos se volverían objeto e instrumento de finalidades mayores.

Foucault (1999) concibe una fuerza reguladora que, a partir de la vigilancia jerárquica y la sanción normalizadora, orienta la conducta y los cuerpos hacia objetivos con sentidos particularmente económicos. El cuerpo sería sometido a un examen disciplinario a través de la intensificación de la mirada, así también en el establecimiento de significados clasificatorios y categorías normalizadoras. Según esta escenificación de lo correcto, cada cuerpo habitaría un lugar específico asignado por la vigilancia de una mirada correctiva que, ejercida por Otro, concede valorizaciones de acuerdo a la mayor o menos adherencia a la norma consensuada por aquellos que tienen más porciones de poder. En este sentido, el ver y ser visto posiciona al individuo en un examen de evaluación que atestigua una mirada enquistada por significados de aprobación y castigo, dejando al cuerpo bajo la vigilancia del cumplimiento o desacato del ideal corporal.

El cuerpo, expone Foucault (1998), sería considerado como una fuente de placeres torcidos y corrompidos a partir de lo cual se justificó el interés de volverlo un cuerpo dócil, domeñado por tecnologías y técnicas correctivas que, bajo el alero de una intención terapéutica, ejercían modos de dominación guardando la lógica del encauzamiento del cuerpo desviado. Las técnicas correctivas, desprendidas de espacios institucionalizados como; el ejército, el psiquiátrico, el hospital, etc., buscarían hacer del cuerpo una instancia domeñable lograda por el

vaciado de significados corporales, donde el cuerpo respondería inerte frente a intenciones de productividad. Seguidamente, disciplinar el cuerpo correspondería a la inserción de diferentes sentidos de cuerpo que permitirían un devenir corporal bajo la relación de un saber-poder. Las tecnologías correctivas, es decir, los distintos saberes; *psi*, médicos, pedagógicos y jurídicos, atravesarían la superficie corporal para instalar suficientes verdades útiles para parecer fines naturalizados. Vuelto nuevamente carne, el cuerpo es arraigado a un nuevo significado que la propia sociedad le ha dirigido.

El cuerpo tomaría el sentido de ser una fuerza de producción, que desterrado de su significado de materia biológica, resulta reinscrito por relaciones, estrategias y tecnologías que lo atraviesan volviéndolo parte de la realidad social a través de un proceso de naturalización que se va haciendo cada vez más encarnado. Como señala Foucault: “ha habido, en el curso de la edad clásica, todo un descubrimiento del cuerpo como objeto y blanco de poder. Podrían encontrarse fácilmente signos de esta gran atención dedicada entonces al cuerpo, al cuerpo que se manipula, al que se da forma, que se educa, que obedece, que responde, que se vuelve hábil o cuyas fuerzas se multiplican” (1998:140). La superficie corporal sería parte de un sistema político que proporciona leyes y normas con un espacio y encuadre definido a cómo comportarse y vivir la corporalidad de una forma que se vuelve fuerza productiva. Esta normativa es significada como una obligación que cada sujeto debe cumplir por estar rodeado de fuerzas políticas que lo dejan atrapado en mecanismos de poder (Foucault, 1998). La ley queda enlazada al colectivo de una forma que el sujeto no se vuelve consciente de sus acciones y comportamientos, ya que la norma se enquistó en el cuerpo como un proceso automatizado que lo deja permeable a la vigilancia y el control.

El conjunto de normas e instituciones entregan un abanico de posibilidades para que el sujeto se pueda situar y armar una idea de sí construyendo su corporalidad. Aquellas alternativas que son consideradas fuera de la normativa,

levantan una serie de estrategias que, mediante la corrección, encausan al sujeto a lo permitido, a aquello que se vuelve alcanzable por las técnicas de dominación. Hablamos de un cuerpo siempre regulado, útil y sometido como consecuencia de una anatomía del poder que ha tenido como objetivo “penetrar los cuerpos de manera cada vez más detallada y controlar las poblaciones de manera cada vez más global” (Foucault, 2003:130).

La forma de domeñamiento y estrategias correctivas del cuerpo, guardan relación con maneras orientadas a asegurar la transformación de la carne hacia el ideal mismo. Lo adecuado e inadecuado va mutando según el interés de cada época y por ello, particularmente, respecto de los cánones de belleza. Para comprender su versatilidad hay que reflexionar sobre los discursos y las relaciones de poder que condicionan la forma de pensar, percibir y experimentar el cuerpo según el momento de la historia, una cultura o diferentes culturas en un mismo tiempo. Así podemos ver que, en la actualidad, el consumo parece promovido por un ejercicio de poder que deja al individuo inmerso en un sistema de sobreestimulación alimenticia que puede resolver, nuevamente, con el consumo de productos saludables. Todo ello bajo un proceso de naturalización que mediante las estrategias de poder, vuelve a los sujetos, productivamente, más ansiosos y voraces.

Un planteamiento afín a esta idea, es la teoría de Norbert Elias (2012) quien se dedicó a estudiar la relación del individuo y sociedad desde un punto de vista sociohistórico. El cuerpo fue un lugar central en su obra, en cuanto permitió el encuentro entre individuo y sociedad. Para Elias, la sociedad y los individuos se encontrarían en una mutua interdependencia que manifiesta cada nuevo proceso civilizatorio, a consecuencia de un proceso político de base. El Estado cumpliría un rol de monopolización del poder que provocaría que los sujetos sean cada vez menos libres y deban responder a un cúmulo de restricciones que los hacen depender de otros para obedecerlas. Desde esta lógica civilizatoria, mientras más poder del Estado, más sociales se vuelven los sujetos, ya que la propia

individualización los hace depender de otros para lograr los objetivos civilizatorios. La sociedad sería producida por individuos y éstos solo podrían serlo según lo comandado por lo social.

En virtud de ello, la normativa se instalaría externamente para luego trasladarse a las coacciones internas, viéndose las necesidades humanas cada vez más ocultas de la mirada social para insertarse en un permanente autodomínio, así se crea “un aparato de autocontrol automático y ciego que, por medio de una barrera de miedos, trata de evitar las infracciones del comportamiento socialmente aceptado” (Elias, 1993: 452). Este traslado de la coacción externa a la coacción interna hace que el sujeto quede con impulsos afectivos sin canal de expresión, ya que el avance de la sociedad implicaría el control que instala al sujeto en una pérdida de mostrarse impulsivamente. “Cada gran paso de la civilización, sea cual sea la fase de la evolución de la humanidad en el que se produzca, representa un intento del ser humano de refrenar en el trato con los demás sus impulsos animales indomables que forman parte de su naturaleza, mediante impulsos contrarios socialmente determinados o, según el caso, de transformarlos por medio de la cultura o por un proceso de sublimación” (Elias, 1991:144), logrado por la autoacción de los sujetos que los vuelve más individuos. La internalización de este deber en la incorporación de nuevos hábitos y costumbres deja al ser humano preso de un ideal civilizatorio que involucra la constante renuncia a las emociones con fines individuales, para centrarse en el avance social con fines colectivos por efecto de la interdependencia. Así se encuentra la sociedad y el individuo corporalmente contruidos, conformando entramados de interdependencias que acarrearán “represiones civilizatorias de los sentimientos” (Elias, 1993: 347).

La dimensión corporal expresaría los condicionamientos sociales para conservar lugares de legitimidad o poder con un entramado de interdependencias que exponen obligaciones que los individuos deben asumir como propias, con objetivo de reproducir la socialización a través de pautas naturalizadas de

comportamiento. El cuerpo aparece como el modo de incorporación y de reproducción del armazón civilizatorio, como el lugar clave para el encuentro del individuo y la sociedad, donde lo social se encarna atravesando las capas más significativas para volverse la cara visible de la transformación social. Las emociones se vuelven cuerpo y el cuerpo se vuelve ideal civilizatorio para exponer la domesticación de las pasiones con objetivo de lograr la estructuración social, el gran proceso civilizatorio. Las transformaciones sociales son reproducidas por los sujetos a través de sus cuerpos, como pautas naturalizadas de comportamientos que señalan fuertemente el proceso civilizatorio (Elias, 1993). El cuerpo sería el escenario donde se delatan los cambios sociales como las evoluciones más íntimas de los sujetos, en virtud de lo cual las transformaciones sociales van haciendo cuerpo en los sujetos.

Si bien la mirada no fue parte del desarrollo principal en la obra de Elias, aparece con un significado estrecho de aceptación social cuando los cuerpos se encuentran en vías de un ideal civilizatorio. Parte de su trabajo fue mostrar la exposición ceremonial de la sociedad cortesana, donde la mirada cumplía un rol crucial que, de ser favorable, permitía la incorporación a un determinado rango social. La mirada y la observación respondían persuasivamente a la manipulación de otros, entregando significados de aprobación o desaprobación. En caso de ser una mirada cargada de crítica, se volvía una advertencia que estuviera en vías de encausar a los individuos hacia el ideal (Elias, 2012).

El ideal corporal se va arraigando a cada sujeto a través de emociones como la vergüenza y el desagrado, las cuales expresan la inadecuación al cumplimiento de la normativa que ordenan las formas de vivir el cuerpo. Estas emociones, permitidas socialmente, son una de las principales posibilidades de ajustar el comportamiento para encaminarse al ideal que comanda la civilización. Según Elias (2012), la vergüenza sería la respuesta al temor de violar las normas sociales que responden a la instalación de las actocoacciones, mientras que el desagrado “es una excitación de disgusto o miedo que surge cuando otra persona

quiebra o amenaza con quebrar la escala de prohibiciones de la sociedad representada por el súper-yo” (Elias, 1993: 503). La vergüenza y el desagrado serían emociones naturalizadas que buscarían este lineamiento a partir de la reconsideración de distintas pautas que involucran al cuerpo como exponente de coacciones en vías de la civilización y una justa posición social.

Así como Elias da cuenta de la vergüenza y el desagrado, también es posible distinguir la vergüenza de la culpa como dos emociones que, siendo parte de lo social, actúan como una forma de reconducir a los sujetos hacia los ideales sociales. La culpa sería un sentimiento experimentado por el individuo que permanece ligado a los efectos que encuentra el superyó para sancionarlo por no cumplir con sus requerimientos, "culpabilidad ligada al recordatorio del goce de que falta el oficio devuelto al órgano real, y consagración de la función del significante imaginario para imponer a los objetos de la prohibición" (Lacan 1960a). El tiránico superyó instala en el individuo un imperativo imposible de obedecer, ya que “el superyó es un ¡goza! (Jouis!) frente al cual el sujeto sólo puede responder ¡oigo! (J’ouis!)” (Radiszcz, 2008: 22). Se vuelve una voz internalizada que opera en un orden descarnado proveniente del campo del Otro, sin embargo una voz que se despliega al interior de cada sujeto. La voz vendría a ser ubicada en un más allá del Otro que resuena en el vacío del Otro, y por eso se vuelve un objeto separable. Como un eco que se activa desde las exigencias del superyó con un aspecto mudo, pero inaudible y ensordecedor desde la amenazada y culpa como instancias concernientes a los estragos superyoicos (Gerez, 2008).

Así como la voz encuentra una relación en la culpa, la vergüenza permanece ligada a la pulsión escópica en cuanto un sujeto se sabe visible por otro, “pero no a nivel del otro cuya mirada sorprende al sujeto en el momento en que está viendo por el hueco de la cerradura³. Lo que ocurre es que el otro sorprende al sujeto, todo él, como mirada escondida” (Lacan, 1964:189). El

³ Ver ejemplo de Sartre retomando por Lacan en Cap. 1.

individuo se avergüenza porque es sorprendido en aquello que mira que no es posible ver, a saber, la ausencia pura del falo. La vergüenza surge cuando el sujeto se sabe bajo la mirada de Otro que lo mira y asombra en aquello que mira. La mirada aparece como un objeto perdido que es reencontrado en la vergüenza que despierta Otro, cuando es sorprendido en la dirección de su mirada al quedar expuesto en su condición de visible (Lacan, 1964).

En este sentido, la culpa enlazada al desagrado en Elias (1993) y determinante en la voz para Lacan (1962-63), más la vergüenza bajo la mediación de Otro en el plano escópico (Lacan, 1964), logran que un sujeto se encause hacia lo establecido por el ideal. La manera de lograrlo se produce por una vigilancia jerárquica y una sanción normalizadora que orienta la conducta y los cuerpos hacia determinados objetivos sociales o económicos. La intensificación de la mirada de Otro aparece como una extensión de la vigilancia del cumplimiento del ideal (Elias, 2012; Foucault, 1998) que, mediante su ineludible aparición, busca un examen disciplinario atribuyendo significados clasificatorios a los individuos.

En consonancia a estos planteamientos, Marcel Mauss (1979) estudió las técnicas corporales, considerándolas como propias a cada cultura. Para él “cualquiera de los elementos del arte de utilizar el cuerpo humano, dominan los hechos de la *educación*” (p.340). Su planteamiento permite explicar los comportamientos de los sujetos que se activan para responder al ideal o buscar que otros se dirijan hacia los modelos sociales. Empero, su teoría alberga significados que traspasan lo desarrollado por Elias o Foucault, ya que para él no existiría forma natural de existir en el adulto pues todo viene indicado por la cultura. Esto incidiría en la comprensión del cuerpo como una forma internalizada de expresión de sujeto y/o la cultura que señala las paradojas y contradicciones a las que es sometido el cuerpo, pues en distintos niveles, tanto los motivos que permiten la captura del cuerpo, como los distintos sentidos que permiten su adherencia, corresponderían a una orientación dirigida culturalmente.

De este modo, lo social se vuelve la captura de los procesos biológicos en el individuo, como también dirige la forma del movimiento, del caminar, de hablar, de gesticular, percibir e, incluso desconocer. El cuerpo es construido en base a lo que la cultura propone, es socializado por los representantes de la cultura que indican las pautas que orientan su apropiación, su destinación como cuerpo femenino, masculino, ambiguo, aceptado, rechazado, deseado o repulsivo. Hablamos de un cuerpo que jamás escapa del margen en el cual la expresión cultural lo delimita. Un lugar donde el sujeto se instala para integrar los distintos elementos que permiten su construcción. Para Mauss, “la adaptación constata a una finalidad física, mecánica y química (así por ejemplo cuando bebemos) esta seguida de una serie de actos de acoplamiento, acoplamiento que se lleva a cabo en el individuo no por él solo, sino con la ayuda de la educación, de la sociedad, de la que forma parte y del lugar en que ella ocupa” (1973: 343).

La transmisión de las técnicas corporales se fundamenta en la naturaleza social, donde la educación se vuelve la principal fuente de conocimiento y aprendizaje para traspasar la forma permitida de llevar el cuerpo. Simultáneamente, “el niño [...] imita los actos que han resultado certeros y que ha visto realizar con éxito por las personas en quien tiene confianza y que tienen una autoridad sobre él” (Mauss, 1973:340). El sujeto observa que una determinada forma de operar con su cuerpo tiene respuestas más aceptadas que otras, y en base a eso las incorpora volviéndolas naturalmente propias. Por su parte, los representantes culturales transmiten las técnicas del cuerpo con la particularidad de encarnar la sanción de aquellas conductas que se desvían de lo socialmente aceptado.

Si bien las críticas apuntan al desentendimiento por parte de Mauss respecto a la creación de las técnicas corporales (De la Calle, 2011), el antropólogo francés otorga un gran énfasis a la incidencia de lo social sobre el cuerpo, incorporando la variabilidad de gestos espontáneos según cada cultura o época. Así, un acto que puede ser aceptado para un grupo, puede ser rechazado

por otro, toda vez que “adoptamos una actitud permitida o no, natural o no, ya que atribuimos valores diferentes al hecho de mirar fijamente, hecho que es símbolo de urbanidad en el ejército y de falta de educación en la vida normal” (Mauss, 1979: 343). Estos distintos significados que Mauss refiere a la mirada, se vuelven reflejo de las diferencias culturales y sociales situadas en cada gesto o rasgo de la corporalidad, donde lo que es permitido dentro de un territorio puede provocar el rechazo en otro. De ello es posible desprender que, cuando las técnicas corporales se ajustan al ideal, la mirada se torna aprobatoria, mientras que, frente al distanciamiento de las prácticas corporales naturalizadas, aparece la misma mirada pero esta vez con contenidos desaprobatorios, los cuales buscan encausar al sujeto hacia la normatividad promovida por cada cultura.

Los cuerpos de la mujer y del hombre se comportarían diferentemente según las técnicas que ha adoptado una cultura para su uso, así también para el cuerpo de un niño se promueve un movimiento diferente al de un adulto, o al de un anciano. De hecho, la forma de dormir encuentra un modo horizontal que ha sido determinado por tradiciones donde, según Mauss, el cuerpo sería aquello que se va adaptando a sus usos no lo usos al cuerpo. Todo se encontraría socialmente determinado, ya que “una de las razones por la que estos actos se superponen más fácilmente en el individuo, es precisamente porque se yuxtaponen en función de la autoridad social” (1973: 354). Al igual que en Foucault o Elias, Mauss despliega una sociología del cuerpo, donde la corporalidad se revela sistemáticamente atravesada por consideraciones relativas a un ideal corporal que autoriza el ejercicio de un poder social sobre un sujeto que busca obtener un lugar de aprobación, en virtud del cual inscribirse. Con ello, es posible esbozar que los cambios en las técnicas corporales vendrían necesariamente articuladas a mutaciones del ideal corporal, el cual sirve de respaldo para el ejercicio de un poder que autentifica cierto modo “natural” del andar de los cuerpos.

La determinación social del cuerpo constituye una dimensión por entero relevante. La forma de comportarse, el movimiento de manos y pies, los gustos, el

dormir, etc., el conjunto de hacer, estaría atravesado por los mandatos de la cultura, la cual entrega distintos núcleos para construirse. En tal sentido, poco habría de espontáneo en las prácticas corporales de los sujetos, pues todo se encontraría delimitado por espacios de aprobación ofrecidos y mandados por el grupo social. El sujeto sería libre de elegir cuáles elementos considerar en su constitución, sin embargo siempre sería cuestión de aspectos simbólicos que, provenientes del Otro, le entregan al sujeto nichos circunscritos para el ejercicio de optar donde situarse. En este sentido, el ideal corporal se vuelve la cara de la aprobación por parte del Otro, mientras que su anverso genera el malestar desaprobatorio de aquellos que se desvían de lo establecido, siendo una manifestación que, de igual modo, resulta concedida como nicho de inscripción por el mismo grupo social.

El ideal corporal condensa elementos del constructo de belleza, concepto que fue interrogado por Freud (1929-30) cuando intentaba dar cuenta de la funcionalidad de ella. Consideró que la belleza tenía un suave efecto embriagador que por ninguna parte permitía ver su utilidad ni su necesidad cultural, sin embargo, tampoco se podía prescindir de ella. Por un lado, se preguntó si la belleza sería uno de los métodos por los cuales el ser humano tiene la posibilidad de alcanzar la felicidad para protegerse del sufrimiento que acarrea vivir insertos en la cultura. En sus palabras menciona:

“Puede situarse el interesante caso en que la felicidad en la vida se busca sobre todo en el goce de la belleza, dondequiera que ella se muestre a nuestros sentidos y a nuestro juicio: la belleza de formas y gestos humanos, de objetos naturales y paisajes, de creaciones artísticas y aun científicas. Esta actitud estética hacia la meta vital ofrece escasa protección contra la posibilidad de sufrir, pero puede resarcir de muchas cosas” (Freud, 1929-30: 82).

Por otro lado, Freud también consideró a la belleza desde una lectura no sólo estética, sino también desde una función económica en su sentido libidinal. Para él “la [belleza] y el [encanto] son originalmente propiedades del objeto sexual.

Digno de notarse es que los genitales mismos, cuya visión tiene siempre efecto excitador, casi nunca se aprecian como bellos; en cambio, el carácter de la belleza parece adherida a ciertos rasgos sexuales secundarios” (Freud, 1929-30: 82-83). El ocultamiento de los órganos sexuales sería parte del progreso de la cultura que mantiene despierta la curiosidad sexual pero bajo la sublimación. Como un proceso en el que participa la desexualización de la libido objetal, haciendo posible que el yo desplace su energía libidinal sobre actividades no sexuales pero psíquicamente emparentadas con las sexualidad mediante vías de influencia reciprocas entre lo sexual y lo no sexual (Sanhueza, 2013). En este sentido, aparece en la belleza corporal la sublimación de esas metas donde la zona erógena del ojo encontraría en los rasgos consensuados como bellos de la corporalidad, aquel ocultamiento revelador que, en sí mismo, se vuelve embriagador, porque precisamente, en un mismo gesto, oculta los genitales y los revela. Como lo ha señalado Freud: “la ocultación progresiva del cuerpo que se ha mantenido a lo largo de la civilización, mantiene despierta la curiosidad sexual. Esta curiosidad trata de completar al objeto sexual revelando sus partes escondidas. No obstante, puede ser desviada (sublimada) en el arte, si su interés puede ser desplazado de los genitales a la forma de un cuerpo como un todo” (1905:148).

Frente a este planteamiento Freudiano Hubert Damisch se pregunta: “¿qué tiene que ver la civilización con la belleza, que por lo demás exige del hombre tantos sacrificios, sobre todo sexuales?” (1996:26). En su interés de dar respuesta, toma como referencia la representación pictórica llamada “El juicio de Paris” retratada por Rubens (1638-39), donde se muestra a Paris ofreciéndole una manzana a Afrodita, quien es dibujada desnuda dando la espalda, a diferencia de Atenea y Hera que aparecen vestidas. Atenea sujeta su escudo que sirve de espejo a Afrodita, siendo su reflejo lo que observa el espectador donde no se revela su cuerpo desnudo, sino su rostro. Paris se ubica frente a Afrodita y no ve sus genitales ni sus pechos desnudos porque ésta se encuentra cubierta con un

velo que se desliza sobre su cuerpo. La diosa encanta a Paris y él le regala una manzana que Afrodita recibe para luego premiarlo con una mortal Helena. Frente a este cuadro, Damisch se interroga sobre la belleza femenina y, al igual que Freud, concluye que no estaría en la visión de los órganos sexuales. Los órganos sexuales se imponen al ojo con una estimulación lograda a distancia, sin embargo lo bello respondería al alzamiento de los rasgos sexuales secundarios que involucran un alejamiento visual de los genitales para centrarse en aquello permitido de ver.

El juicio de Paris representaría el tránsito entre dos visiones de belleza. Por un lado, una belleza primitiva que habla de la excitación sexual de los genitales descubiertos que la vuelve poco civilizada al no tener regulación de la excitación. Por otro, una belleza relativa a los rasgos sexuales secundarios, sobre los cuales opera un acuerdo de lo social que define aquellos indicativos que hacen a un ser humano bello. Normalmente estos signos, responden al rostro, pelo, ojos, piernas, etc., a aquellas partes que involucran la fragmentación del cuerpo excluyendo los órganos sexuales.

Desde esta línea, la percepción del arte occidental, que Damisch se encarga fuertemente en resaltar, adquiere una visión indecorosa cuando el cuerpo es presentado desnudo. Para que una pintura sea considerada bella, la presentación de los genitales tuvo que ser eludida. La génesis es que los órganos sexuales no dejan de ser atractivos a los ojos que miran escondidos del juicio social, ocultos de aquello que la civilización ha establecido como prohibición, pues “la belleza, decididamente, se relaciona con la ausencia, con la pérdida [...]. Para que el objeto, hasta en su determinación fálica, pueda ser considerado bello es necesario que primero se haya planteado -así fuera en el inconsciente- como perdido” (Damisch, 1996:50).

Para Hubert Damisch la belleza es irrepresentable. Su preocupación por ella lo lleva a enfocarse en aquello que permanece oculto cuando la contemplamos, aquello que respondería a ese efecto embriagador señalado por

Freud. Para responder a esta interrogante, el filósofo Francés se preguntó sobre la relación que tendría la belleza con el arte, concluyendo que ambas derivan del objeto de deseo sexual que solo hace posible hablar de belleza cuando la excitación sexual ha sido desplazada o se encuentra reprimida. En ese momento, aparece la estética del arte o la contemplación de la mujer, como aspectos concernientes a lo entendido por belleza, pese a que parte de la consideración de lo bello no puede desconocer lo que permanece como corriente subterránea capaz de hacer de velo a la excitación de los órganos sexuales. Al respecto, cualquier criterio estético condensaría un deseo sexual que permanecería oculto, expresando la tensión universal respecto al juicio de belleza. Esto último, menciona las consideraciones de lo bello que entrega la cultura y el deseo sexual como manifestación de aquello que busca ser civilizado para el logro de la autonomía del sujeto. En consecuencia, la apreciación de la belleza es permitida mediante la desviación de las pulsiones sexuales, que encausa a estas últimas en dirección al arte.

2.3. Capítulo 3: De la mirada como *objeto a*, a la constitución corporal.

Para Lacan, la función del velo adquiere un significado particular, ya que permite el establecimiento de un juego de luz y opacidad que, por contraste, logra la ilusión de un más allá exhibiendo la proyección de una ausencia. Sobre la cortina se dibuja una imagen que el velo cubre y revela con su movimiento traslucido, siendo esta imagen indicadora de un más allá del objeto que, por esta misma cualidad, la hace no presentar imagen, sino solo ausencia que la instala en su condición de símbolo. En este sentido, hay algo por fuera de lo que se ve que no implica que sea una ausencia no presente, sino un objeto advertido por su presencia simbólica, a saber, por la falta de una imagen representable que hace que "la cortina cobra su valor, su ser y su consistencia precisamente porque sobre ella se proyecta y se imagina la ausencia" (Lacan, 1956-57:157).

Cuando en el Seminario IV (1956-57) Lacan desarrolla su planteamiento sobre el velo, él expone que el símbolo de la ausencia es ocupado por la función del velo, ya que una vez "colocada la cortina, sobre ella puede dibujarse algo que dice -el objeto está más allá-. El objeto puede ocupar entonces el lugar de la falta y ser también propiamente el soporte del amor, pero en cuanto que no es precisamente el punto donde se prende el deseo. En cierto modo, el deseo aparece aquí como metáfora del amor, pero lo que lo cautiva, o sea el objeto, se muestra como ilusorio, y valorado como ilusorio" (p.158). En este sentido, el velo cautiva al sujeto por aquella ilusión que guarda en cada relación enlazada al deseo, pues es allí donde el sujeto aparece en el sentimiento de esa nada que hay más allá del objeto de amor. Una ausencia como indicadora de un más allá que atrapa al sujeto y lo deja fascinado, preso de amar lo que está más allá del objeto, el falo.

El falo queda personificado en su concepción de velo, en la medida que es aquello que falta y que nunca se encuentra más presente que en su ausencia. La cortina proyecta esa nada que esconde como un objeto o un más allá del objeto

provocando la travesía del sujeto por el falo. El velo busca esconder la falta, pero su brillantez, dada por la misma relación con la falta, la revela siendo aquel más allá que el individuo planea encontrar. Podemos decir que esta ausencia, al situarse en el intercambio simbólico, es una instancia que constantemente ejerce su función de velo, ya que la presencia de un código compartido expone la ausencia de aquello que no se estableció como fuente por el grupo social. Cada elemento circulante que se activa y reactiva en el intercambio simbólico, deja una estela tras de sí de aquello que no fue, mostrando el signo de su ausencia. Del mismo modo, como la mujer podría no tener falo, participa en nombre de él a título de su ausencia, o bien de su presencia simbólica, ya que "el pene en cuestión no es el pene real, sino el pene en la medida en que la mujer lo tiene - es decir en la medida en que no lo tiene" (Lacan, 1956-57:154).

Juan David Nasio (2001), subraya que la función del velo restituye, en su movimiento rítmico de alternancias de luz y sombras, de pliegues y movimientos ondulantes, todos los orificios erógenos del cuerpo. El velo vendría a cubrir la imagen fálica, precisamente porque es de tipo orificial, lo cual dejaría traslucir el goce-objeto. En sus palabras señala: "Lo que provoca horror en el chico es que él ve el cuerpo, de pronto busca con la vista, ve el cuerpo, ve el falo, y busca sin saber qué es lo que busca" (p.73). Este hecho, lo deja fascinado y paralizado porque sabe que hay un más allá del objeto que ve y que ama, que no sabe que es, sin embargo lo reconoce por su ausencia. La imagen fálica sería una hendidura, que por esa razón encantaría, ya que logra la adopción del movimiento del velo cuando cubre y trasluce ese objeto que se encontraría más allá de lo que la visión puede ver.

Para Nasio el yo se constituye por un conglomerado de imágenes que conectan en su núcleo con el falo imaginario. Del tal modo, cuando el velo presenta ese más allá del objeto, el sujeto se inserta en la experiencia de fascinación que es, lisa y llanamente, estar confrontando a su imagen fálica. Como hemos visto no es cualquier imagen, sino aquella que se encuentra en el núcleo

del yo y que el resto de las imágenes pregnantas recubren. En efecto, lo que tiene de fascinadora la experiencia del velo, es la brillantez que implica estar confrontando a la imagen fálica, aquella luz que enceguece porque se presenta irruptivamente tras la función del velo. “Ese momento de fascinación supone que todas las imágenes pregnantas se concentran en esa sola imagen fálica, en esa sola imagen puntual, brillante, encandillante, deslumbrante; y además ocurre que no solo las imágenes, sino inclusive las referencias simbólicas parecen todas converger en este punto de la imagen fálica (Nasio, 2001:59).

Por su parte, Lacan (1964) dirá que “cuando se quiere engañar a un hombre se le presenta la pintura de un velo, esto es, de algo más allá de lo que pide ver” (p.118), ya que así aparecería un simple desplazamiento de la mirada que permite la aparición de otra cosa que lo representado en la escena. En tal sentido, el velo para Lacan es un engaño al ojo que aparece como otra cosa. Nos referimos al *a* minúscula que sostiene todo aquello que se representa, pero no puede ser visto sino es por su ausencia que se muestra en un más allá. Es el *a* minúscula el que produce sosiego en el dar a ver del cuadro, aquel encantamiento de la pintura dado por el apetito del ojo que busca ese más allá sin poder encontrarlo en lo visible. El ojo se presenta como algo más que pide ver y que no encuentra, ya que “se puede decir que allí atrás todo está siempre colmado de miradas” (Lacan, 1962-63:120), dirección donde no apunta el ojo cuando quiere ver en lo visible, sin embargo se ve advertido por su presencia.

Lacan (1962-63) concibe la presencia del falo como símbolo, es decir, respecto a su ausencia, como objeto *a*. El más allá que revela el velo que es pura ausencia, es el objeto de la pulsión que se establece como el objeto pequeño *a*. La esquizia del sujeto estaría determinada por una separación primitiva que lo ha dejado confrontado a la automutilación que en la algebra lacaniana se ha llamado objeto *a*. “El objeto *a* es algo de lo cual el sujeto, para constituirse, se separó como órgano. Vale como símbolo de la falta, es decir, de falo, no en tanto tal, sino en tanto hace falta. Por lo tanto, ha de ser un objeto —en primer lugar, separable —en

segundo lugar, que tenga alguna relación con la falta” (Lacan, 1964:110). El objeto *a* es aquella huella que quedó por la función del corte, siendo el símbolo que puede personificar la relación esencial con la separación. A partir de esta separación, el objeto *a* queda inscrito en los distintos niveles de la experiencia corporal siendo el sustrato auténtico de todas las causas de deseo que remiten a ese corte inaugural que lo dejó en falta. En el cuerpo siempre habrá algo separado, elidido, siendo el objeto *a* aquello que nombra ese resto.

En el Seminario X, Lacan (1962-63) plantea al objeto *a* como aquello que escapa de la posibilidad de ser nombrado por lo simbólico, siendo aquel resto que queda de la relación simbólica con Otro. Por su parte, en el Seminario XI (1964), agrega que se trata de algo que el sujeto debe recuperar en el campo del Otro, siendo la causa de deseo del neurótico que le permite su búsqueda para lograr una mirada desde donde inscribirse. El objeto *a* se vuelve un representante de lo que tuvo que dejar un individuo para ingresar al lenguaje y buscar en lo simbólico lo que responda a su deseo. El lenguaje va cortando los objetos del cuerpo al dejarlos bajo la tutela de la falta, permitiendo que el objeto sea construido en la dialéctica del sujeto y el Otro. El individuo ingresa a lo simbólico y circula de eslabón en eslabón en los significantes que le permiten nombrar aquello que le entregue un acercamiento a su deseo, con el costo de una falta que queda en lo irrepresentable del objeto *a*, “si el sujeto del deseo no cesa de vagar a lo largo de la cadena simbólica, si pasa así de un significante a otro y, por lo tanto, de un epithúmeno a otro, es porque cada vez, en cada intervalo, el objeto-causa del deseo cumple la pura función de la falta e *impulsa* así su movimiento al deseo” (Baas, 2011: 101).

El objeto *a* tendría una particularidad única en el campo escópico, ya que respecto a su función, “se trata de encontrar las huellas de esta función excluida. Ya en la fenomenología de la visión se indica suficientemente como homóloga de la función del *a*” (Lacan, 1962-63: 260). La separación y elisión del objeto *a* no se presentaría en un lugar más manifiesto que a nivel de la función del ojo, ya que

mirar adquiere un significado de contemplación, una deposición de la mirada que puede “contener en sí misma el objeto *a* del álgebra lacaniana donde el sujeto viene a caer: el que en este caso, por razones de estructura, la caída del sujeto pase siempre desapercibida, por reducirse a cero, específica del campo escópico [...] la mirada, en tanto objeto *a*, puede llegar a simbolizar la falta central expresada en el fenómeno de la castración, y en que, por su índole propia, es un objeto *a* reducido a una función puntiforme, evanescente, deja al sujeto en la ignorancia de lo que está más allá de la apariencia” (Lacan, 1964: p.84). Con ello, en lo escópico hay siempre algo más allá de lo que se ve, la mirada, no perceptible desde lo visible, sin embargo notoria desde el agujero que revela la falta, el lugar donde el sujeto deviene objeto.

Por esta razón se establece que el objeto *a* en la mirada es evanescente, porque no es posible de representar, no tiene imagen ni materialidad, ni siquiera se ve como ausencia como establecíamos con el falo, e incluso “es más evanescente en su función de simbolizar la falta central del deseo” (Lacan, 1964: 112). Lo que está más allá de la imagen es lo que operaría como función de lo escópico ocupando el lugar del objeto *a*. Es decir, el objeto *a* se instalaría en lo que no puede ser representado por la visión, en la medida que aquello que se observa de la imagen tiene una estructura de agujero que se explicaría por su entrecruzamiento con el falo.

La castración simbólica produciría una división en el sujeto, una división que también daría cuenta de lo que Radiszcz (2005) ha desarrollado bajo el análisis fílmico de un *Perro Andaluz* de Buñuel. En una escena de esta película es posible apreciar un ojo cortado desde donde emana un cuerpo heterogéneo por la escisión del ojo que parece “hacer referencia al objeto *causa*, es decir, al objeto *a* que, en el plano escópico, es la *mirada*” (p.4). La división del ojo no solo haría referencia al sustrato de un segmento ocular, sino también a la escisión fundamental del sujeto que Lacan (1964) ha referido en el plano escópico, es decir a la división entre el ojo y la mirada que busca ser eludida por la visión. En la

división del sujeto aparecería la mirada provocando un encuentro imposible con el objeto *a* (Radiszcz, 2005).

Lo elidido de la visión es la mirada en tanto falta, aquello que precisamente se vuelve la causa de la visión. Lo que mueve la fuerza de mirar está dado por aquello elidido de la visión, de suerte que hablamos de un mirar que incluso un ciego puede efectuar en acto porque refiere a la instalación de una mirada que confronta con su falta constitutiva. Así el objeto faltante que despierta a la mirada, constituyendo todo el circuito del campo escópico, se vuelve una mirada que no solo mira, como lo veíamos con Merleau-Ponty, sino una mirada que también habla de su propia configuración en la fantasía.

La *Fantasía*⁴ construida por Lacan (1957-58; 1958-59), y desarrollada a lo largo de toda su obra, sería la respuesta a la interrogante acerca del deseo de Otro que se instala a partir de la pregunta *Che vuoi?, ¿Qué quiere el otro de mí?* Esta pregunta surge porque en las palabras del Otro hay siempre algo incomprendible que hace cuestionar al sujeto si aquello que el Otro le dice es realmente lo que quiere decir, ya que hay un resto que lo simbólico no puede dar cuenta, a saber el menos phi que se desliza a través de los significantes y que el individuo interroga haciendo surgir el enigma de su deseo. La fantasía tendría el objetivo de asegurar un lugar en el Otro, en el deseo del Otro, a partir de aquello que le falta y que el sujeto intenta suplir con su propia presencia como objeto. Lo que une fuertemente al sujeto con él *a*, lo que hace que el sujeto permanezca identificado con ese resto, permanece siempre oculto, elidido, siendo la causa que dirigirá su deseo en el campo del Otro.

Aquello que constituye al sujeto, es la respuesta que logra darse ante la falta del Otro, intentando resolver el enigma que habla de lo quiere el Otro de él o ella. La génesis es que el objeto de deseo no va a coincidir con el objeto *a*, la

⁴ La palabra Fantasía proviene del Francés "fantasme" que suele tener una equívoca traducción como *fantasma*. Distinto es palabra "fantôme" que designa al espectro.

causa de deseo, ya que el Otro se encuentra recortado, lo cual implica, necesariamente, que hay un objeto perdido que se caracteriza por su condición de inatrapable y que ningún falo, permanente o todo poderoso, puede apaciguar. Sin embargo, como en la fantasía el sujeto busca posicionarse como el falo para Otro (Lacan, 1959-60), y dado que esta posición es una ilusión, hay ciertos elementos determinados por el grupo social de los cuales es posibles sostenerse para ser un suplemento del falo.

El individuo buscará cumplir las expectativas de Otro que den cuenta del ideal social, de esta manera, intentará satisfacer ciertas condiciones sociales consideradas como signo de éxito que lo harían acreedor del falo. Por otro lado, su no cumplimiento, o distancia de las alternativas fálicas, posicionarían a un sujeto en un lugar menos fálico, menos exitoso. El ideal permanece articulado a su condición fálica, desde donde nace la belleza como posibilidad de atributo social que favorece a un sujeto poseedor de ella. De forma contraria, un sujeto sin tales condiciones, se presenta con menos privilegios sociales quedando, por tanto, en una posición menos fálica.

Como veíamos anteriormente⁵, habría un mandato sostenido sobre el cuerpo como reflejo del ideal, que en el anverso de su cumplimiento, expone el rechazo a un cuerpo desajustado. Empero, no es cualquier desajuste, sino aquél que se entrecruza con una corporalidad menos productiva y menos sana, como es posible de encontrar en la obesidad. De esta forma, el sujeto busca, bajo su condición de objeto, ser aquello que al Otro le falta, con la particularidad de ser un objeto que brilla por ajustarse a atributos de belleza destinados por lo social, ya que en el gusto por lo bello, lo social ha permitido restituir las pulsiones más destructivas (Lacan, 1960c).

⁵ Ver Capítulo 2: “El cuerpo, una noción construida socialmente”

III. PRESENTACIÓN DE RESULTADOS

3.1. Consideraciones Metodológicas

De acuerdo a la literatura existente sobre la temática a investigar, se puede concluir que muchos estudios dedicados a la pulsión escópica lo han hecho desde distintos acercamientos que involucran a la corporalidad. Uno de ellos es el estudio de Basch (2016), quien se interesó por investigar la relación entre el ver y el ser mirado con la pornografía y la obscenidad del cuerpo. Por otra parte Mandoki (2006), consideró que el campo escópico estaría atravesado por la estética, generando una particular forma de organización que involucraría distintos nichos cotidianos como lo son: la organización doméstica, la forma de llevar los cuerpos e incluso la retórica. A su vez Beltran (2014), estableció que el sujeto siempre estará bajo la mirada de Otro como indicativo de aprobación o desaprobación según los mandatos de cada cultura. Este mandato dirigido por la mirada, buscaría que el sujeto se inserte en un sistema visual donde, a partir de provocar el interés por alcanzar una determinada imagen de cuerpo, se puede convencer a los individuos de cualquier cosa. Por último, Silvia Reisfed (2004) estudió la mirada desde la configuración del tatuaje, desarrollando que éste último permitiría una marca personal que entregaría inclusión y pertenencia. Consideró que el tatuaje como punto de miradas sería una manera de inscribir una nueva forma de subjetivación actual. Los estudios mencionados exhiben una relación de la pulsión escópica con la corporalidad, no obstante no se han encontrado investigaciones que incluyan a la obesidad como característica central de análisis.

Por tales motivos esta investigación ha establecido como *objetivo general* **indagar sobre la participación de la pulsión escópica en la configuración que mujeres entre 20 y 25 años hacen sobre su corporalidad con obesidad.** Desde este punto fue posible considerar el interés por conocer *objetivos específicos* que buscaron:

- Identificar los significados asociados a la formación de la corporalidad obesa.
- Caracterizar las relaciones entre los significados de la obesidad a nivel social, familiar e individual.
- Explorar las relaciones entre la significación de la obesidad, el lugar de la mirada y el juicio estético sobre la corporalidad.
- Analizar la participación del ideal en la construcción corporal de las mujeres con obesidad.

La metodología que dirigió este estudio fue *cualitativa*, la cual se caracteriza por apuntar a producir materiales narrativos, es decir, formulaciones elocutivas expresadas en ejercicios de la palabra capaces de servir a la producción y al conocimiento de distintas subjetividades únicas e irreproducible. Como señala Martínez (2006), “se trata del estudio de un todo integrado que forma o constituye una unidad de análisis y que hace que algo sea lo que es” (p.128). En función de lo expuesto, se trabajó analíticamente con los relatos que cada una de las personas participantes de este estudio hicieron sobre sí mismas o sobre algún aspecto de sus existencias, permitiendo interpretar la producción de los narradores (Cornejo, Mendoza y Rojas, 2008).

En virtud de esta estrategia, la presente investigación se ha basado en “conceptos sensibilizadores” (Flick, 2008:16) como lo son la mirada y la obesidad, para levantar una hipótesis que establece su relación y concomitancia en la construcción de la corporalidad. No obstante, la metodología no desconoce los fundamentos teóricos que dirigen este estudio, más bien, esta tesis es convocada por conocimientos teóricos previos que han permitido el surgimiento de reflexiones e intereses que se fundamentan en producir el encuentro entre la obesidad y la pulsión escópica para generar un mutuo diálogo.

La revisión de estudios señalados anteriormente, permiten proponer a esta tesis como un estudio de tipo *exploratorio*, que busca resolver un nicho teórico y

generar nuevos conocimientos que puedan ser retomados con mayor profundidad. Como señala Hernández, Fernández y Baptista (2010), “los estudios exploratorios sirven para familiarizarnos con fenómenos relativamente desconocidos, obtener información sobre la posibilidad de llevar a cabo una investigación más completa respecto de un contexto particular, investigar nuevos problemas, identificar conceptos o variables promisorias, establecer prioridades para investigaciones futuras, o sugerir afirmaciones y postulados” (p.79).

Dado el interés por la singularidad, esta investigación se limitó a un número reducido de casos para lograr el conocimiento profundo de cada uno de ellos en sus aspectos diferenciales y particulares, respecto de los cuales se buscó obtener conocimiento. Siguiendo lo anterior, la *selección* de las participantes se estableció mediante el criterio de *muestreo por conveniencia*, lo que significó contactar a cinco Nutricionistas de la Región Metropolitana que atendieran en consulta privada o en Centros de Salud Asistencial y se les solicitó una reunión presencial para presentar los objetivos de este estudio y su colaboración activa en la recolección de participantes. Luego de explicar las directrices principales que sostenían esta investigación, y ante la decisión voluntaria que presentaron las profesionales de colaborar, se procedió a firmar el consentimiento informado⁶, que entre varios puntos, aclaraba la no devolución de la información obtenida al tratarse de un estudio que resguardaba la confidencialidad del sujeto.

Una de las nutricionistas desistió de su participación, ya que se vio desvinculada de la Institución donde trabajaba. A su vez, una segunda nutricionista no logró convocar a entrevistadas, ya que señaló que las mujeres respondían con pudor y vergüenza ante la iniciativa de hablar de su obesidad. Las tres nutricionistas restantes lograron captar el interés de una paciente cada una, lo que posibilitó el inicio de las entrevistas. En un segundo momento, luego de la primera entrevista, se preguntó a las entrevistadas si tenían algún conocido que reuniera las características para participar en este estudio. De esta manera, se dio

⁶ Revisar Consentimiento Informado para Nutricionistas en Anexo 3.

inicio a la segunda forma de convocar a las participantes faltantes, mediante la técnica *bola de nieve*. Según Martínez (2012), esta última técnica de selección es un diseño secuencial donde prevalece la recaudación gradual de los participantes porque la integración de la muestra se ha ido eligiendo sobre la marcha. Así está segunda forma de convocatoria permitió lograr el total de participantes.

Fueron cinco las mujeres seleccionadas entre 20 y 25 años que presentaban Obesidad u Obesidad Mórbida al momento de la entrevista. El indicativo para evaluar obesidad fue el *Índice de Masa Corporal (IMC)*, proporcionado por las Nutricionistas participantes, siendo este criterio de medición aquello que permitió obtener un conocimiento medible y cuantificable de cada seleccionada. Un IMC sobre 30 es un rango considerado obesidad, de tal modo fue un requisito excluyente que las participantes tuvieran un IMC igual o superior a 30. Tres de las participantes presentaron obesidad en grado 2, lo que significa que su rango de IMC osciló entre 35.0 y 39. Las otras dos mujeres presentaron obesidad en grado 3, es decir, Obesidad Mórbida teniendo un IMC superior a 40.

Con respecto a la recolección de datos, cabe señalar que al revisar sistemáticamente investigaciones que consideraron en sus unidades de análisis a la obesidad, se concluyó que la mayoría de los estudios revisados habían recogido su material mediante cuestionarios o pruebas gráficas (Matoso, 2008; Zamorano, 2009; Zukerfeld 2011). No obstante, dado nuestro interés por examinar la dimensión escópica en la experiencia de mujeres obesas, se optó por producir materiales de carácter *biográfico*, ya que fue necesario la instalación de una trayectoria histórica de cada participante para complementar el análisis de la información obtenida. En este sentido, la disposición a la escucha consistió en *entrevistas abiertas* donde la entrada, es decir, el pretexto para entablar la conversación, fue una narración biográfica que buscó no exigir estabilidad en los relatos para así poder apreciar las contradicciones, tensiones y ambivalencias (Cornejo, et al., 2008). Se trató de ir encontrando el sentido último de cada mujer

que habló de su corporalidad, para favorecer el acercamiento a los puntos muertos o vacíos que sostuvieron cada discurso.

Como estrategia para una favorable producción de los datos, se consideró un ambiente cómodo y tranquilo que permitiera a las seleccionadas explayarse libremente. El inicio de la conversación se generó a través de una consigna amplia y clara que diera cuenta de aspectos relevantes de la identificación e intereses de cada una. En este sentido, la entrevista se abrió con la petición que relataran a qué se dedicaban, siendo aquello que, en la mayoría de las participantes, permitió introducir la variable cuerpo respecto a las relaciones establecidas con sus compañeros en sus lugares de estudio. De hecho, la mayoría de ellas comenzó con elaborar su relato alrededor del juicio crítico que experimentaban en sus instituciones estudiantiles por su obesidad, permitiendo ir introduciendo los objetivos de esta investigación, conforme al ritmo de cada discurso que fue progresivamente alcanzando temas referidos a la obesidad y la mirada.

El diálogo no se generó con un guion estructurado, más bien existieron ejes temáticos considerados relevantes al momento de la conversación. Su carácter facilitó que la entrevista se aplicara a cada singularidad y al propio ritmo de la entrevista, de este modo se fueron adelantando o atrasando temas preestablecidos según el propio relato del sujeto. No obstante, si las participantes se interesaron en focos temáticos no previamente considerados, se profundizó en ellos hasta alcanzar el conocimiento de las variables principales que guiaron este estudio.

Las coordenadas que dirigieron las entrevistas fueron:

1. Identificación de la Entrevistada
2. Conocimiento Estructura Familiar
3. Significados asociados a su corporalidad
4. Conocimiento sobre la formación de su corporalidad
5. Prácticas Corporales

6. Significados de la Obesidad a nivel social, familiar e individual.

Las entrevistas fueron grabadas, con el consentimiento de las mujeres con obesidad, con objetivo de lograr la transcripción del material recaudado. Para lograr la confidencialidad de la información se aseguró, mediante el consentimiento informado⁷, que sus relatos solo serían conocidos por la investigadora y el profesor guía. Estas consideraciones permitieron la protección y tranquilidad de las entrevistadas logrando que la extensión del diálogo se diera entre una 1 hora 30 minutos a dos horas de acuerdo a cada caso.

Luego de haber obtenido la primera transcripción, y de haber sometido la entrevista de cada participante a un análisis general, se consideró que sería oportuno realizar solo una entrevista, ya que existió saturación de la información. Según Glaser y Strauss (1967), la saturación se refiere a que ninguna información adicional obtenida de la recaudación de los datos vendría a modificar el material ya encontrado. A partir de este punto, han establecido que “los criterios para determinar la saturación son, entonces, la combinación de los límites empíricos de los datos, la integración y la densidad de la teoría y la sensibilidad teórica del analista” (p.12). En tal sentido, se estableció que las dudas e interrogantes que surgieron de las primeras entrevistas respondían a criterios teóricos y metodológicos que podrían ser retomados en futuras investigaciones, ya que el material enfocado en la pulsión escópica y la obesidad fue ampliamente desarrollado por las entrevistadas.

3.2. Dispositivo del Análisis de los Datos:

Cuando se tuvo el material transcrito se pudo observar que las participantes hacían una clara distinción de dos categorías principales que referían a lo obeso y lo delgado. Por esta razón, se consideró que la técnica más pertinente para

⁷ Ver Consentimiento Informado para participantes en Anexo 3.

analizar los datos sería el *Análisis Estructural del Discurso* (Greimas, 1979). Hiernaux (2009) sostiene que este tipo de análisis trabaja con principios básicos de oposición, donde es posible encontrar el sentido del relato a partir de la confrontación de opuestos, es decir, a través de un orden binario del mundo. Estas oposiciones suponen la puesta en relación de dos elementos del discurso, para formar una relación de disyunción, que en cada eje semántico, fue adquiriendo al menos una valoración contraria de términos. En tal sentido, el análisis permitió conocer códigos principales en base a valoraciones contrarias, desde donde fue posible enlazar otros códigos secundarios para formar redes de sentidos más amplias y complejas que determinaron el significado último de cada discurso.

El análisis permitió conocer los principios organizadores del discurso mediante las *estructuras paralelas*, que refieren a un material organizado en dos disyunciones que se mantienen en relación con una valorización apuesta (Piret, Nizet y Bourgeois, 1996). Como anticipábamos, en este estudio las estructuras paralelas se basaron en la disyunción de lo obeso y delgado con una valoración positiva o negativa según lo establecido por cada entrevistada. La obesidad no adquirió una valoración negativa de forma unánime en las participantes, más bien su valoración fue establecida por la organización de cada discurso, ya que como ha señalado Barthes (1979) “el discurso mismo (como conjunto de frases) está organizado y que por esta organización aparece como el mensaje de otra lengua: [...] el discurso tiene sus unidades, sus reglas, su <gramática> más allá de la frase y aunque compuesto únicamente de frases, el discurso debe ser naturalmente de objeto de una segunda lingüística” (p.12). Por esta razón, este análisis permitió ir observando el comportamiento de las categorías al interior de cada relato que mantuvo una distribución propia, como un sentido último más allá de aquello que la semántica podría establecer.

En virtud de ello, se utilizó como segunda aproximación para lograr el sentido último de cada relato *la estructura jerárquica* (Piret, Nizet y Bourgeois, 1996) que, en su articulación con la estructura paralela, permitió conocer términos

que mantenían dobles implicancias de disyunción. Es decir, fue posible apreciar que desde un término de la oposición de la estructura paralela, emergían nuevas categorías de disyunción que se desglosaron del primero, formando jerarquías de oposiciones.

Una tercera forma de aproximarse al conocimiento de las disyunciones del análisis estructural, son las *estructuras cruzadas* las cuales no fueron utilizadas en este estudio por no haber encontrado ejes en el material discursivo que hubiesen permitido aplicarla de manera fructífera.

La distribución y aplicación de las estructuras paralelas y jerárquicas fue a través de la construcción de los siguientes ejes semánticos: **Sujeto**, que caracterizó los personajes de la disyunción que estableció cada mujer entre lo obeso y lo delgado; **la acción del Otro**, que respondió a un determinado tipo de acciones realizadas por los representantes sociales frente a la presencia de una persona obesa o delgada; **la acción del Sujeto**, referida a las respuestas que las entrevistadas tuvieron frente a la acción del Otro; y finalmente la **Constitución de sí**, entendida como el sentido último del discurso de cada joven, es decir, aquello que busca como fin a partir de la construcción de cada eje semántico.

3.3. Organización de la presentación de la información:

El material recogido se organizó con la creación de una *reseña biográfica* de cada participante, que diera cuenta de los principales hitos históricos que complementaron el análisis estructural. Posteriormente, se construyó un *esquema estructural* que expuso la estructura del discurso sostenido por cada entrevistada donde fue posible apreciar la distribución de las estructuras paralelas y jerárquicas en cada eje semántico previamente descrito. Para finalizar, se redactó una *paráfrasis*, por cada esquema estructural, que explicara, a través de viñetas del discurso de las jóvenes, aspectos fundamentales de la forma en que se estableció

la estructura discursiva de cada mujer que habló de su obesidad. Con esto fue posible conocer la variabilidad de razones que guardó la experiencia situada de la obesidad en cada una de las entrevistadas.

Luego de haber organizado la información por cada entrevistada, se procedió a crear un *esquema estructural general* que integró todos los esquemas estructurales individuales. Asimismo, se redactó una *paráfrasis general integrada* permitiendo obtener un panorama general que dialogara con los objetivos de esta investigación en un apartado final sobre la *discusión de los resultados*. En base a este último punto, resultó interesante observar los aspectos comunes que, respecto a cada uno de los ejes semánticos obtenidos, aparecieron a partir del análisis. De hecho, es solo en función de estos aspectos comunes, los cuales conformaron un plano de experiencia compartida y, por ello, revelaron una posición habitualmente encontrada por nuestras entrevistadas en su confrontación a la normatividad social, que fue posible reubicarse en el campo teórico para observar aquellos puntos que mantenían una sintonía con el respaldo de los antecedentes y aquellos que permitieron replantearse nuevos acercamientos teóricos.

3.4. Presentación de las participantes

3.4.1. Susana

Reseña Biográfica Susana:

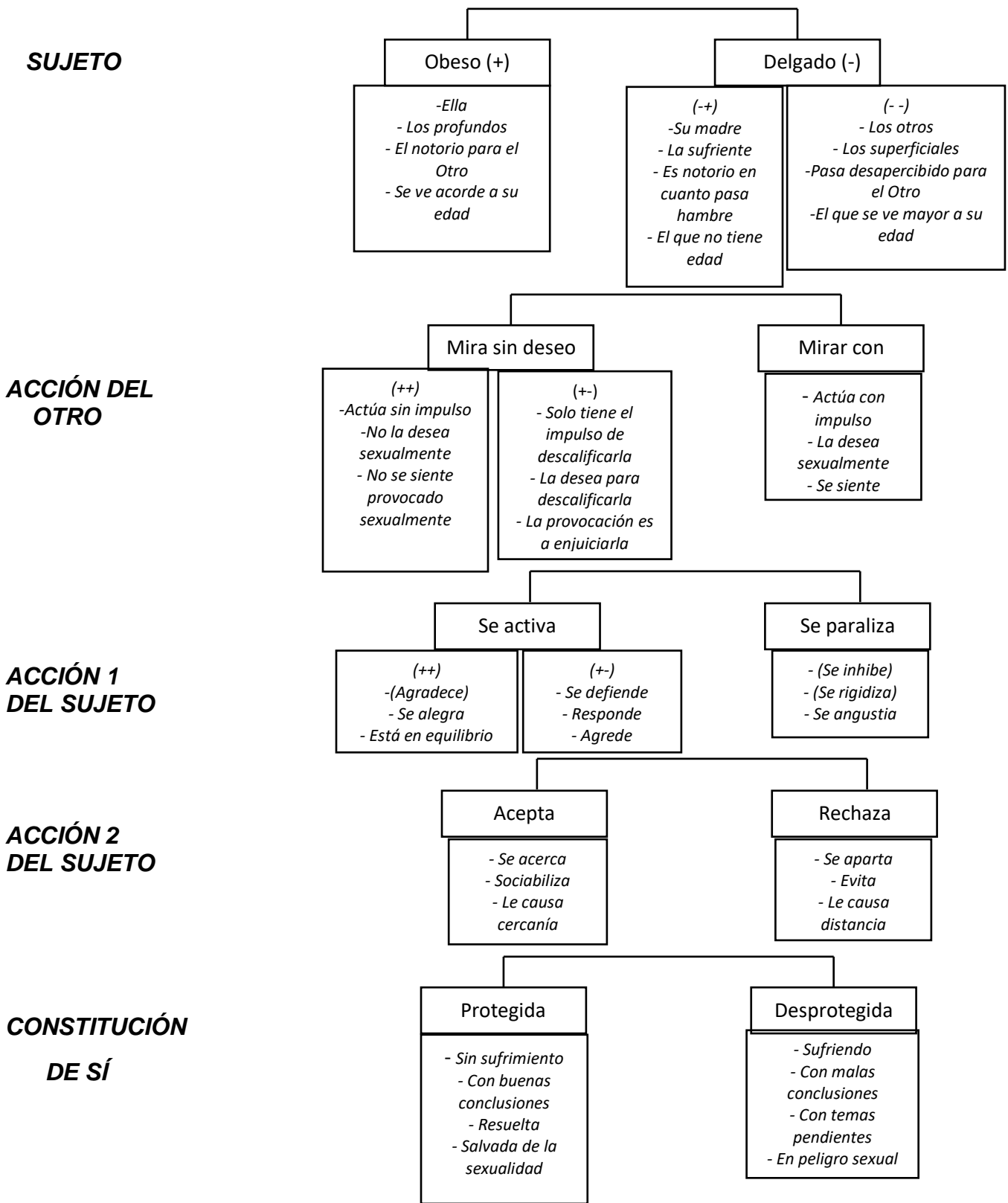
Susana tiene 24 años y ha construido su obesidad a partir de una experiencia de anorexia sufrida por su madre Carmen a los 14 años. Cuando la abuela materna de la entrevistada fallece, Carmen debe quedar al cuidado de su padre y hermanos, periodo que coincide con el comienzo de sus desórdenes alimenticios. Para Susana, este episodio marca la imposición que debe enfrentar su madre a una maternidad temprana en la que vive una época precaria que la conduce a pasar hambre. En el caso de Susana, a los mismos 14 años comienza a engordar hasta llegar a tener obesidad, atribuyéndole a ello un sentido de logro, ya que le permite esconder sus curvas que provocan miradas sexualizadas e intimidantes en hombres mayores. De esta forma, la obesidad aparece como un recurso protector que le propicia el poder esconder su sexualidad para huir de las provocaciones que puedan invitarla a un encuentro sexual. A su vez, la obesidad también guarda la posibilidad de alejarse de las restricciones alimenticias que acompañan su historia, lo que reafirma su intención de vivir en un escenario distinto del vivido por su madre.

Durante su adolescencia, Susana fue delgada, sin embargo, esto la condujo a sentir malestar ya que exponía las curvas de su cintura y senos, provocando sexualmente a hombres mayores. Este es un hecho que repudia, lo que puede explicarse mediante la necesidad de huir de la sexualidad para no transgredir el mandato de sus padres referido a no embarazarse mientras se mantenga estudiando, o fuera del matrimonio, pero también como una forma de alejarse de la historia de su madre. Otra forma de cumplir esta ley, es el convencimiento que ejerce sobre sí misma al decirse constantemente que no le gustan los niños y que por tal razón ha decidido estudiar bibliotecología, como una manera de llevar su

gusto por el lenguaje a un sitio distante de la pedagogía. Del mismo modo, en su discurso se instala la pregunta sobre el significado que tendrá su gusto por los hombres menores a ella, ya que siempre sus parejas han cumplido esta constante, misma condición que cumple el hecho que nunca ha comunicado a sus padres cuando ha tenido pareja, a pesar que en su actualidad mantiene una relación de más de un año.

Frecuentemente la joven se siente criticada por personas externas a su familia, porque su apariencia no responde a lo exigido socialmente. Si bien es un hecho que le afecta, no está dispuesta a cambiar su corporalidad, porque en su obesidad se condensa la satisfacción de poder cumplir una posición diferente a la paralización e inhibición que sufrió su madre cuando fue agredida física y verbalmente por su padre y hermanos, época causante de su anorexia.

Esquema Estructural Susana:



Paráfrasis Susana:

Lo que esta estructura discursiva refleja, es la constitución que la entrevistada busca de sí a través del sentimiento de protección que solo le es posible lograr gracias a la obesidad. En este sentido, la obesidad adquiere una valoración positiva en cuanto la mantiene salvaguardada de la exposición que encuentra su cuerpo en la delgadez. Esta última superficie corporal la hace percibirse de apariencia mayor y provocando sexualmente a hombres mayores, siendo un hecho que repudia y despierta en ella la sensación de desprotección: “la primera vez que me afectaron en la calle, fue en el metro yo tenía 11 años y me veía como de 15 y me agarró el poto en el metro y le dije a mi mamá. Mire para atrás y no tenía a quién echarle la culpa. La última vez que alguien me agarró algo en el metro le pegué. Mi mamá esa vez empezó a mirar para todos lados quien estaba y había un escolar sentado al otro lado del metro y la gente que se bajó. Yo era chica pero no me veía chica, no me gustaba verme mayor porque tenía muchos atados”. En su discurso se refleja cómo el hecho de ser mirada de una forma sexualizada por Otro es experimentado como un ataque, por el cual responsabiliza a una imagen de mujer mayor que representa en el “ser delgada”. De modo contrario, la obesidad le permite el resguardo de vivir distante a la adultez prematura que encuentra en la exposición de su cuerpo.

La delgadez no solo adquiere los diversos significados que rodean la idea de provocar sexualmente al Otro, sino también, un significado menos dañino que el anterior, pero de igual modo valorado negativamente, que refiere a la anorexia que experimenta su madre cuando era una adolescente. Del relato de Susana es posible notar, que la extrema delgadez tiene en ella un significado de un sujeto sin edad, sin sexualidad, sufriente por las adversidades de su entorno manifiesto en una frágil corporalidad que solo destaca en base a las precarizaciones vividas.

Este hito marca el quiebre en la exposición de su discurso, valorando la delgadez extrema como aquél que queda sin cuerpo, siendo garante de quien no

pudo tramitar las adversidades de una forma menos dañina que sacrificando su corporalidad para persistir. No obstante, es posible considerar que el sacrificio corporal de su madre constituye la posibilidad a la cual ella también se adhiere cuando busca resguardarse de una lectura igualmente dañina del entorno, pero esta vez de una manera diferente a la anorexia.

Frente a la respuesta del Otro, la delgadez toma un significado tajantemente negativo, ya que, como veíamos, significa ser mirada con deseo, lo cual ella rechaza con asco y distancia. Sus palabras exponen la tranquilidad que encuentra en la obesidad cuando dice: “me lo han dicho. Yo a los 13 años parecía de 18, todas mis compañeras eran bajitas y yo era la única alta. Me empecé a desarrollar para el lado y se me notaban todas las curvas y no me gustaba verme tan adulta en comparación a mis compañeras que andaban con cachitos. Cuando engordé se dejó de notar tanto, al menos la cintura y ya no me veía tan caderona o cosas así, me molestaba como se veía antes”. Su respuesta le permite agradecer explícitamente el logro de su actual corporalidad, deslizándose un significado de triunfo que le ha permitido alejarse de esa mirada persecutoria. Sin embargo, este hecho genera una consecuencia con la que ella debe lidiar, a saber, las palabras descalificadoras de quienes la acusan por presentar un cuerpo que está fuera de la norma. Esta situación se refleja en la tranquilidad que le da el logro del cuerpo y la posibilidad de activar y defender una voz que reclama la injusticia expresada en quienes osen hacer alguna alusión a su obesidad: “la gente gorda no tiene futuro, la gente estúpida como tú no tiene futuro”, me dicen y les respondo qu a mí se me quita bajando. Y les respondo de verdad, nunca me saben qué decir de vuelta. Una vez estaba en el mall y había una de estas señoras bien operadas y con todo levantado y dijo ‘ésta ropa es para gente gorda’ y yo le dije más allá empieza la ropa para gente tonta. Y no me dijo nada, se fue impactada”.

Distinto es el caso de la delgada sufriente que no tiene voz y no responde ante las palabras críticas que la puedan dañar. Esta suele quedarse paralizada e

inhibida mientras el sufrimiento la atraviesa sin poder activar una respuesta. En este sentido, es la delgada, nuevamente, que se ciñe de un significado valorado negativamente, del cual la entrevistada rehúye con su obesidad.

La joven responde positivamente a la gente que tiene obesidad como ella y que, sobre todo, no ve en ellos los signos del sacrificio corporal que percibe en la gente delgada. Las personas muy delgadas son consideradas como aquellos que se privan y restringen del alimento, causándole la idea de sacrificio. No sólo son personas de las cuales se distancia, sino también ha llegado a ser un criterio de selección para saber cuáles son aptas para ser parte de su círculo o, lisa y llanamente, distanciarse; “quizás mi forma de ver a la gente que es muy delgada, que es muy esforzada... Yo no puedo acercarme a ese tipo de gente que se esfuerza mucho por ser delgada, yo no puedo acercarme a esa gente, me hacen pensar que mi mamá era así cuando joven, no sé por qué”. En sus palabras se transmite cómo las principales valoraciones que marcan lo obeso y delgado, se encuentran ligadas al significado que atribuye a la anorexia de su madre como un hecho que marca la falta de alimento que experimentó y que hoy transfiere a cada persona muy delgada que la hace identificar con ese mismo sufrimiento. En esta consideración, su respuesta tiende a enjuiciar y evitar a personas muy delgadas, como una forma de alejarse del propio dolor que radica en la historia de su madre.

En base a estos antecedentes, lo que esta estructura permite conocer de la entrevistada, es la protección que encuentra en la obesidad al poder alejarse de la exposición que presume su cuerpo cuando se encuentra delgada y la hace creer que provoca sexualmente a hombres. Este hecho, que experimenta como una agresión, se ve lejano cuando la obesidad oculta su corporalidad curvilínea y le da una apariencia menos sexualizada. En un sentido distinto, la obesidad también la protege de experimentar el dolor de la restricción alimenticia que vivió su madre. No sólo como una forma de excluir las condiciones ambientales que gatillaron su anorexia, sino también al representar ese pasado que vivió su madre y que la dejó en la paralización de poder significar algo de esa historia que la joven retoma con

su obesidad. En este sentido, en su actualidad, ella puede vivir tranquila con el sentimiento de protección que le brinda la obesidad, alejada de los peligros de su realidad interna y externa.

3.4.2. Paula

Reseña Biográfica Paula:

Paula tiene 25 años y constantemente ha realizado esfuerzos por lograr la atención de su grupo familiar y sus pares. Sus padres son profesores de química y su hermano mayor es también químico de profesión, hecho que, sumado a otros, la han hecho sentirse fuera del grupo. Esta sensación de exclusión no sólo la percibe con respecto a su grupo familiar, sino también frente a otros grupos que se encuentran en su cotidianidad. Ejemplo de ello, son los espacios públicos como el metro, donde responsabiliza a la tecnología como causa de que la gente no le mire ni le preste atención cuando se sienta frente a alguien en las sillas del metro. De forma contraria, a Paula le gusta mirar, no sólo a las personas en el transporte público, sino también suele realizar largas caminatas por la ciudad observando el detalle de su entorno, pareciendo buscar una mirada testigo que dé cuenta de sí.

La entrevistada se reconoce como alguien con dificultades para integrarse, siendo aquello lo que reafirma con el recuerdo de los términos que la han catalogado. Estos frecuentan calificativos tales como; rara, inadecuada, extraña; y perturbadora. De esta manera, se ha asumido como alguien que siempre parece estar en un lugar equidistante a los grupos sociales establecidos en su etapa escolar y universitaria. Si bien muchas veces su intención ha sido la de sociabilizar e integrarse, comúnmente termina entrampándose y truncando esa posibilidad que nuevamente la deja fuera.

Durante su adolescencia, tuvo un episodio que la marcó. Les comentó a sus padres que estaba atravesando por una confusión sexual, recibiendo de la madre

una respuesta de apoyo y de su padre una mirada que identificó con asco. Aquello le provocó una gran angustia y la imposibilidad de borrar de su memoria esa mirada, lo que se condice con la frecuencia a sentirse enjuiciada por el Otro, como si reprodujera esa mirada que una y otra vez acentúa el rechazo. Esto se observa en la relación con su ex pareja, quien según ella la miraba con la misma expresión al señalarle lo rechazable que se volvía por tener obesidad y lo deplorable de su imagen en comparación a mujeres más delgadas que le resultaban atractivas. Pese a percibir este trato por parte de su pareja, estuvo atrapada en esa relación durante mucho tiempo, soportando el enjuiciamiento y siendo incapaz de alejarse de esta indicación de rechazo que le recordaba la mirada que le había entregado su padre.

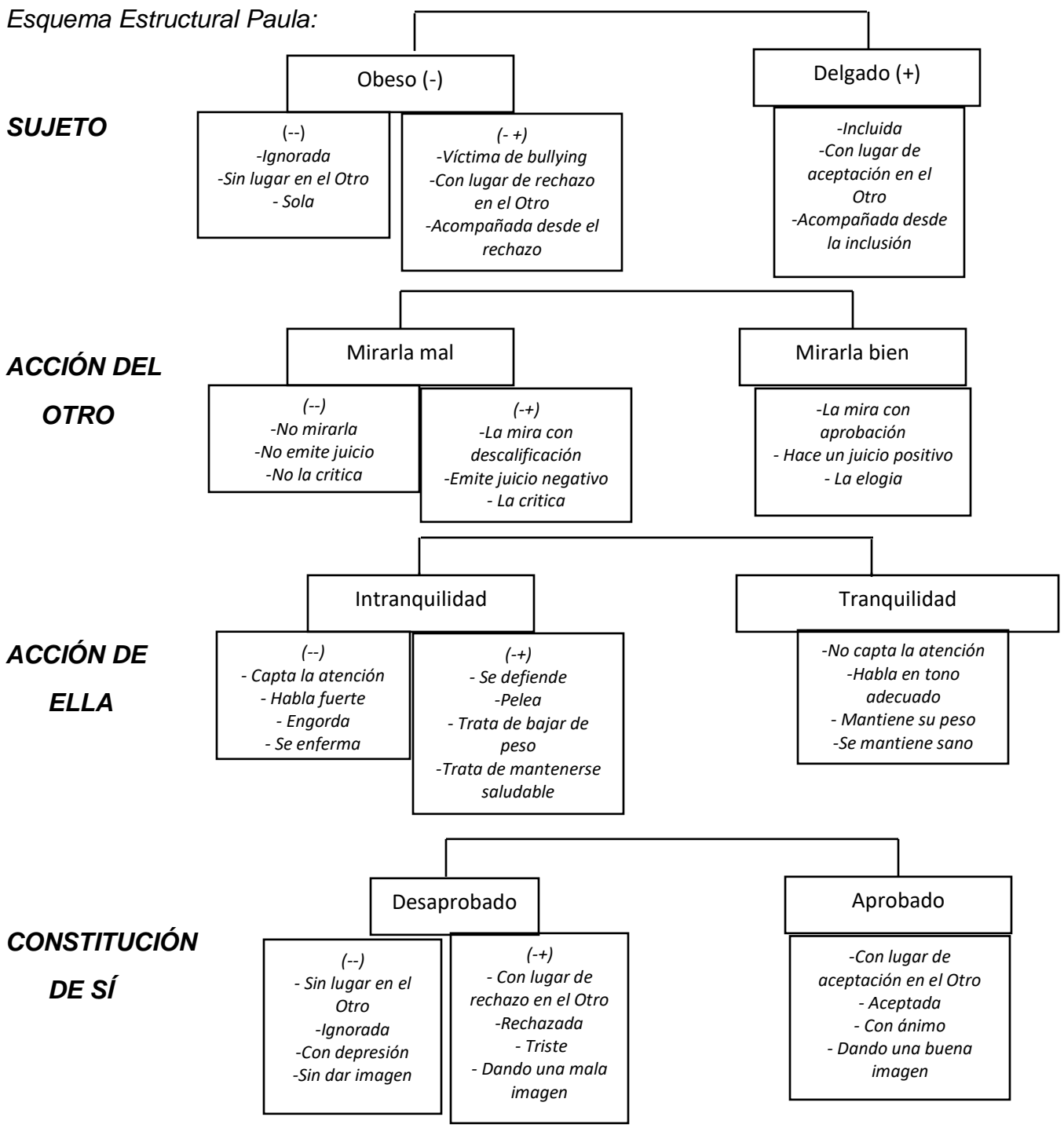
Si bien el hecho de ser rechazada es una respuesta del Otro que le causa significativo sufrimiento, no se compara con el dolor que le produce no recibir una mirada por parte de Otro, siendo aquello que la hace creerse invisible para los demás. Uno de los episodios de su historia donde esto puede observarse es cuando sus padres se quedan a cargo del cuidado de su abuela paterna, debido a que presentaba una enfermedad agónica. Dicha situación provocó que ellos se vieran absorbidos por tal responsabilidad, causándole a su hija la sensación de ser olvidada y desapercibida. En este momento ella relata haberse encontrado ante la imposibilidad de haber podido capturar esa mirada reconocedora que le permitía la sensación de pertenencia. En consecuencia, el surgimiento de su obesidad se inscribe como el intento de conseguir la atención de los padres, lo que le devolvió la atención dado que su obesidad traía problemas para su salud. Desde entonces, sus padres se preocupan por su alimentación estableciéndose un circuito que instala la comida como demanda de amor.

Otro factor, que también deja como protagonista a su padre, es la distancia que experimentó durante algún periodo con ella y su familia, lo que significó que pasara completamente desapercibida para él, viéndose ignorada por los cuidados que él establecía de su alimentación y los intentos de generar conversaciones que

eran características destacables en la relación que mantenían. Esto se tradujo en la vivencia de una angustia que la llevó a pensar en alejarse de su familia e incluso eliminar su colección de muñecas de monstruos que indicaban el rol de “princesa de papá”.

En base a estos antecedentes, es posible desatacar, cómo Paula cuando se siente ignorada por el Otro, comienza a buscar el rechazo de su entorno, mostrando su preferencia por recibir una respuesta negativa antes de no tener un lugar que la posicione bajo la mirada de alguien. Por esta razón, su etapa de integración escolar y universitaria ha estado marcada por episodios de *bullying* que le provocan sufrimiento. Sin embargo, una sensación más difícil es la de tener que soportar la gran angustia que le genera no ser mirada, el ser invisible para el Otro. De esta forma, su obesidad le plantea una gran interrogante, ya que a pesar de manifestar lo cómoda que se siente con su cuerpo, reconoce la mirada enjuiciadora de la sociedad que le exige mantener un peso adecuado, esbozando así la duda sobre qué opinión seguir, la externa o la propia. Ahora, su obesidad guarda un significado mayor, que se corresponde con salir de la invisibilidad para sus padres y el deseo de captar permanentemente su atención con los cuidados alimenticios que le brindan, a pesar que esto signifique soportar sus retos y descalificaciones. En este sentido, pese a que su obesidad conlleva un rechazo, le entrega una mirada constitutiva que le permite un lugar para sostenerse fuera de aquella sensación angustiante que sería construirse a partir de esa no mirada.

Esquema Estructural Paula:



Paráfrasis Paula:

La estructura discursiva de Paula refleja las distintas configuraciones que puede construir de sí misma a partir de la división que establece entre lo obeso y lo delgado. En su discurso la obesidad adquiere dos significados. En el primero, la obesidad es valorada negativamente al ser entendida desde un lugar de invisibilidad. Para ella, ser obeso es lo que propicia ser ignorada e invisible para el entorno, situación que la conduce a no tener un lugar en el Otro, como indica a continuación: “antes de que estuviera tan adaptada la tecnología, la gente se miraba. Cuando yo entré a la carrera uno se miraba y se ponía a conversar con la persona de al frente. Ahora la persona de al frente no te mira porque va pescando el celular”. Sus palabras reflejan la importancia que deposita en no ser mirada por su compañero de viaje, lo que inicialmente la hace buscar una explicación externa que encuentra en el interés que la gente tiene en la actualidad por la tecnología. Más adelante, sus palabras reflejan la preocupación de ser ella quien provoque ese efecto “(…) tengo el problema que como me ve la gente no le llama a hablarme, y no se me acercan”. Sin entender las razones que desvían la mirada de la gente externa a su círculo íntimo, reconoce un elemento de ella asociado a la imagen que proyecta, siendo esta característica aquello que la haría no ser vista ni considerada.

Un caso distinto es lo que ocurre con el segundo significado que le otorga a la obesidad, aquel que guarda relación con sentirse víctima de la descalificación permanente por quienes la enjuician por su corporalidad lejana al estereotipo. Sin embargo, esta connotación de obesidad adquiere un significado parcialmente negativo, ya que, aunque implica ser descalificada, le da un lugar en el Otro. Si bien este lugar se compone principalmente por rechazo y de descalificación, es, al mismo tiempo, un lugar de reconocimiento desde un significado que retoma de sí misma; “yo siempre he sido buena persona pero el hecho que me molesten porque estoy gorda o me molesten en general, ha fomentado esa parte resentida,

rencorosa. Ha fomentado mi carácter más negativo que positivo, acepto más al resto en un sentido, yo no rechazo al resto, he crecido más resentida de lo que debería. ¿Por qué les importa tanto cómo soy? En sus palabras se aprecia, que aquellos elementos relativamente positivos de la obesidad se condensan en la posibilidad de afirmarse desde un sitio que le permite sostenerse de una devolución que el Otro hace de sí misma. Distinta es la situación del delgado, quien adquiere una posición ideal al recibir un lugar de aceptación y de inclusión por cumplir adecuadamente lo que se le pide de sí. En este caso no hay sentimiento de exclusión ni soledad, pues recibe un lugar asegurado en el Otro desde la valoración positiva y la aceptación.

Ante la delgadez o la obesidad, el Otro actúa desde dos significados opuestos. Por un lado, cuando se trata de alguien delgado, lo mira bien, lo que significa entregarle una mirada de aprobación que le permite integrarse sin restricción al grupo y poder sociabilizar libremente con plena inclusión. Por otro lado, cuando se trata de alguien con obesidad, la mirada adquiere dos significados distintos. En un caso hay mirada, pero una “mal mirada” que implica ser rechazado y excluido recibiendo el juicio de desaprobación del Otro. En el otro caso, no hay mirada, lo que implica caer en una sensación de despersonalización al ser completamente ignorada. Esta situación la moviliza a hacer lo imposible con tal de trasladar ser ignorada a ser rechazada, ya que, como veíamos, la sensación de no tener lugar en el Otro es aquello que está provisto de la más significativa angustia. Por tal razón, su objetivo más económico es buscar una respuesta desde la desaprobación con tal de lograr la atención de quienes la rodean; “mis papás son profes y con el ruido de las clases, se lo explicaron a mi mamá, van perdiendo gradualmente la audición y como llevan mucho tiempo haciendo clases de repente suben el tono sin darse cuenta igual que yo, eso a la gente piensa que le alzo la voz y eso cae mal”. Su respuesta refleja, la valoración parcialmente positiva que envuelve la obesidad, cuando le permite encontrar un indicio de satisfacción en lograr aquella mirada desaprobatoria que le entrega lugar. Con este lugar

establecido, puede defenderse de las críticas desde un rol activo, que acentúan la desaprobación del Otro pero que, sin embargo, le permiten encontrar la seguridad de lograr una mirada que dé cuenta de sí y la aleje de la sensación de invisibilidad.

El delgado se relaciona con los demás tranquilamente, en calma, a diferencia de ella quien responde ansiosamente buscando la atención de su entorno. El delgado no tiene necesidad de hablar fuerte, ni de defenderse, pues no recibe críticas ni juicios al mantener un peso adecuado y saludable que lo hace destinatario de miradas positivas.

El eje semántico que responde a la constitución de sí, está construido por los elementos de su discurso que hablan de la aprobación lejana e ideal que adquiere el delgado y los giros positivos que Paula le da a la desaprobación de su obesidad con tal de subsistir en el Otro. No hay peor reprobación que pasar desapercibido, siendo el rechazo aquello que le entrega una satisfacción parcial al permitirle recibir una devolución por parte del Otro que dé cuenta de sí.

3.4.3. Elizabeth

Reseña Biográfica Elizabeth:

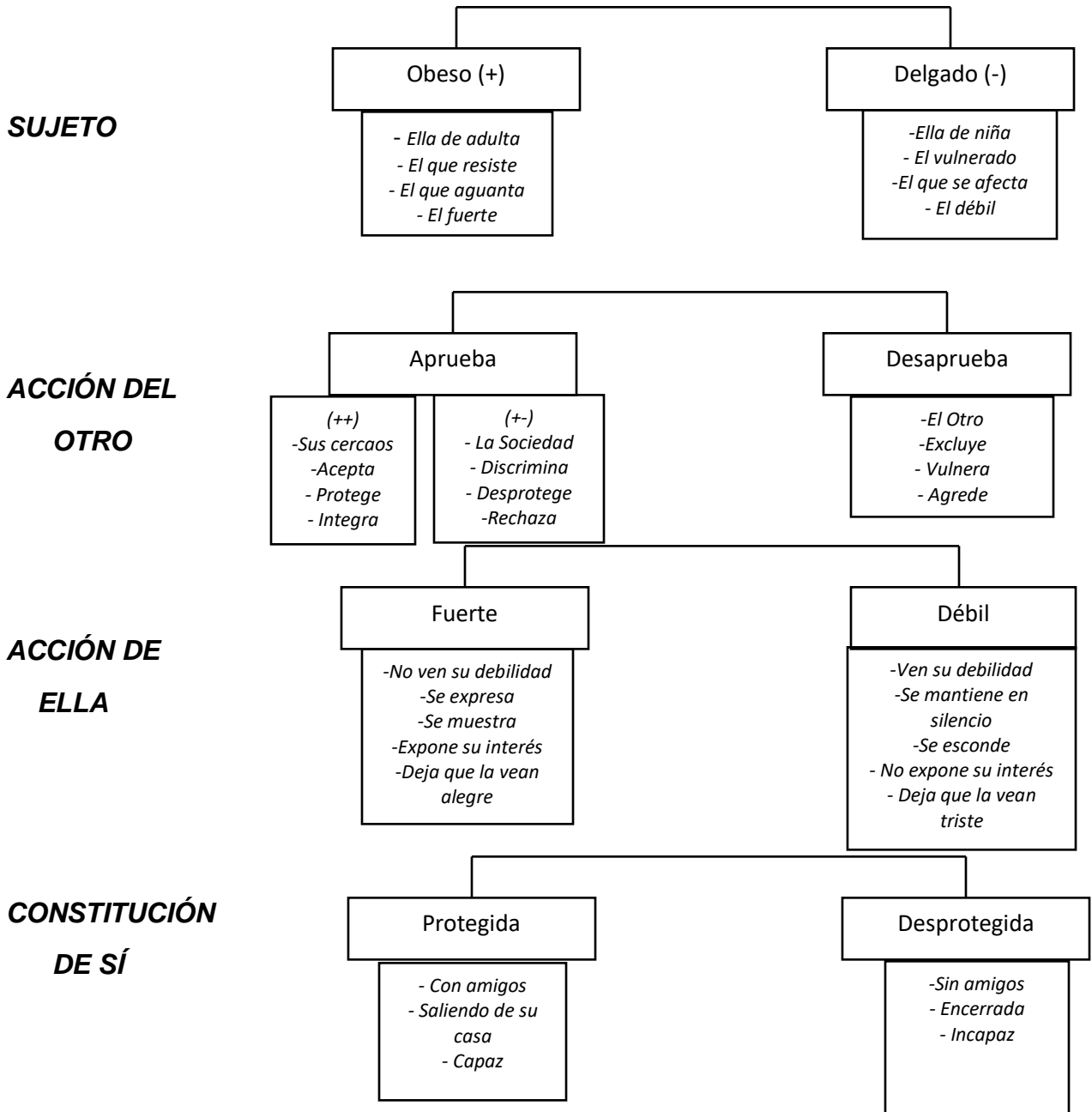
Elizabeth es una joven de 19 años, que vive junto a sus padres y su hermano en una localidad en el sur del país. Hace varios años, su hermana mayor se fue a vivir a la Región Metropolitana, por razones laborales, lo que marcó un profundo quiebre entre ellas. Durante su infancia, Elizabeth mantuvo una mala relación con su hermano debido a las constantes agresiones y burlas que éste le propiciaba. A modo de respuesta, su hermana mayor la protegía intermediando entre ambos y llevándola a comer fuera de su casa como una forma de darle apoyo y consuelo. En este entonces, la entrevistada no sólo la llamo su *-héroe-*, por protegerla de su hermano, sino también por contenerla de las constantes agresiones que recibió por parte de sus compañeros de curso en toda su enseñanza básica. Cuando su hermana comienza a trabajar y debe cambiarse de ciudad, la relación de ambas se distancia, lo que ella justifica en las responsabilidades que comenzó a exigirle respecto a sus estudios y compromisos académicos. Desde ese momento, Elizabeth deja de responderle sus llamadas y genera una brecha tal, que termina repercutiendo en un significativo quiebre entre ambas. Paralelamente, su hermano comienza a ocupar el rol de *-héroe-*, lo que ella destaca a partir de la protección que le brinda frente a las amenazas de su ex pareja, situación que la hace olvidar el pasado difícil y posicionarlo en una relación de gran cercanía y apoyo.

Sus padres son fieles seguidores de la religión “Testigos de Jehová”, lo que marca un gran desconsuelo al verse restringida de las celebraciones que podrían haberle entregado recuerdos de sus cumpleaños, navidades o años nuevos. En sus palabras se desliza la dificultad de aceptar esta ideología, no sólo por sentirse incómoda a partir de su bisexualidad que va contra los preceptos religiosos, sino también porque ha hecho que sus padres vivan una realidad paralela de desconocimiento y pasividad frente a los problemas de su hija. Una de sus

principales quejas es, precisamente, la ignorancia que adoptaron para protegerla del maltrato de su hermano o de las agresiones del liceo, lo que ha provocado en ella el sentimiento de desprotección constante. Este sentimiento existe no solo frente a la imposibilidad de sus padres de darle seguridad, sino también como un desprendimiento a la dedicación de enseñarle cómo podría aprender a ser más fuerte.

Elizabeth reconoce que cuando se volvió alguien con obesidad, comenzó a poder defenderse de los maltratos de otros y a plantear su punto de vista sin temor a ser herida, como si en esta nueva corporalidad hubiese encontrado la posibilidad de protegerse de un modo que nunca antes nadie pudo hacerlo. Simultáneamente, la entrevistada es clara en señalar, que para ella la obesidad es una elección no un padecimiento, ya que ha sido la forma en que ha encontrado de eliminar las restricciones de su vida, como si fuera la salida que le ha permitido reivindicar algo de ese pasado de privaciones que dejó por consecuencia la religión de sus padres.

Esquema Estructural Elizabeth:



Paráfrasis Elizabeth:

El análisis estructural de Elizabeth expone la disyunción que establece de lo obeso y lo delgado como dos aspectos concernientes a su historia. Lo delgado, lo asocia a la época de su infancia en que debió lidiar con la violencia de su hermano y compañeros de liceo asociando, en esta característica de su corporalidad, un significado que la imposibilitó a poder encontrar los recursos oportunos para defenderse. Este hecho hace que identifique aquella época como una etapa de suma vulnerabilidad, donde mantenía una imagen debilitada de sí misma. Al respecto señala: “antes de decidir ser obesa era el año que me quedaba callada con todo lo que me decían. En teoría, todo lo que me decían me afectaba. Yo siempre evitaba ponerme a llorar en el colegio, había momentos que no podía más y tenía que llorar y me encerraba en el baño. Siempre fui una persona que le cargaba que vieran su debilidad, y ahora pasa pero de una forma distinta”. Sus palabras muestran el interés de no exponer una imagen debilitada que asocia a que otros vean su vulnerabilidad. Distintamente a la obesidad, que se presenta en su vida adulta permitiéndole encontrar la valentía de mostrarse fuerte, es decir, sin enseñar su vulnerabilidad y resistiendo a las adversidades del medio. En este sentido, la obesidad se instala como garante de encontrar la fuerza en la imagen fortalecida que puede brindar al Otro.

Frente a su obesidad los otros pueden reaccionar de dos formas. Una de ellas refiere a la aprobación que le brindan sus cercanos, lo que significa que la obesidad cumple una especie de barrera que discrimina a aquellos que son parte de su grupo, de los que quedan fuera por no aceptar su imagen física. Esto conlleva un valor positivo, ya que como ella expone: “si yo no tengo problemas con ser así y hay una persona que realmente me importa, aunque los otros no estén de acuerdo con mi imagen, si se va a ofender porque yo soy así... también es una aprobación en cierta forma. (...) Por ejemplo, en mi caso, mis amigos y que mi pololo no me rechace por ser así, lo veo como una aprobación y no como una

imposición a tener que cambiar". En este sentido, la obesidad es significada positivamente en la medida que le brinda la posibilidad de asegurar quiénes serán parte de su círculo íntimo, distanciándose de aquellos que podrían responder de una forma descalificadora. Caso distinto, son aquellos que enjuician su apariencia física, discriminándola y apartándola de la posibilidad de pertenecer a un grupo por tener un cuerpo desajustado a lo que socialmente se entiende por correcto. No obstante, está dispuesta a asumir las represalias con tal de mantener los significados positivos de su actual corporalidad.

Recibir reproches externos por su obesidad le molesta, no obstante no se compara con el daño que le producían las descalificaciones cuando era delgada y no lograba esconder su tristeza. Esa época la significó como una etapa de debilidad donde no solo siente que no fue capaz de dejar de mostrarse vulnerable, sino también creyó que los otros la veían de esa forma, marcando una etapa de sufrimiento que anuda el dolor de no haber podido hacer nada para defenderse, a la vez de verse confrontada con la invalidez de sus padres para resguardarla.

En ese entonces, sus acciones respondían a mantenerse en silencio, intentando ocultar el sufrimiento para que no la consideraran débil. Cuando sube de peso hasta lograr la obesidad, consigue sentirse más segura, permitiendo exponer su punto de vista con mayor libertad y logrando controlar la tristeza que le ha generado "el vacío de recuerdos de la religión", y la distancia de sus padres. Esto es posible de notar en sus siguientes palabras: "en mi casa yo me siento muy sola, porque no tengo el apoyo de mis papas. Todo lo que me pasa, siento tengo que vivirlo yo no más. Siempre hablo con mi pololo de todo. Si le preguntas a mi mamá cuando fue la última vez que me vio llorar, mi mama va decir hace años. Yo puedo estar llorando pero me limpio las lágrimas, salgo de mi pieza y mi mamá no se da cuenta". No se trata de desconocer el sufrimiento que le provoca, sino de encontrar en la obesidad la capacidad de dar una imagen fortalecida que en su caso se remite a ocultar el sufrimiento que ha dejado la huella de la religión en su historia.

Con su obesidad puede distanciarse de esa imagen frágil y sufriente que creía proyectar cuando le afectaba la sensación de constante desprotección. De hecho dice: “si yo hubiera sido flaca, con facciones más delgadas, hubiera tenido una opinión de mi misma totalmente distinta y una vida totalmente distinta, porque yo al ser gordita aprendí a hacerme más fuerte que una persona a la cual no molestarían. Yo fui obligada a hacerme fuerte para aguantar todo lo que me decían sino hubiera terminado suicidándome. Así me obligaba a hacer más fuerte”. Aquí se refleja, lo que su último eje semántico señala, la –constitución de sí-, donde la obesidad guarda en ella un sentido que va más allá de la discriminación social y muy por fuera de lo que pudo encontrar en la desprotección que le brindaba su imagen delgada. La obesidad le entrega el significado de poder sostener aquellos hitos biográficos que la podrían señalar como alguien débil, quebrantada por un pasado con el cual no supo cómo lidiar pero que, sin embargo, en su actualidad retoma para indicar que ha encontrado la forma de vivir con la protección que puede darse a través de una imagen fuerte que le brinda su obesidad.

3.4.4. Cynthia

Reseña Biográfica Cynthia:

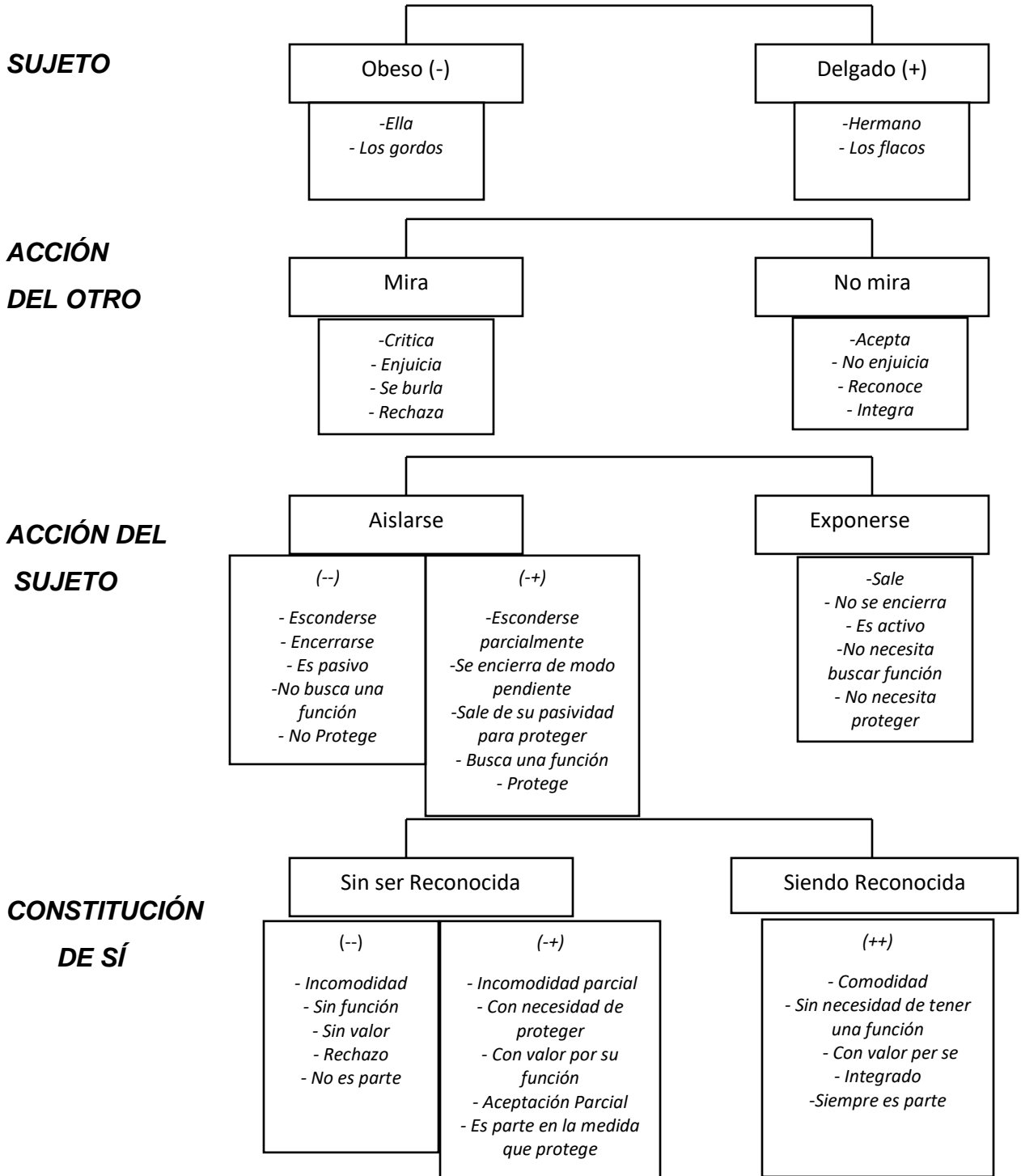
Cynthia es una joven de 21 años, quien sufrió un problema de desnutrición entre el primer y segundo año de vida. En ese entonces, su familia calificó su estado con la palabra “empachada”, entendida como aquel que no puede ingerir alimento por tener una sensación de saciedad constante que la hace bajar considerablemente de peso. Las razones fueron atribuidas a la superstición del mal de ojo, un ataque que experimentó en la calle por alguien desconocido. Por este motivo, su familia decidió llevarla donde una curandera que, en sus creencias, la liberó de este mal, marcando prematuramente el comienzo de su obesidad, con el signo que representaba en ese momento de sanidad.

La joven siente que su madre establece profundas diferencias entre ella y su hermano, principalmente por las libertades y la constante aprobación que recibe éste de su parte. En su caso, observa que su madre solo se comunica para descalificarla y para exponer su obesidad como una fuente de vergüenza que implica no querer salir con ella fuera de la casa para evitar las miradas que acusarían su obesidad. Normalmente Cynthia no puede notar cambios en su cuerpo, que hablen de su aumento o baja de peso, excepto cuando sale de su casa y puede mirar su reflejo en los espejos, es ahí cuando se mira y se da cuenta de cómo cree que es mirada. Generalmente esta forma la considera desde una profunda descalificación que le recuerda a su madre reprochándola y apartándola de su lado por su obesidad.

Su obesidad le permite mantener una imagen que inspira la fuerza suficiente para poder defender a sus compañeros que fueron víctimas de *bullying* y entablar amistades significativas con las personas que quedan bajo su alero. Al punto de ganarse el premio en su liceo de *–la persona más tierna y preocupada–*. Del mismo modo, intenta proteger a su madre de la violencia que ejerce sobre ella

su padre, logrando persuadirlo de sus estados alterados o bien, logrando frenar su mano con fuerza cuando se alcoholiza e intenta violentarla. El efecto, es que su madre deposita una mirada diferente a la mirada enjuiciadora que la interpela por su obesidad. En ella se esboza un indicio de mirada que se suaviza hacia la aprobación, y que provoca en Cynthia el interés de reforzar su corporalidad obesa cuando cree que le permite ser más fuerte. De hecho, su interés en la práctica del Kárate guarda el sentido de querer potenciar su imagen fortalecida, que toma aún más importancia cuando sus padres le señalan que su nombre fue otorgado en referencia a la protagonista de una película que practicaba Kárate y cumplía el rol de defender a los débiles.

Esquema Estructural Cynthia:



Paráfrasis Cynthia:

El análisis estructural de Cynthia refleja las disyunciones que hace de lo obeso y delgado a partir de la relación que establece su madre, con ella y su hermano. En este sentido, su hermano aparece dirigiendo aquellos significados que asocia a la delgadez, mientras que ella comanda las atribuciones que le entrega a la obesidad. La oposición no solo es establecida por una diferencia corporal, sino también por la valoración positiva que adquiere la delgadez cuando la acción del Otro es no mirar. No ser mirado significa, en su relato, ser aprobado a partir de la aceptación de su corporalidad y, por tanto, ser integrado a la sociedad. Caso contrario es lo que ocurre cuando es mirada, activándose una serie de significados que la posicionan en el juicio externo por tener una corporalidad inadecuada. En este sentido dice: “... Por ejemplo cuando salgo, igual me siento incómoda porque la gente como que me mira, no sé... la típica cosa que uno piensa y se pregunta ¿por qué me estará mirando?, se empieza a preguntar tal vez donde estaré gorda, cosas así”. En sus palabras se refleja aquella mirada que la interroga y que la joven justifica en su corporalidad. Esta acción del Otro la repercute a tal punto que ella misma comienza a mirarse en los espejos, encontrando en su reflejo aquella mirada que la acusa por su obesidad. Recién entonces, puede darse cuenta de los cambios que ha tenido su peso, lo que implica encontrarse disruptivamente con su obesidad a través de la mirada de Otro que le indica que presenta una corporalidad desajustada. De hecho ella dice: “si, por ejemplo cuando yo salgo a la calle y voy en el metro, me miro en las mamparas de las puertas, me siento incómoda, cada vez me veo como más gorda. Intento de pensar que voy a bajar de peso, pero me es difícil”.

Para ella, el delgado no sufre de ningún temor a exponerse, debido a ello puede salir a la calle libremente sin activar ansiedades persecutorias que enjuicien su cuerpo. Distinto es lo que ocurre con el obeso quien activa dos acciones

posibles; una de ellas adquiere una valoración completamente negativa cuando se aísla como una forma de resguardarse ante las críticas externas que la discriminan por su obesidad. En este sentido, se encierra para protegerse del daño provocado por la mirada enjuiciadora que generan los otros y que provoca la vergüenza de su madre. En virtud de ello, Cynthia establece: “Siento de repente, cuando mi mamá hace diferencias, porque le gusta salir con mi hermano pero conmigo no, siento como que le diera vergüenza”. En este punto se refleja la lectura que Cynthia hace de la vergüenza que le produce a su madre su obesidad, posicionando, nuevamente, a la mirada en un lugar central que invoca el juicio externo. De esta manera, encerrarse es protegerse de esa instancia que revela la forma negativa en cómo ella y su madre puedan ser miradas. Quedarse en su casa es estar en estado pasivo e inactivo a encontrar una función que le permita saber qué hacer con su obesidad, y es precisamente en este punto, donde emerge la segunda acción que le produce su obesidad. La segunda acción, se define por una valoración parcialmente positiva y se corresponde con la capacidad que la joven encuentra en su obesidad, para proteger al vulnerado de los daños que recibe. De esta forma, su cuerpo engendra la posibilidad de proyectar una imagen fortalecida, que le permite convencerse de su facultad para frenar a sus compañeros que hacen *bullying*, o a su padre que ejerce violencia sobre su madre. Al respecto señala: “o sea en el sentido de la fuerza me imagino, donde soy más gordita tengo más fuerza. Incluso, yo conocí a mi mejor amiga cuando le estaban haciendo bullying porque ella era gordita y sus compañeros se burlaban... yo fui a defenderla a su curso”. Defender al otro, le permite encontrar una función a su obesidad que le entrega la posibilidad de ser mirada más allá del juicio crítico.

Gracias a esta función, Cynthia puede activarse para proteger, siendo aquello que le permite encerrarse en su casa solo de modo parcial, ya que constantemente se encuentra alerta para defender a su madre si lo necesita, o bien estar atenta para cuando se genere la posibilidad de ser mirada desde un más allá y aminorar el juicio social que le brinda su obesidad. En este sentido

manifiesta: “(...) discutiendo, yo le dije que no le iba a pegar nunca más a mi mamá y que si lo volvía a hacer, yo iba a llamar a los carabineros. Sí, porque no había nadie más en mi casa y no voy a dejar que mi mamá sufra”.

A partir de lo anterior, Cynthia se plantea como una joven afectada por el juicio social y materno que recibe por su obesidad, sin embargo con la posibilidad de encontrar una mirada parcialmente positiva sostenida por la capacidad que encuentra mediante su obesidad de proteger. Por esta razón, la joven logra dar un vuelco a la exclusiva visión negativa de la obesidad, encontrando una funcionalidad que le permite armarse desde una valoración parcialmente positiva alcanzada en un más allá del juicio.

Encontrar una función a su obesidad no le entrega una valoración completamente positiva porque no es una estimación a la persona con obesidad sino al beneficio que brinda. No obstante, este hecho la hace interpretar, en la capacidad de haber encontrado una visión positiva a la adversidad que le ocasionaba tener una corporalidad obesa, un valor que el delgado no tendría. En su palabras lo desarrolla del siguiente modo: “tal vez porque a pesar de ser gordita y todo, demostré tener fuerza, tener valor frente a las cosas. Entonces desde ahí que empecé a tener amigas”. El beneficio que construye de su obesidad le permite retomar una idea de sí que le entrega un significado positivo al encontrar un lugar desde donde inscribirse de manera simultánea al castigo social.

3.4.5. Camila

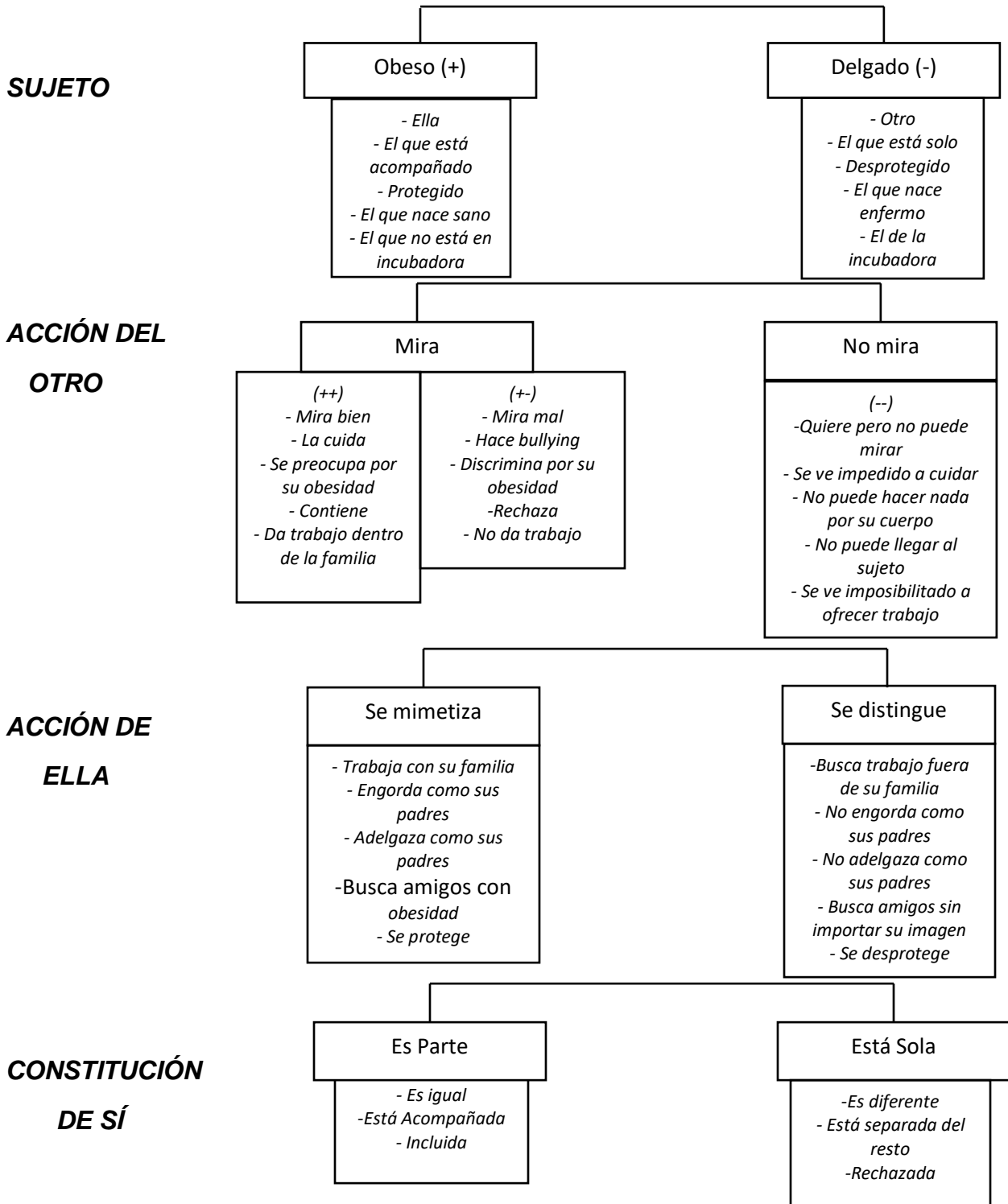
Reseña Biográfica Camila:

Camila es una estudiante de ingeniería en marketing de 21 años que vive junto a sus dos padres. Dentro de los hitos que marcan la historia de la joven, se encuentra su prematuro nacimiento que influyó en tener que pasar un tiempo hospitalizada en la incubadora. Este hecho aparece de modo latente en el discurso familiar que rodea a la joven, repercutiendo en la propia configuración que Camila construye de sí misma al haber tenido que estar sola en el hospital viéndose restringida de los cuidados y contención familiar. Además, su madre contrajo una enfermedad durante el periodo de gestación llamada “Colestasis”, siendo esta característica aquello que le generó un gran temor a tener un segundo hijo. Para Camila, esta situación aumentó la complejidad con la que percibe su propio nacimiento.

La joven considera que las vitaminas que debió tomar para recuperar su peso contribuyeron un pie inicial en lo que fue su posterior obesidad. No obstante, la obesidad adquiere una significación positiva al ser un hecho que también presentan sus padres. Camila, marca con entusiasmo el parecido físico que comparte con sus padres, no sólo por la obesidad que presenta de forma crónica su padre y en menor grado su madre, sino también por el parecido en los rasgos faciales, en el pelo, manos, que dice tener de modo similar a ambos, resaltando de forma más significativa con su padre, al punto de ser llamada “Roberta”, aludiendo al nombre de su padre Roberto. Cuando su padre se pone a dieta, por tener una complicada diabetes que requiere de sus cuidados físicos, Camila también lo hace, encontrando en ello la motivación para regular su corporalidad que guarda la intención de mantener la similitud física. Del mismo modo, ha repetido este proceder con sus amigos, siendo una característica común que marca sus relaciones cuando todos han compartido el sobrepeso y la obesidad.

La entrevistada muestra la dificultad de reconocer los cambios que experimenta en torno al peso, sin embargo, lo puede notar cuando Otro, principalmente alguno de sus padres, se lo expone. Generalmente, las subidas de peso son habituales en las etapas en que ha atravesado alguna angustia, por ejemplo, la muerte de su abuela paterna. En ese entonces, su padre disminuyó considerablemente de peso, mientras que ella subió notoriamente, marcando una diferencia que se ha esforzado por evitar. Es por ello, que le propone a su padre que ambos bajen de peso en conjunto, de forma acompañada, enquistando la intención de regular el parecido y no dejar de sentirse parte a través de su apariencia física.

Esquema Estructural Camila:



Paráfrasis Camila:

El análisis Estructural de Camila revela la valoración negativa con que significa la delgadez al representar una época en que nació prematuramente, pesando poco más de un kilo, y debió pasar un tiempo en la incubadora hasta lograr un peso saludable. Este hecho testimonia los significados que envuelven su delgadez como una época donde se veía imposibilitada de acceder a los cuidados familiares generando repercusiones en lo que actualmente es la configuración de su corporalidad. Al respecto establece: “Estuve como 11 días en incubadora y mi mamá me dice que iba todos los días para saber si me podía dar leche. Todos los días el doctor le decía que me tenía que dejar. Iba con mi papá y con mi abuelita paterna y se devolvían a la casa muy tristes”. Vemos que sus palabras guardan el impedimento a ser alimentada por su madre, hecho interpretado como una época de separación con ella y su familia. Contrariamente, el obeso puede sentirse parte, protegido por su entorno familiar que puede cuidarla sin las barreras de la incubadora, del mismo modo en que ella puede acceder a ser alimentada sin restricciones.

Respecto a la acción del Otro, la mirada guarda un significado central en que contiene dos valoraciones. Por un lado es mirada bien, lo que implica que sus cercanos puedan acceder a ella, logrando mirarla contenedora y protegerla de todas las adversidades que inscribe su época de desvalimiento. En mérito de ello, la preocupación de su familia, influye en que no tenga interés en proyectarse fuera de su núcleo, como una forma de no perder la seguridad que le entregan. Por otro lado, la mirada también adquiere una valoración parcialmente negativa cuando es mal mirada. En este sentido, el Otro es quien daña generando alusiones descalificadoras referidas a su obesidad, siendo aquello que la hace quedar en una posición de rechazo al presentar una corporalidad voluminosa que escapa a lo aceptado. En sus palabras señala, “(…) uno ve que está tan estereotipado todo esto, que uno no se atreve ni siquiera a ir a un trabajo y yo

encuentro que aquí es mucho más fuerte que en otros países. Por ejemplo, encuentro que en Estado Unidos ellos saben que hay una alta tasa de obesidad, pero como que no discriminan a las personas o no la miran en menos o cuando van a las playas. Aquí uno poco menos anda tapada entera en la playa porque la miran feo". Al ser mirada mal y discriminada por su obesidad se refugia en su grupo familiar, donde busca reafirmar que no debiese salir de ese entorno. Esto se manifiesta claramente cuando relata estar creando un proyecto laboral junto a su familia, lo que puede suponerse en las siguientes razones: "Claro, a las que miran bien les es más fácil encontrar un trabajo, porque aquí como que se guían mucho por lo físico. Por ejemplo, puede haber una niña que no sepa tanto como lo que puede saber una niña gordita, pero a ella la dejan por su físico no por lo que sabe. Así uno pierde oportunidades". A lo largo de su discurso se desliza el interés de reafirmar que, producto de su obesidad, solo dentro de su familia se encuentra en resguardo y con oportunidades laborales, en virtud de lo cual ser mal mirada adquiere una valoración no completamente negativa. Distinto es lo que ocurre con el delgado, que recordándole sus tempranos inicios, queda sin la posibilidad de ser mirado porque existiría un impedimento en ese acceso. De esta manera, los significados que contemplan la delgadez son totalmente negativos cuando no hay posibilidad de llegar al sujeto para ofrecerle protección, cuidados, trabajo o incluso discriminación.

Parte central de las acciones que movilizan a Camila, es buscar constantemente el parecido físico, lo que se refleja de modo importante con sus padres. Ella dice: "somos los tres similares, muy parecidos. Yo tengo la mezcla justa de ambos, pero me saco los lentes y mi papá se saca los lentes y somos iguales, más a mi papá. Antes cuando chica me decían Roberta chica y me decían te faltan los puros lentes y ahora uso lentes. Él dice siempre, -no la puedo pasar que no es mi hija, porque es igual a mí-. Me gusta parecerme a ellos". Sus palabras revelan la necesidad de encontrar la similitud en la imagen, buscando mimetizarse con su entorno, lo que incluso provoca que baje de peso cuando su

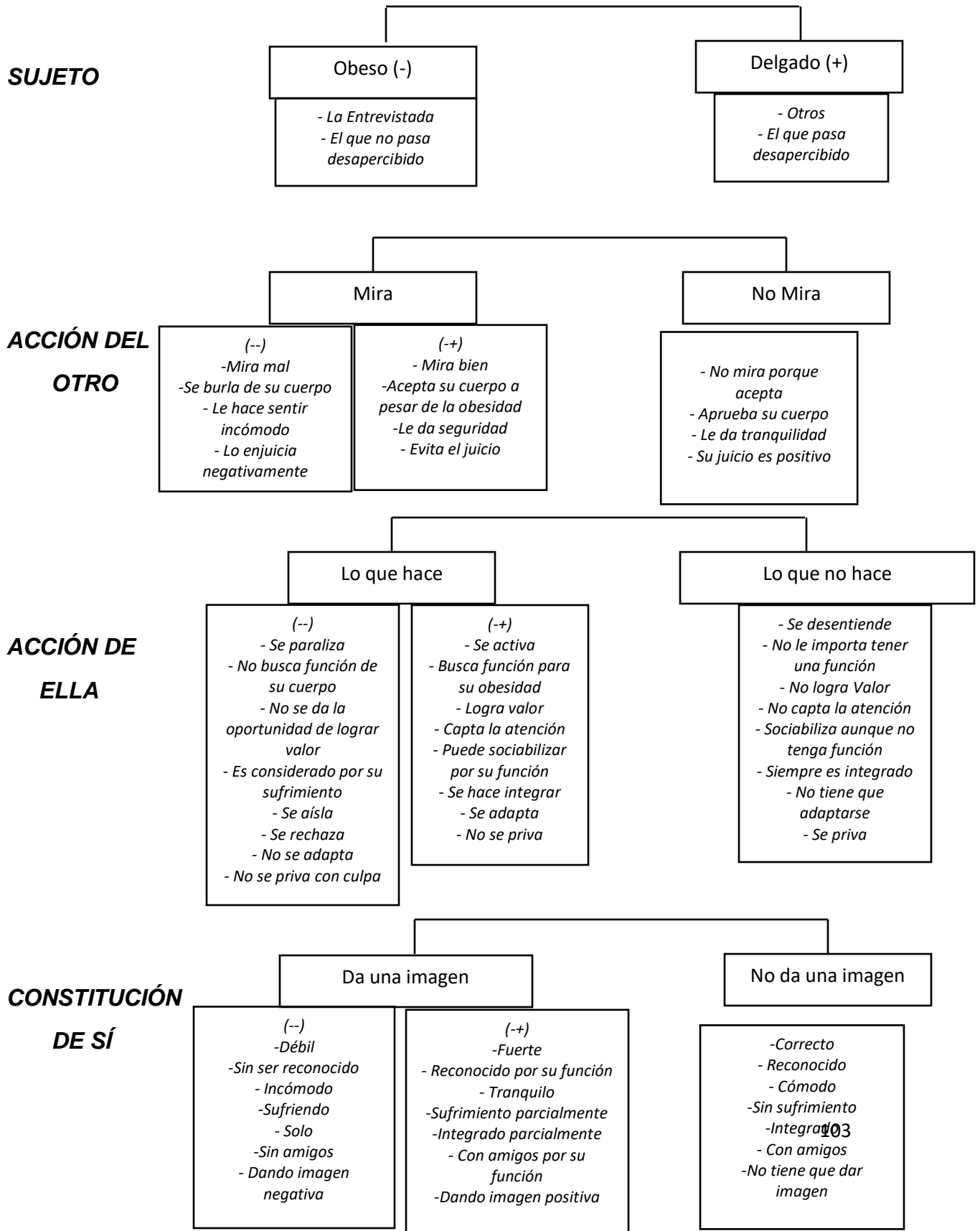
padre lo hace. Asimismo, este parecido se presenta en las amistades que establece, cuando señala: “a mí y a mi amiga nos miraban raro porque éramos las dos gorditas y éramos las típicas que se quedaban atrás, esas cosas así. Nos hicimos amigas porque tomábamos la misma micro y a lo mejor porque nos dejaban de lado o nosotras sentíamos eso del curso, donde las personas que se reían de nosotros nos caían mal, cosas así”. Por estas razones, Camila siempre busca la similitud de su imagen corporal como la forma de sentirse parte y renegar aquella época en que su delgadez la mantuvo aislada de la posibilidad de mantener contacto con quienes serían sus figuras representativas.

Por otra parte, el delgado puede distinguirse físicamente al no tener la necesidad de mantener una imagen similar a otro, sin embargo, acarrea el costo de estar desprotegido por no encontrarse ante la posibilidad de tener un grupo similar que lo proteja y contenga, como lo experimentó ella en los días posteriores a su nacimiento.

De acuerdo a los argumentos planteados, el sentido último del discurso de Camila expone la intención de ser parte de un grupo como modo de dar un giro a las secuelas que deja su nacimiento. De esta forma, logra tramitar aquella época donde debió estar apartada y rechazada de la posibilidad de obtener cercanía y compañía. La génesis es que, la forma de ser parte y mantenerse en compañía, involucra su apariencia física, desde donde establece una lectura que la posiciona en la búsqueda por la similitud corporal. Mientras más parecida físicamente, más parte se siente en un grupo, apuntando nuevamente a distanciarse de secuelas que mostraban una corporalidad diferente que la hizo mantenerse en un lugar de exclusión como lo fue la incubadora.

4.1. Resultados Generales

Esquema Estructural General



Paráfrasis Integrada:

Los resultados generales obtenidos, revelaron ciertas consideraciones interesantes de detallar a partir de los distintos significados otorgados a lo obeso y delgado por el discurso de las entrevistadas. A pesar de que existieron matices dispares entre los relatos de las mujeres participantes de este estudio, la presente integración del material permitió entender los lineamientos principales que atravesaron los discursos, particularmente respecto de mujeres que construyeron su obesidad frente a los avatares de la pulsión escópica.

Un significado importante que emerge del discurso de las entrevistadas, es la consideración del obeso como aquel que no pasa desapercibido. Sin embargo, contrario a una primera impresión que podría concebir un valor positivo en este hecho, conduce una apreciación negativa que deja a las participantes de este estudio expuestas a ser observadas. Empero no es cualquier observación, sino aquella que las discrimina por su corporalidad voluminosa. Según sus discursos, el delgado pasaría desapercibido para las miradas externas, toda vez que su cuerpo se ajusta correctamente a las demandas de la sociedad. En tal sentido, la deposición de la mirada parece venir a exponer, desde un primer acercamiento, aquel juicio revelador de un cuerpo desalineado respecto de la norma.

Por su parte ante la obesidad, el Otro realiza el ejercicio de dos acciones diferentes. Una de ella es mirar de mala manera, expresando la notoriedad y molestia respecto del cuerpo de la obesa, la que se traduce en una mirada intencionada de desaprobación que provoca incomodidad. Una acción como ésta, tiene el potencial de llegar a involucrar comportamientos asociados, incluso, al *bullying*, o implicar burlas donde se exhibe el rechazo de la obesidad. Por ejemplo, una de las entrevistadas da cuenta de esto de la siguiente manera: “lo raro de la gente de la calle que te mira es que te miran mucho, me quedan mirando mucho rato... a veces te miran feo no sé por qué, será que creen que soy pesada si no me conocen. Te miran como diciéndote que eres gorda porque no me conocen”.

Con estas palabras, deja claro que el juicio se concentra sobre la imagen, sin por ello percibir un rechazo a otras características diferentes de la apariencia física, además de revelar la connotación negativa que condensa.

Este último punto es lo que marca la diferencia con la segunda acción del Otro, pues aun cuando aquí también se depone la mirada, esta última se inclina hacia una valoración parcialmente positiva obtenida mediante la posibilidad de atravesar la superficie corporal y situarse más allá de la apariencia física de las mujeres con obesidad de este estudio. En tal sentido, se distingue la acción del Otro que enjuicia la superficie corporal, de aquella que aprueba al obeso para trascender su imagen, es decir, su aspecto físico.

Generalmente, esta segunda acción es ubicada por aquellas personas que logran ver más allá del juicio social y pasan a formar parte de su círculo cercano al entregarles la posibilidad de sentirse aceptadas. Así, por ejemplo una de ellas lo expresa del siguiente modo: “mis amigos y mi familia me aceptan por ser así, si tuviera que elegir me quedo con esto y prefiero que la otra gente me rechace, pero sería muy distinto que me rechacen ellos y también la otra gente”. En estas expresiones, se deja entrever el sostenimiento experimentado por la aprobación que, entregada por su círculo íntimo, supera el registro de la imagen, para reparar en características internas, invisibles a los ojos desaprobatorios de la sociedad. Se trata de un apoyo cargado de una connotación fuertemente moral asociada a lo espiritual, es decir, a la idea de poseer un valor distinto, trascendente, e incluso superior al ser vistas más allá de lo que el resto de las personas son capaces, o quieren, ver. Por ello, estos otros cercanos intentan un lugar privilegiado en la vida de cada joven, permitiéndoles en virtud de ello, acceder a su más limitado círculo íntimo.

Por otra parte, frente a su obesidad, las mujeres entrevistadas expresan la posibilidad de actuar de dos formas distintas. Primero, está la acción tajantemente significada negativa, la cual involucra la parálisis y la inhibición del sujeto ante el juicio y la desaprobación externa. El efecto más común sería el no querer salir,

para evitar sistemáticamente esta valoración negativa respecto de su corporalidad, que las lleva a resentir sentimientos persecutorios relacionados a la discriminación del Otro. En las palabras de una de las entrevistadas: “mi obesidad igual me impacta, quiero comprarme ropa y nunca hay para mi talla, me siento incómoda que alguien se dé cuenta y me mire raro... siento que a mi mamá le da vergüenza salir conmigo a la calle porque me pueden mirar a mí y a ella raro, por eso prefiero encerrarme... prefiero encerrarme porque ahí no me siento incómoda y tampoco escucho a mi mamá diciéndome que tengo que bajar”. Este relato muestra precisamente aquel miedo de enfrentar a un mundo que sólo ve la obesidad como, algo de lo cual habría que avergonzarse, tanto para quien la padece, como para el conjunto de sus cercanos.

Distinto es lo que sucede cuando las jóvenes logran encontrar una función para su obesidad y pueden salir de la paralización para cumplir una tarea o para alcanzar una identidad anclada en la voluminosidad de sus cuerpos. En este sentido, las entrevistadas también logran valorar positivamente su obesidad, permitiéndoles sociabilizar e integrarse en virtud de ello. Inmediatamente, esto generaría una respuesta diferente en el Otro, el cual procede a reconocerlas en base a aquello que confieren, permitiendo atravesar la superficie obesa para situarse en un reconocimiento parcial, propiciado por esta función. La función de su obesidad les permite, entonces, lograr una posición diferente a la paralización, en base al reconocimiento parcial que Otro les otorga, logrando encontrar un sentido más allá del mero juicio social.

En el discurso de las jóvenes entrevistadas es posible escuchar la búsqueda de una acentuación de la función que su obesidad les ha entregado, llevándolas incluso a sostener un rechazo a la posibilidad de la delgadez. Si bien la delgadez se encuentra en una posición por entero positiva y ubicada en un lugar ideal que cada joven quisiese alcanzar, no deja de ser una corporalidad percibida como lejana de la realidad vivida cotidianamente por cada joven. Ellas plantean con claridad que, si bien existe un sufrimiento y una incomodidad producto del

juicio social convocado en las miradas discriminatorias, ellas no están dispuestas a franquear la posibilidad de alejarse de un cuerpo obeso, precisamente porque cada una ha logrado formar un significado que les ha permitido distanciarse de la negatividad de la obesidad. Por esta razón una de ellas señala: “...sí, pero cuando niña no era tan consiente de los peligros de mi cuerpo como ahora. Ahora sé todos los peligros que puedo tener pero aun así he vuelto a decidir ser así”. Las jóvenes sostienen un discurso que subraya el logro de haber construido un nuevo significado para su obesidad, lo cual redundaría en el distanciamiento de la connotación negativa con la cual habrían comenzado a vivir su corporalidad. Por cierto, esta posición no permanece de modo permanente, pues presenta oscilaciones que, ocasionalmente, las hace caer nuevamente en el asilamiento como práctica orientada a protegerse. Sin embargo, aquello que les permite encontrar una salida a dicho aislamiento, es intensificar el lugar que sienten haber cumplido en el Otro gracias a su obesidad.

Otra de las razones asociadas al interés por no modificar su obesidad, es que la mayoría de las jóvenes entrevistadas habían pasado alguna época de restricción. En efecto, una parte relevante de ellas habían vivido un nacimiento prematuro o a alguna dolencia temprana que las había dejado con bajo peso, movilizándose una serie de acciones familiares tendientes a recuperar un peso saludable que, generalmente, coincide con los inicios de la obesidad. Para otro grupo de las jóvenes, sin embargo, no había sido un evento relacionado con la restricción alimenticia, sino con la privación referida a algún aspecto de la relación establecida con sus vínculos significativos. En este sentido, no obstante, la ausencia de límite alimenticio parecía venir a tramitar, en algún punto, aquella época de necesidades afectivas. Una de las jóvenes lo comenta así: “en mi casa yo me siento muy sola, porque no tengo el apoyo de mis papás...todo lo que me pasa y siento tengo que vivirlo yo no más. Con mi prima salimos a comer y todo el tema... ahora no me gusta privarme de nada”. Para ellas, la privación envolvería significados que, si bien eran expresados en la relación que cada una establecía

con los alimentos, representaba algo más allá. De esta manera, cuando cada joven no encontraba aun la función para su obesidad, cada una parecía haber convivido con la privación alimentaria sobre el registro de la culpa, desde donde sólo podían significar su obesidad como fuente y razón del rechazo social. Por el contrario, toda vez que la obesidad podía convocar significados funcionales para la integración social y generar algún tipo de reconocimiento por parte del Otro, las mujeres entrevistadas podían comer sin privación y sin culpa, pues el alimento acentuaría la condición que les permitiría obtener aquel lugar en el Otro.

Consistentemente la delgada aparecía significada como aquella que siempre estaba privándose, restringiéndose para mantenerse en un peso adecuado y no recibir aquella mirada enjuiciadora. Este hecho era percibido al modo de la expresión de una de ellas: “mi forma de ver a la gente que es muy delgada es muy esforzada, aunque sé que hay gente delgada que come hartito, pero yo no puedo entender todo el sacrificio que hacen, no puedo acercarme a esa gente”. Si bien, la mayoría asocia un gran sacrificio en la necesidad de limitar la alimentación para mantener un peso acorde al estereotipo y, así, lograr los cánones normativos de belleza, seguiría existiendo una valoración positiva hacia la delgadez, debido a que la restricción alimentaria era entendida como una posibilidad de libertad sobre el plano social. En otras palabras, a los ojos de las entrevistadas, la delgada no necesitaba encontrar ninguna función determinante, ningún rasgo de identidad, para su peso, ya que se encontraba aceptada e integrada a la sociedad de antemano por el hecho de cumplir con aquello que se comprende como corporalidad adecuada. De ahí que no requiera captar la atención, porque a diferencia de la obesa, el reconocimiento que recibe es total, no responde a la función que la deja ante un reconocimiento parcial.

Otro punto que aparece de modo secundario en el discurso de las mujeres, es la significación que le brindan a su belleza a través de una construcción que establecen fuera del cuerpo ideal. Concretamente, fragmentan su cuerpo con tal de resaltar las partes que pueden ser consideradas signo de belleza, por ellas y

por otros, según una norma compartida que define ciertos aislados del cuerpo como bellos. La obesidad responde a la consideración de la totalidad del cuerpo que las distancia del estereotipo, mientras que parcializar su cuerpo les permite exhibir las partes capaces de ser percibidas como admirables estéticamente. Al respecto, una de las entrevistadas señala: “mira, yo tengo las pestañas largas y no me las pinto, la gente no me cree que son más, siempre me andan diciendo que son muy bonitas”. Del mismo modo que los argumentos anteriores, la obesidad logra una resignificación construida por las entrevistadas que las distancia de la valoración tajantemente negativa, para insertarlas en la posibilidad de constituirse mujeres que destacan por sus partes bellas.

Vemos como la mirada es un signo de juicio que discrimina frente al alejamiento del estereotipo como lo han percibido las entrevistadas, pero también es una fuente que busca ser alcanzada en virtud de la aprobación referida a la fragmentación de su cuerpo. No obstante, la mirada puede ser interrogada desde un segundo significado que aparece introducido con la siguiente joven: “al principio creía que no me podía aceptar porque los demás me miran de tal forma pero al darme cuenta que... por ejemplo voy caminando por la calle y me mira una persona, puede que no me mire solamente porque soy gordita, a lo mejor me mira porque soy gordita pero también porque soy bonita o algo así. A lo mejor yo pienso cosas que no son”. Esta posibilidad, debilita como única consideración a la mirada desde el juicio o rechazo social, para incluir un significado que habla de la consideración de belleza y el sostenimiento de la feminidad. A pesar de lo anterior, este planteamiento no aparece de modo concluido en cada joven, en contraste con la funcionalidad de la obesidad, que se expresa como aspecto resuelto y fuertemente marcado en cada discurso. Probablemente, luego del sustento de la constitución de sí, que permite la funcionalidad que cumple la obesidad para el Otro, existe la posibilidad de plantearse la resolución de su ser mujer en el escenario de la obesidad. No obstante, este argumento sigue resaltando la

necesidad de encontrar un sentido que escape de la valoración tajantemente negativa que inicialmente acompaña a la obesidad.

A partir de lo expuesto, el sentido último posible de encontrar en los discursos de las participantes de este estudio, está en el logro de dar una imagen diferente a la superficie corporal que provoca el juicio y la discriminación de la sociedad por encontrarse desajustadas a aquello que el estereotipo prescribe. No encontrar una funcionalidad a la obesidad es quedarse en un estado de paralización e inhibición que sólo proyectaría una imagen desvalida afectada por recurrentes recriminaciones externas. Empero, cuando existe una función adherida a la obesidad, existe una visión que posibilita tener un reconocimiento parcial, determinado por lo que cada sujeto se cree capaz de entregar al Otro. Si bien este nuevo significado no elimina la mirada recriminatoria que acusa la obesidad, permite su sostenimiento con un significado de triunfo que puede sopesar el rechazo, ya que ha encontrado un lugar en el Otro desde el cual puede sentirse parte y conseguir aceptación. Dar este giro a la obesidad, entrega la tranquilidad que no encontraba cada joven cuando sólo era posible vivir en la incomodidad del juicio externo. No obstante, la valoración positiva que construyen de su cuerpo obeso, no es comparable a la posición que tienen las delgadas, quienes no requerirían dar ninguna imagen, pues siempre estarían en una posición de comodidad, eximidas de recurrir a una función para ser integradas y valoradas por el Otro. De esta manera, la delgada es situada en un plano ideal, que aunque imaginado por cada joven, no necesariamente resulta anhelado, ya que en modo alguno asegura la misma satisfacción que sienten haber podido encontrar en la significación de logro otorgada a la funcionalidad de su obesidad.

IV. DISCUSIÓN DE LOS RESULTADOS

4.1. El más allá de la obesidad como posibilidad a trascender lo visible

A partir del análisis del material recogido, fue posible indicar y afirmar la masiva implicación del campo escópico en la experiencia reportada de la obesidad por nuestras entrevistadas. No resulta improbable que la mirada se encuentra en posición de cumplir un rol central e incluso ineludible en muchos aspectos retomados por las entrevistadas para dirigirlos hacia la construcción de su corporalidad.

Desde una forma que adquiere un punto central en sus discursos, y que a su vez ha sido expuesto sistemáticamente en los antecedentes teóricos, es la aparición de la mirada como expresión de la *crítica del Otro social*. Desde esta consideración, el juicio social ha interactuado fuertemente con el *ideal*, siendo otro aspecto importante retomado por nuestras participantes que ha sido relevante desarrollar en este apartado. En este sentido, el ideal se vuelve un marco de referencia para desplegar miradas que en su cumplimiento, un sujeto recibe la aprobación del Otro social, mientras que en su desacato es enjuiciado y fuertemente sancionado. En mérito de ello, las entrevistadas han logrado establecer un *más allá de la obesidad*, como una construcción clave para no perderse en lo visible como punto de críticas. Así también, un punto emergente en sus relatos, y no previsto en los antecedentes teóricos, fue el significado de *feminidad* que construyen en su cuerpo obeso por fuera del ideal. Ellas lograrían devenir mujeres muy por fuera de los estereotipos, sin por ello dejar de encontrarse con la feminidad. Por último, a pesar de la construcción de un más allá, *la vergüenza* aparece como la sensación que les demuestra que no es posible estar de lleno en un más allá, porque siempre habrán elementos de lo visible que las hace caer fuertemente a una posición de objeto, punto central de miradas.

Desde el primer punto, la *crítica del Otro social* aparece de modo explícito en el discurso de las entrevistadas como el poder que adquiere la mirada social como fuente de malestar ante un cuerpo desajustado del ideal. Clara manifestación de ello es lo que dicen resentir cuando son observadas en espacios públicos lo cual se encuentra en directo contraste con los delgados, percibidos como sujetos no mirados y, en virtud de ello, privilegiados por la aprobación. En este sentido, la mirada adquiere significados que expresan aquello que Foucault (1998) destacó como vigilancia de los cuerpos y que Elias (1993) observó como la mirada desaprobatoria orientada a encauzar el cuerpo hacia la auto-coacción ideal que transita en determinada sociedad. Pero la mirada también se presentó al modo de lo que Mauss (1979) demostró como técnica corporal siendo posible de establecer una relación toda vez que lo impositivo de ser, persuade con miradas intensificadas en mostrar el rechazo a las corporalidades voluptuosas.

Ahora bien, a partir de la diferencia entre ver y mirar propuesta por Merleau-Ponty (1957) y retomada, luego, por Lacan (1964), la mirada enjuiciadora proviene del campo de la visión, del ver, la cual se asocia a la experiencia del sujeto como objeto en lo visible, preso de una mirada proveniente desde todas las perspectivas para ser evaluado en su condición de objeto. En este sentido, la visión puede evaluar a una superficie corporal en su correspondencia *al ideal*, en tanto estereotipo que identifica en la delgadez referencias de lo correcto. El ver inquisidor viene, en este sentido, a fijar un cuerpo en su condición de objeto y activar el campo de percepción en el horizonte de la evaluación de un sujeto que, por ello, se hace visible en su obesidad. Dicho de otro modo, la obesidad captura la visión y lo hace del mismo modo que Rogers Caillois (1962) considera que el insecto busca el camuflaje para hacerse parte del umbral de lo visible y devenir paisaje. En base a esta analogía, la obesidad sería un símil de aquél insecto, volviéndose parte de lo visible e integrándose al paisaje para lograr la percepción de Otro. En otras palabras, la obesidad se porta al lugar de un señuelo capaz de

atrapar la visión de Otro, como el animal captura la atención de su depredador mediante sus colores llamativos.

Por cierto, el riesgo es que el sujeto pueda quedar atrapado en el paisaje deviniendo mancha en la totalidad del cuadro, es decir, capturado en su condición de objeto donde puede perderse como punto de percepciones. Pero, así como lo destaca Lacan (1964), el humano difiere del insecto por saber orientarse en el paisaje para ubicarse más allá de la visión. Las jóvenes entrevistadas sabrían lograr, consistentemente, una debida orientación y aparentar un *más allá de su obesidad*, haciéndose cargo de la visión para instalarse en la mirada. Ser miradas las aleja de la noción de ser vistas como superficies vigiladas por el Otro, pudiendo posicionarse como sujetos en un más allá de un cuerpo supervisado. Buscar el más allá de su obesidad no las hace prescindir de ella, puesto que ser miradas es, al mismo tiempo, ser confrontadas a cómo se han relacionado con la falta constitutiva de la castración que las ha instalado en el deseo, precisamente, enquistado en su obesidad.

En virtud de su deseo, las jóvenes le confieren particulares significados a su obesidad que, mediante ello, permanece ligada a la construcción de la fantasía, donde su voluminosidad adquiere una función relativa al deseo del Otro. En la mayoría de las participantes, este deseo se anuda a entregar algo a los padres que no supieron resolver o bien una necesidad que, bajo la interpretación de ellas, los ha dejado en falta. Con el análisis de Susana, pudimos dar cuenta que ella confiere a su obesidad la posibilidad de tramitar aquellas huellas del pasado hostil que vivió su madre provocándole la anorexia. De esta manera, en su cuerpo se permite guardar los significados de poder responder a las represalias enjuiciadoras y defenderse frente aquellos que la transgredan como su madre no supo hacerlo. De modo diferente, aunque con el mismo significado, Paula busca con su obesidad la activación de sus padres en el rol de protectores que han parecido acentuar con cada miembro de la familia que enferma. Con ello no solo logra alejarse de la invisibilidad para permitirse quedar bajo sus cuidados, sino

también les entrega aquél sentido, que en su rol de protectores, parecieran buscar. Por su parte Elizabeth, puede significar en su obesidad la posibilidad de defenderse como sus padres no han sabido ni han podido hacerlo, debiendo resguardarse bajo los respaldos de la religión para lograrlo. A su vez Cynthia, busca con su obesidad lograr una imagen fortalecida que le permite socorrer a su madre frente a los maltratos físicos de su padre. Por último Camila concede a su actual corporalidad la posibilidad de entregarles a sus padres el sentido de pertenencia, bajo su interpretación de similitud física, que no habían logrado con sus familias de origen.

En tal sentido, cada una de las entrevistadas otorga un uso a su corporalidad en función del Otro como una pantalla donde se despliega la confrontación a su imagen fálica, constituyendo toda la organización que establecerán de sus deseos como condiciones a la imagen exigida por el Otro. De esta manera, ellas se encuentran inevitablemente dirigidas a buscar alguna manera de taponear aquel agujero, mediante el recurso a una función imposible de ser provista por un cuerpo delgado. Con ello; nuestras entrevistadas logran, cada una a su manera, instalar un más allá de su corporalidad capaz de trascender la posición de objeto menospreciado que el ojo vigilante de la sociedad les impone.

En cada una de ellas, el beneficio que les entrega su obesidad, las hace poder despegar de la paralización e inhibición que las inunda cuando no han conseguido evitar la percepción que las denuncia por presentar un *cuerpo desajustado del ideal*. Este hecho, las deja en conflicto cuando la sociedad les impone cómo deben comportarse en tanto mujeres conformes a los mandatos que envuelven la normatividad exigida a la feminidad, mientras ven que su corporalidad y su forma de ser mujer se distancia de lo indicado. La primera salida de esta problemática experiencia, es el aislamiento, es decir, refugiarse de aquellas visiones que solo se inscriben como recriminación. No obstante, cuando arman una función capaz de permitirles dirigirse al Otro con algún beneficio que

les concede un lugar de reconocimiento, pueden activarse y enfrentar las miradas que las atraviesan desde su lugar de objeto, llevándolas, en muchos casos, a responder fuertemente ante tales descalificaciones. Esto no implica que el anudamiento de su obesidad a la fantasía las deje inadvertidas de los ojos acusatorios, sin embargo ello les confiere un saber hacer con el malestar a sabiendas de un más allá que existiría solo para quienes puedan pasar la prueba de no quedar atrapados en la superficie corporal y embelesados por los significados sociales impuestos a sus figuras.

Para ellas, quienes forman parte de su círculo adquieren un lugar de privilegio que identifican con una connotación de triunfo. Sus amigos son aquellos que se distinguen de todo el resto de la gente que no es capaz de ver por fuera a la visión enjuiciadora que otorga lo social. Sus cercanos, que no necesariamente son parte de su familia, logran atravesar las capas de su obesidad para situarse en su más allá. En este sentido, son ellos quienes pueden trascender el campo de la visión para miraras y valoraras por la función que entregan. Así, muchas de las jóvenes entrevistadas logran insertarse en determinados grupos a partir de los beneficios que les brinda su obesidad, mientras que no lograr aquella función, las deja en una posición distante a la posibilidad de insertarse en lo social.

En este sentido, la técnica artística de la anamorfosis, destacada por Lacan (1964) y retomada por Damisch (1997), parece dar cuenta de una segunda configuración donde se ubicarían quienes forman parte de este círculo privilegiado capaz de observar algo que solo apreciarían en virtud de una perspectiva lateral, obtenida por la astucia de ver más allá. En mérito de ello, estas personas quedarían fascinadas por percibir aquello inadvertido a la visión social, ubicada únicamente desde una perspectiva frontal. Ser miradas desde esta perspectiva anamórfica, las lleva a conceder un lugar privilegiado a quienes se distanciarían del juicio social, deviniendo personas que cuidan y que se diferencian de los ciegos únicamente guiados por el ideal social. La opinión negativa de los demás, no las daña como lo harían aquellos que pudiesen descalificarlas desde esta

lateralidad, aspecto que las lleva a potenciar su más allá, a intensificar su función, para asegurar un lugar en el Otro y armar una posición de seguridad en base a la afirmación de su voluminosidad.

Poder dejar de ser vistas y empezar a convocar la mirada de Otro, les permite liberarse de recibir solamente el daño del marco subversivo que instalarían con su obesidad frente a normativas de un ideal de cuerpo que muestra su importancia en el mundo visible. Por tal razón, otro aspecto que surge de modo importante en sus relatos es la construcción de su *feminidad* fuera de los mandatos sociales, donde ellas no tendrían asidero por presentar un cuerpo desajustado a la correcta forma que entrega lo social de ser mujer.

En consonancia a ello, la mujer delgada sería para las participantes de este estudio, aquella que no debe buscar una función para ser reconocida por el Otro, pues su posibilidad de transitar por el ideal la hace indefectiblemente aceptable para ocupar su lugar de objeto en el campo de lo visible. Según nuestras entrevistadas, esto les permitiría una libertad social donde pueden integrarse libres de dificultades, además de ser ampliamente consideradas mujeres galanteadoras de ocupar una posición privilegiada, mostrando, en consecuencia, con plenitud aquella ventaja corporal que ellas les atribuyen.

Lo paradójico es que, a pesar de que las mujeres delgadas cumplan con el ideal, las participantes no anhelan aquel lugar, toda vez que esto les quitaría una parte de valor que finalmente han logrado para su obesidad. Su corporalidad carga significados que las hace dotadas de coraje, pues pese a todo, ellas habrían conseguido un lugar obtenido contra la adversidad que las delgadas nunca habrían sufrido. En virtud de ello, las participantes de este estudio parecen haber encontrado en la obesidad una manera de advenir a su feminidad por una vía diferente a la que según ellas consideran mucho más fácilmente lograda por la mujer delgada. Para nuestras entrevistadas, una mujer que luce una corporalidad deseada es interpretada como aquella que posee el falo, la que no presenta falla ni agujero porque se encuentra en un lugar adecuado, punto objetivo de atractivos

que saturan el campo de la visión con atribuciones de admiración y deseo. Por tal razón, en ellas despiertan las más recónditas emociones de envidia surgidas por una corporalidad que alcanza la plena satisfacción y que permanece como una imagen separada de ellas al punto de ser inalcanzable (Lacan, 1964).

Para nuestras entrevistadas su feminidad se ubica en un más allá del falo, no a modo de negar su falta constitutiva y encontrar otros mecanismos de subjetivación, sino más allá de un lugar fálico en que ellas ubicarían a las delgadas por cumplir una posición de privilegio social. En este sentido, es importante aclarar que ni las obesas ni delgadas pueden ir más allá de los designios del falo, sin embargo las obesas establecen un discurso en el orden imaginario fálico donde podrían resolverse mujeres más allá de la posición fálica en que ellas ubicarían a las delgadas en lo visible, una posición marcada desde un lugar de aceptación y admiración. El más allá fálico de las obesas se encuentra en aquella funcionalidad corporal donde se denota un camino distinto al recorrido por las delgadas para resolverse mujeres. Lo encuentran con el uso de su cuerpo como una forma de resolverse mujeres fuera de los designios del falo, es decir, fuera de aquello, que a su juicio, la convención social ha buscado para representar la feminidad frente a un ideal de cuerpo que presentarían las delgadas. Ellas están en un más allá con el uso de su cuerpo, sin por ello significar que la obesidad exista para advenir a su feminidad, ella tan solo se ofrece como superficie puesta al servicio del devenir mujer.

Los motivos por los que surge la obesidad resultan inciertos y, a todas luces, multifactoriales. Sin embargo, que las mujeres logren encontrar un uso a sus cuerpos, ello no podría no concernir al menos en algo, la singular inscripción de su deseo en descubrir una mirada que pueda testificar quienes son más allá de sus capas corporales que las hace punto de críticas en el mundo de lo visible. En mérito de ello, la obesidad se vuelve un cuerpo imposible a desconsiderar frente a aquello que cada una requiere resolver para encaminar su deseo en los avatares de su subjetividad sexuada.

Por tal razón, aquello manifiesto en los relatos de las entrevistadas ha dejado en claro que la mirada se encuentra como pivote ineludible frente a la sexuación femenina de nuestras jóvenes obesas, donde ellas pueden resolver su feminidad en un lugar más allá de las delgadas. A decir verdad, para ellas el uso otorgado a su cuerpo, como un más allá de los designios del falo, resuena con la indicación de Lacan (1972-73) relativa al Otro Goce, sobre el cual una mujer puede ser no-toda referida al falo.

Con la obesidad surge la posibilidad de construirse mujeres desde un goce diferente al fálico que concerniría a las delgadas, para ellas la feminidad está en otras formas de ser mujer, distintas a quienes osen de ocupar el lugar privilegiado del ideal. Hablamos de Otro Goce, que como se ha establecido (Lacan, 1972-73), es difícil de nombrar bajo las posibilidades del significante, sin embargo nuestras seleccionadas lo retomarían como un punto reivindicativo a su feminidad ligada a la capacidad de ser nombradas bajo la petición que Otro dé cuenta de ellas. Este aspecto sería dirigido por las entrevistadas a través de lo que pueden entregar con su corporalidad, así, podrían ser reconocidas desde un lugar resuelto en el significante que no soluciona el desdoblamiento femenino (Lacan 1972-73), pero sí permite hacer algo con ello. Generar un uso a su cuerpo, parece encontrar relación con una posición inconsciente respecto a la función fálica, desde donde nace la posibilidad del devenir de su sexuación al ser miradas en un más allá que posibilita el saber hacer con su enigma, del mismo modo que han logrado salir de la inhibición y paralización que las dejó en un lugar de objeto en lo visible. El saber hacer con la adversidad es una característica que las sostiene y les favorece para encontrar una posición donde puedan establecerse sin desarmarse, guardando significados de coraje que solo un cuerpo con obesidad y, su consecuente funcionalidad, puede encontrar.

Las participantes de esta investigación se reconocen en los ojos castigadores que las apremian por su obesidad, sin embargo, para no perderse en esta vigilancia que las reduce a un lugar de desecho, logran ubicarse más allá de

las mujeres delgadas poseedoras del falo y trascienden su lugar de objeto a los ojos visibles de castigo, con el fin de construir una funcionalidad donde pueden ser miradas desde un lugar que las legitima y les entrega la ilusión de subjetivación que el significante no les pudo otorgar.

Esta validación supera el campo de lo visible que considera a la obesidad en contraposición al ideal para constituirse por la funcionalidad que surge a partir de la corporalidad voluminosa, posicionándose en el terreno de la mirada como fuente de subjetivación. Desde esta línea el Otro cumple un lugar crucial, ya que puede dar cuenta de ellas a través de una idea de sí que las nombra, reconoce y posiciona en un territorio que no desconoce su desajuste corporal, pero que les permite mirarse desde un más allá del falo, en un lugar de aprobación desde el beneficio que pueden conferir con su obesidad para calmar el deseo que las ha cautivado del Otro parental.

Desde otra lectura, Joan Rivière (1979), consideró que la feminidad es una máscara que refleja las actuaciones necesarias para cumplir con los códigos y normas que señalan lo adecuado de ser mujer, logrando ejercer las prácticas hasta volverlo un proceso naturalizado que entrega la ilusión de ser un acto espontáneo, cristalizando la feminidad como una red de prácticas auténticas y únicas. Según estos planteamientos, es posible considerar que las entrevistadas resolverían de una manera distinta su feminidad ubicándose en una posición contraria al ideal, diferente a lo estipulado como lo correcto de ser mujer. Esto no aleja a las participantes obesas a la posibilidad de llegar a la feminidad, sin embargo, provee una vía que, bajo estos planteamientos, las dejaría más allá de la mascarada. Desde lo que buscamos desarrollar, las mujeres obesas serían igualmente mujeres que las delgadas, aunque el ideal corporal ratifique lo contrario, ya que, han sabido hacer con su superficie corporal lo suficiente para encontrar un lugar en el Otro que les permita sostenerse desde una base segura para favorecer el encuentro con su feminidad y reivindicarse por fuera del campo visible que las resguarda gracias un más allá de la mascarada.

Bajo los términos de la máscara y lo señalado por Joan Rivière (1979), nuestras jóvenes obesas buscarían resaltar su feminidad con la fragmentación de su cuerpo, siendo un más allá de la máscara fálica que las hace no circular por el ideal corporal como ellas consideran que pueden hacerlo las delgadas poseedoras del falo, de acuerdo a su organización imaginaria. Las entrevistadas se ubicarían más allá del falo porque lo primordial es lograr un sentido a su obesidad que les arme de un lugar en el Otro, para desde ese lugar, volver a resolver algo de su problemática con el falo. Ellas no lo resuelven como las delgadas, sino a través de la fragmentación de su cuerpo que les da la posibilidad de interactuar con el ideal a través del realce de sus partes bellas cercanas a lo considerado como correctas y lejanas a la totalidad de su cuerpo. De esta forma, Susana alardea sobre sus largas y crespas pestañas que no necesita maquillar y deslumbran a la gente que reacciona con preguntas sobre si son reales. Por otra parte, dentro de la configuración que Paula establece de su corporalidad, puede exhibir sus grandes pechos a través del uso de poleras ajustadas que la hacen sentirse no invisible frente a los ojos que quedan prendados de ellos. También fue posible notar que Camila le otorgaba un significado especial a su brillante cabellera oscura que mostraba contraste con su tez blanca, procurando cuidar con distintos productos cosméticos que decía aumentaban su grandeza.

En virtud de ello, las participantes de este estudio fragmentarían intencionadamente su cuerpo como una forma de alejarse de una categoría total corporal que las hace parecer desajustadas e inadecuadas para encontrar en la separación de su totalidad física, la posibilidad de resaltar aquellas partes de sí que considerarían bellas a partir de una nominación social que lo ha destinado de esa forma. En este sentido, maquillan o adornan partes de su cuerpo, preponderando la posibilidad de lograr algún elogio en la línea de lo visible, puesto que, si bien todas ellas han buscado distanciarse de ser vistas, cuando ya han encontrado un lugar en la subjetivación bajo la mirada de Otro, están en condiciones de hacer un nuevo giro buscado capturar lo visible parceladamente,

pero cercanas al ideal. Esto es posible gracias al más allá de su obesidad que les permite encontrar un lugar de inscripción en el Otro, logrando acercarse a lo visible con la garantía de no perderse en el señuelo que buscaría dejarlas en un único lugar de objeto.

No obstante, así como la obesidad podría ser un catalizador al cual las entrevistadas se adhieren para resolver su feminidad, también podría ser un impedimento capaz de clausurar el advenimiento en una sexuación del lado del Otro sexo, en virtud del riesgo de concentrarse únicamente en un falo ideal, lejano e inaccesible a su posibilidad de devenir mujeres. En algunos elementos encontrados en las entrevistas, pareciera estar todo organizado en referencia a una posición fálica ocupada por las delgadas, siendo incluso aquél referente necesario para construir el más allá de la corporalidad que pasa una y otra vez por el pivote fálico de la mujer delgada y que, finalmente, dependerá de cada singularidad la manera en que se inscribe en la función fálica para devenir mujer.

Un ejemplo de lo anterior, es la sensación de *vergüenza* que pareciera hacerlas trasladar nuevamente toda la problemática a su interés por conseguir el falo. Nos referimos a la emergencia de la vergüenza que las entrevistadas interpretan en la mirada del Otro materno cuando se trata de ser vistas en su ser mujer. Algunas de ellas asocian que sus madres sienten vergüenza de la construcción de su ser mujer que han establecido por fuera de los estereotipos, queriendo evitar salir con ellas por la vergüenza que, ellas como madres, puedan sentir frente a la mirada del Otro por tener a una hija con obesidad. Con este planteamiento, ya no nos referimos a los avatares de la pulsión escópica en el mundo de lo visible, que con su orden normativo y autócrata daña desde el juicio a la superficie del cuerpo obeso, hablamos de una mirada que las deja demasiado cerca en su lugar de objeto, volviéndose una posibilidad de quemarse por la mirada de las madres y sin la oportunidad de desplegar su más allá.

Pareciera que estamos en orden de establecer una dimensión escópica de la vergüenza, desde donde nace la idea de desaprobación que las posiciona

demasiado apegadas a una condición de objeto en lo visible y que es posible de identificar en la resistencia a la convocatoria de algunas participantes (pag.65). No obstante, por más que puedan construir un más allá, la falta de reconocimiento de su ser mujer por parte de sus madres, las deja nuevamente en falta. Desde este sentido, podemos retomar los planteamientos de Lacan (1964) que buscaban dar una nueva lectura a la teoría de Sartre (1966), para establecer que la vergüenza surge porque aquel que mira lo hace sorprendiendo desde la falta constitutiva. Desde este punto ellas pueden avergonzarse porque en su ser mujer, habría algo que las madres nunca podrían reconocer si aquello es leído desde la falta constitutiva. Ya no se trataría de lidiar con la vergüenza de su corporalidad en lo visible, sino con un tope que encuentran en la construcción de su más allá cuando se trata de lograr que sus madres se ubiquen por completo en el uso de su cuerpo, ya que, por más que intenten convocar la mirada hacia la función de su obesidad, no son las delgadas poseedoras del falo. Del mismo modo, las madres, pudiesen desplazar algo de su propia falta al cuerpo obeso de sus hijas que las hace avergonzarse bajo la mirada crítica del Otro social, lo que nos permite trazar futuras líneas de investigación respecto a qué pasa con la tramitación de su propia feminidad cuando las hijas no poseen atributos fálicos destinados por lo social. En ese caso, ¿podríamos decir que la vergüenza que tienen las madres del cuerpo obeso de sus hijas se relaciona con la falta de atributos fálicos suficientes para permitirles tramitar su propia feminidad mediante su resolución como madres según la premisa freudiana (Freud, 1931)?

V. CONCLUSIONES

La presente investigación ha buscado profundizar en la obesidad desde una perspectiva distinta a la que encuentran gran parte de los estudios psicoanalíticos. Frente a aquellos antecedentes teóricos que han considerado el surgimiento de la obesidad desde una fijación a una etapa oral como un modo de retroceder a una época que proveía seguridad, es posible considerar esta hipótesis en el relato de dos de las entrevistadas. Ambas habían tenido un nacimiento con dificultades que las dejó bajo peso, siendo aquello lo que pudo haber provocado una fijación a la etapa oral donde se volcaron compulsivamente a la comida para lograr la seguridad familiar de la cual habían sido provistas a partir de su desnutrición prematura. Si bien, es posible encontrar otras lecturas que puedan explicar el surgimiento de la obesidad, fue claro, que la pulsión escópica también adquirió un rol central en ambas participantes, siendo importante mencionar que distintos registros, como lo fueron en estos casos el oral y el escópico, pueden interactuar a la luz de cada historia sin por ello tener que hablar de una única y determinante fijación.

Desde la lectura que ha considerado a la obesidad como una goce de modalidad autista, es posible establecer la nula adherencia encontrada en este planteamiento, no sólo porque teóricamente ya es posible levantar grandes dudas, sino también porque en nuestras jóvenes obesas, el Otro adquirió un rol central en la construcción de aquél uso del cuerpo que les permitió situarse más allá del campo visible. Por tal razón, mucho de lo que respecta a su corporalidad está en función de la posibilidad de convocar la mirada del Otro, entregándole un lugar en extremo prioritario que imposibilita, aunque sea imaginar, que la obesidad tendría una construcción fuera del Otro. Independiente de que la ingesta alimenticia pueda ocurrir en solitario, hablaría siempre de una respuesta construida a partir de la falta que han interpretado las hijas de ese Otro parental, característica imposible

de derogar cuando se encuentra ligada al complejo de castración que, indudablemente, tendrá repercusiones en la estructura de cada sujeto.

Con aquello que sería posible establecer un diálogo, es con el Goce del cuerpo de nuestras entrevistadas, que inhabilitado en su modalidad autista, puede contribuir respecto de los usos encontrados por cada entrevistada a su obesidad. El uso que cada joven obesa participante de este estudio ha construido de su obesidad para trascender lo visible, podría encarnar un goce o un saber hacer con el goce. En este sentido, una lectura posible es considerar aquello que Lacan (1968-69) ha establecido como *plus-de-goce*, permitiendo encontrar en su obesidad una forma de satisfacerse a un objeto de la pulsión, el ojo. Como hemos visto, el uso de su cuerpo capta la mirada de Otro, logrando considerar en esta apuesta un saber hacer con su obesidad para cumplir la satisfacción pulsional que ha dejado el recorte del objeto *a*. En efecto, toda la crítica del Otro social referida a ver un cuerpo obeso, podría ser considerada como el límite del placer que encuentra el goce en el campo escópico, hablamos de una satisfacción displacentera anudada a cada corporalidad de las entrevistadas de este estudio que han convocado la mirada del Otro.

En consonancia a ello, las críticas surgidas a la obesidad de las jóvenes participantes en el mundo de lo visible, influyen en la apreciación que tienen de su cuerpo. En tal sentido, el debate teórico que se inserta sobre aquellos que consideran a la obesidad como un efecto secundario a alteraciones de la imagen corporal, de otros estudios que han señalado a la alteración de la imagen corporal como posterior a la emergencia de la obesidad, es posible mencionar que las entrevistadas establecen un significado dañino a su cuerpo luego de ser conscientes del efecto de la violencia descarnada de la sociedad sobre la obesidad. Desde este punto es posible interrogar si acaso aquellos estudios que relacionan la alteración de la imagen corporal con la obesidad no resuenan ya como el efecto de la violencia social sobre un cuerpo desajustado.

Por otra parte, cabe mencionar que así como la normatividad social promueve un cuerpo con ciertas características físicas específicas para cumplir con el ideal estético, también establece solo dos registros pulsionales para poder apreciarla al menos manifiestamente: el registro escópico y el invocante. La belleza privilegia dos órganos sensoriales, el ojo y el oído. Bella es una pintura, un paisaje, una melodía; su tonalidad, su musicalidad y su arreglo compositivo o su evocación figurativa. No hablamos de belleza frente a una textura o un determinado olor. La corporalidad puede ser apreciada desde un acercamiento estético que privilegia la visión; la suavidad de un cabello no es bella, pero sí lo es su brillantez. En este sentido, lo social dirige la aparición de la estética de la corporalidad hacia el plano escópico, pareciendo existir alguna correspondencia entre mirada y cuerpo donde justamente la aparición del yo, ha de valerse de lo escópico para anticiparse al conocimiento de su dominio corporal. Por esto, desde los inicios de la constitución de un sujeto, el registro escópico y la corporalidad se muestran anudados en una mutua correspondencia que, desde distintas directrices, se asoman en relación por sobre el resto de los registros pulsionales.

Al respecto, es desde la mirada donde puede surgir el más profundo sufrimiento cuando el cuerpo aparece como la cara visible de la desaprobación del Otro. En relación a ello, Veena Das (2008) ha establecido que las personas podrían lidiar con el dolor en el retorno a lo cotidiano, donde establecerían un uso de su sufrimiento en la reconstrucción del espacio de la devastación que les permitiría redimir en algo el daño causado. Trasladando su pensamiento a esta investigación, es posible relacionar que las entrevistadas buscarían alejarse de considerarse únicamente como víctimas ancladas a la violencia del Otro social, construyendo un uso de su cuerpo relacionado con la falta que perciben del Otro parental. En virtud de ello, reconstruyen sus vidas desde el esfuerzo que concierne sobrellevar ser objeto de miradas en el mundo de lo visible pero desde una nueva posición que les permite dar un giro en lo cotidiano a través de la comprensión del lenguaje implícito de la cotidianidad, es decir, de una nueva forma

de habitar el mundo, a sabiendas, que hay un más allá de su corporalidad considerada desajustada para la normatividad social.

Las jóvenes obesas sabrían hacer con la adversidad de los ejercicios de poder que dirigen el cuerpo hacia el cumplimiento del ideal, logrando, con el uso de su cuerpo, una práctica a partir del sufrimiento causado por lo social. Esto les permitiría no quedarse en la violencia de los ejercicios de poder, sino trascender en la búsqueda de conservar la cotidianidad con la que pueden mantenerse activas socialmente buscando volverse indispensables para el Otro. Como señala Ludwig Wittgenstein (1953) “el ideal, como lo pensamos, está inamoviblemente fijo. No puedes salir fuera de él: siempre tienes que volver. No hay ningún afuera; afuera falta el aire” (p.103). En este sentido, la posibilidad de sobrevivencia está determinada por construir aquel uso de su cuerpo con el que lograrían un saber hacer en referencia al ideal, inscribiendo con su corporalidad una forma de arreglárselas con la dominación de los modelos corporales considerados correctos.

Desde otra lectura, esta tesis encuentra ciertas limitaciones en la falta de profundidad respecto a lo inconsciente al no permitir la apertura a ciertos elementos psíquicos de las entrevistadas. En este sentido, y ya teniendo una entrada para pensar el lazo de la pulsión escópica y la obesidad, sería posible indagar con mayor precisión en la sexuación femenina, como una posibilidad de adentrarse al conocimiento de las particularidades en qué cada mujer encamina su deseo en los avatares de la subjetividad sexuada, siendo evidente que el conocimiento por un determinado punto de inflexión en que cada una dirige su deseo, no podría ocurrir fuera de las coordenadas de la sexuación. Esta relación permite abrir nuevas preguntas que involucren con mayor complejidad problemáticas de la subjetivación en torno a la configuración del deseo de cada mujer con obesidad. De este modo, se establece la interrogante de cómo cada mujer con obesidad resuelve su devenir sexual, construyendo una lógica a la diferencia sexual organizada en torno al significante fálico. Al respecto, es posible

enlazar la posición fantasmática con la pregunta por el devenir sexual, a la luz de los significados que encuentra cada mujer con los usos de su obesidad en el objetivo de darse a ver ante la falta del Otro.

Desde otra perspectiva, el hecho de haber utilizado una metodología que trabajara con opuestos binarios, favoreció la oposición de lo obeso y delgado como un aspecto concerniente al interior del discurso de las entrevistadas. En mérito de ello el análisis de los datos fue trabajado desde la tensión de contenidos centrales encontrados en cada discurso, pudiendo existir una falta de profundidad de lo inconsciente producto de la dificultad para alcanzar otras configuraciones posibles con una metodología que se adentrara en otras formas del discurso.

Al margen de lo anterior, la falta de segundas entrevistas pudo haber ocasionado de forma apresurada la consideración de la temática del ideal como punto nuclear al interior del discurso. Desde este planteamiento el tema del ideal puede ser considerado una antesala, un significante que permitiría abrir nuevos elementos organizadores al interior de cada relato para conocer lo que realmente les aqueja. A pesar de ello, los objetivos de esta investigación permiten generar un nuevo escenario para establecer interrogantes que contribuyan a profundizar en toda la relevancia circulante entorno a la obesidad, ahora desde una nueva dimensión como es lo escópico-.

VI. REFERENCIAS BIBLIOGRÁFICAS

Abadi, Mauricio. (1955). Nota acerca de algunos mecanismos en la psicogénesis de la obesidad. *Revista de Psicoanálisis*, 3(13), 296-303.

Baas, B. (2011). La elaboración fenomenológica del objeto *a*. En *Arqueología de la mirada. Merleau-Ponty y el psicoanálisis* (pp.93-123). Buenos Aires: Editorial Letra Viva.

Barthes, R. (1979). Introducción al análisis estructural de los relatos. En *Análisis Estructural del Relato* (pp.9-44). Buenos Aires: Editorial Tiempo Contemporáneo.

Basch, V. (2016). El cuerpo mirado: entre psicoanálisis y pornografía. Tesis para optar al grado de Doctor. Universidad Complutense de Madrid. Facultad de Filosofía: Madrid.

Baudrillard, J. (1983). *Las estrategias fatales*. Barcelona: Editorial Anagrama.

Beltran, B. (2014). La imagen del cuerpo y la pulsión de muerte en un caso de cirugía estética. Tesis para obtener el título de Licenciado en Psicología. Universidad Autónoma del Estado de México. Facultad de Ciencias de la Conducta: Toluca.

Bernet, R. (2011). El fenómeno de la mirada en Merleau-Ponty y Lacan. En *Arqueología de la mirada. Merleau-Ponty y el psicoanálisis* (pp.127-139). Buenos Aires: Editorial Letra Viva.

Betancur, L., Rodríguez, M. y Gempeler, J. (2007). Interacción madre-hijo, patrones de apego y su papel en los trastornos del comportamiento alimentario. *Universitas Médica*, 3(48), 261-276.

Bilbao, R. (2016). Bypass del cuerpo simbólico: algunas consideraciones psicológicas de las cirugías bariátricas en obesidad mórbida. *Psicoperspectivas. Individuo y Sociedad*, 2(15), 5-15.

- Bobadilla, S. y López, A. (2014). Distorsión de imagen corporal percibida e imaginada. Un posible factor para la obesidad y el sobrepeso en mexicanos. *Revista Médica Inst. Mex Seguro*, 4(52), 408-414.
- Brownell, K. y Schwartz, M. (2004). Obesity and body image. *Journal of Social Psychology*, 1(1), 43-56.
- Bruch, H. (1962). Disturbed communication in eating disorders. *American journal of psychiatry*, 33, pp.99-104.
- Bruch, H. (1971). *Eating Disorders: Obesity, Anorexia Nervosa and The Person within*. Ed. Routledge & Kegan Paul, London, England, 1974.
- Bychowski, G. (1950). On neurotic obesity. *Psychoanalytic Review*, 37, 301-319.
- Cabello, M. y Zuñiga, J. (2007). Aspectos intrapersonales y familiares asociados a la obesidad: un análisis fenomenológico. *Ciencia Uanl*, 2(10), 183-188.
- Caillois, R. (1962). *Medusa y Cia. Pintura, camuflaje, disfraz y fascinación en la naturaleza y el hombre*. Barcelona: Editorial Seix Barral S.A.
- Cano, V. (2009). Del don a la ingratitud: vida, comunidad e inmunidad en Roberto Esposito y Nietzsche. *Revista Internacional de Filosofía*, 15, 85-103.
- Carrasco, D., Gómez, E. y Staforelli, A. (2009). Obesidad y Adolescencia: Exploración de Aspectos Relacionales y Emocionales. *Terapia Psicológica*, 1(27), 143-149.
- Cornejo, M., Mendoza, M. y Rojas, R. (2008). La Investigación con Relatos de Vida: Pistas y Opciones del Diseño Metodológico. *Revista Psykhe*, 17(1), 29-39.
- Cosenza, D. (2013). *La comida y el Inconsciente. Psicoanálisis y trastornos alimentarios*. Buenos Aires: Editorial Tres Haches.
- Damisch, H. (1987). *El origen de la perspectiva*. Madrid: Alianza Editorial.

Damisch, H. (1996). *EL Juicio de Paris. Iconología Analítica*. México: Sigo XXI Editores.

Das, V. (2008). *Sujetos del dolor, agentes de dignidad*. Bogotá: Universidad Nacional de Colombia, CES.

[Davis, D., Mirza, N. y Yanovski, J. \(2005\). Body dissatisfaction, self-esteem, and overweight among inner-city Hispanic children and adolescents. *Adolesc Health*, 3\(36\), 16-20.](#)

De la Calle, J. (2011). El gesto analógico. Una revisión de las 'técnicas del cuerpo' de Marcel Mauss. *Revista Latinoamericana de Estudios sobre Cuerpos, Emociones y Sociedad*. 3(7), pp.75-87.

Ehrenberg, A. (2000). *La fatiga de ser uno mismo*. Buenos aires: Editorial Nueva Visión.

Elias, N. (1991). *Mozart: Sociología de un genio*. Barcelona: Editorial Península.

Elias, N. (1993). *El Proceso de Civilización*. Buenos Aires: Editorial fondo de cultura económica.

Elias, N. (2012). *La Sociedad Cortesana*. México: Editorial fondo de cultura económica.

Esposito, R. (2009). *Comunidad, Inmunidad y Biopolítica*. Madrid: Editorial Herder.

[Flick, U. \(2004\). Investigación Cualitativa: Relevancia, historia y rasgos. En *Introducción a la Investigación Cualitativa* \(pp.15-27\). Madrid: Ediciones Morata.](#)

[Fliman, V. \(2008\). Presencia materna, Narcisismo y Reconocimiento primordial. Diálogos entre Lacan y Winnicott. En *Objetos Caídos* \(pp.69-79\). Santiago: Universidad Diego Portales.](#)

Foucault, M. (1998). *Vigilar y Castigar. Nacimiento de la prisión*. Buenos Aires: Editorial Siglo Veintiuno.

- Foucault, M. (1999). *Estrategias de poder*. Buenos Aires. Editorial Paidós.
- Foucault, M. (2003). *Historia de la sexualidad. La voluntad del saber. Tomo I*. México: Editorial Siglo XXI.
- Freud, S. (1986). Tótem y Tabú. En *Obras Completas de Sigmund Freud, Vol 13* (pp.7-162). Buenos Aires: Amorrortu.
- Freud, S. (1914). Introducción al Narcisismo. En *Obras Completas de Sigmund Freud, Vol 14*. Buenos Aires: Amorrortu.
- Freud, S. (1915). Pulsiones y destinos de pulsión En *Obras Completas de Sigmund Freud, Vol 14*. Buenos Aires: Amorrortu.
- Freud, S. (1923). El yo y el Ello. En *Obras Completas de Sigmund Freud, Vol 19*. Buenos Aires: Amorrortu.
- Freud, S. (1929-1930). El malestar en la cultura. En *Obras Completas de Sigmund Freud, Vol 21* (pp.58-140). Buenos Aires: Amorrortu.
- Freud, S. (1933). Nuevas conferencias de introducción al psicoanálisis. Conferencia: Angustia y vida pulsional. En *Obras Completas de Sigmund Freud, Vol 22*. Buenos Aires: Amorrortu.
- Gerez, M. (2008). El goce del Otro y la voz (Goce del Otro, voy y superyó). *Desde el jardín de Freud*, 8, 39-48.
- Glaser, B. y Strauss, A. (1967). El muestreo teórico. En *The discovery of grounded theory: strategies for qualitative research* (pp. 45-77). New York: Aldine Publishing Company.
- Gomberoff, E. y Rejes, S. (1994). La teoría del narcisismo, de Lacan a Freud. En *Objetos Caídos* (pp.43-69). Santiago: Universidad Diego Portales.
- Greimas, A. (1979). Elementos para una teoría de la interpretación del relato. En *Análisis Estructural del Relato* (pp.45-86). Buenos Aires: Editorial Tiempo Contemporáneo.

Hernández, R., Fernández, C. y Baptista, M. (2010). *Metodología de la investigación*. México: McGraw-Hill.

Hiernaux, J. (2009). El pensamiento binario. Aspectos semánticos, teóricos y empíricos. *Cultura y representaciones Sociales*, 3(6), 25-42.

Lacan, J. (1949). El estadio del espejo como formador de la función del yo [Je] tal como se nos revela en la experiencia psicoanalítica. En *Escritos I* (pp.99-106). Madrid: Biblioteca Nueva.

Lacan, J. (1957-58). *El Seminario 5. Las formaciones del Inconsciente*. Buenos Aires: Editorial Paidós.

Lacan, J. (1958-59). *El Seminario 6. El deseo y su interpretación*. Buenos Aires: Editorial Paidós.

Lacan, J. (1959-60). *El Seminario 7. La Ética del Psicoanálisis*. Buenos Aires: Editorial Paidós.

Lacan, J. (1960a). Observaciones sobre el informe de Daniel Lagache: Psicoanálisis y estructura de personalidad. En *Escritos II* (1987). Buenos Aires: Editorial Siglo XXI.

Lacan, J. (1960b). Subversión del sujeto y dialéctica del deseo en el inconsciente freudiano. En *Escritos 2* (1985). Buenos Aires: Siglo Veintiuno

Lacan, J. (1960c). La función de lo bello. Clase 18. En *Seminario 7. La Ética del Psicoanálisis* (pp.278-292). Buenos Aires: Editorial Paidós.

Lacan, J. (1962-63). *El Seminario 10. La Angustia*. Buenos Aires: Editorial Paidós.

Lacan, J. (1964). *El Seminario 11. Los Cuatro Conceptos Fundamentales del Psicoanálisis*. Buenos Aires: Editorial Paidós.

Lacan, J. (1968-69). *El Seminario 16. De Otro al otro*. Buenos Aires: Editorial Paidós.

- Lacan, J. (1972-1973). *El seminario XX. Aún*. Buenos Aires: Editorial Paidós.
- Lacan, J. (1981). *El Seminario Libro I. Los escritos técnicos de Freud (1953-54)*. Buenos Aires: Paidós Ibérica.
- Lacan, J. (2013). La Agresividad en Psicoanálisis. En *Escritos I* (pp. 107-128). Barcelona: Editorial Biblioteca Nueva.
- Le Gaufey, G. (2008). *El lazo especular. Un estudio travesero de la unidad imaginaria*. Córdoba: Editorial Edelp.
- Lutereau, L. (2012). El objeto a como mirada: la "Función Cuadro". Lacan y la obra de arte en el seminario 11. En *IV Congreso Internacional de Investigación y Práctica Profesional en Psicología XIX Jornadas de Investigación VIII Encuentro de Investigadores en Psicología del MERCOSUR*. Facultad de Psicología - Universidad de Buenos Aires, Buenos Aires.
- Manadoki, K. (2006). *Prácticas Estéticas e Identidades Sociales*. México: Siglo Veintiuno Editores.
- Martínez, M. (2006). La Investigación Cualitativa (Síntesis Conceptual). *Revista IIPSI*, 9(1), 123-146.
- Martínez, C. (2012). El muestreo en investigación cualitativa. Principios básicos y algunas controversias. *Revista Ciência & Saúde Coletiva*, 17(3),613-619.
- Marty, P. y M'Uzan, M. (1974). *Los movimientos individuales de vida y de muerte*. Barcelona: Editorial Toray.
- Mauss, M. (1979). Técnicas y Movimientos Corporales. En *Sociología y Antropología* (pp. 337-356). Madrid: Editorial Tecnos.
- Merleau-Ponty, M. (1957). *Fenomenología de la Percepción*. Barcelona: Editorial Planeta.
- Merleau-Ponty, M. (1966). *Lo visible y lo Invisible*. Barcelona: Editorial Seix Barral.

Mesa, C. y Moral de la Rubia, J. (2011). Obesidad: Una aproximación desde la psicología psicoanalítica. *Aperturas Psicoanalíticas*, 37.

Ministerio de Salud (2011). Encuesta Nacional de Salud. Santiago, Chile. Extraído el 10 de Octubre de 2015 en <http://www.minsal.gob.cl/portal/url/item/9ad9cbfb71ca4705e04001011e010283.pdf>.

[Organización Mundial de la Salud \(2015\). Programas y Proyectos. Extraído el 26 de Julio de 2016 en <http://www.who.int/bulletin/releases/NFM0715/es/>.](http://www.minsal.gob.cl/portal/url/item/9ad9cbfb71ca4705e04001011e010283.pdf)

Ministerio de Salud (2015). Promoción de Salud y Participación Ciudadana. Elige Vivir Sano. Extraído el 14 de enero de 2017 en <http://www.minsal.gob.cl/portal/url/item/9ad9cbfb71ca4705e04001011e010283.pdf>.

[Organización Mundial de la Salud \(2015\). Programas y Proyectos. Extraído el 26 de Julio de 2016 en <http://www.who.int/bulletin/releases/NFM0715/es/>.](http://www.minsal.gob.cl/portal/url/item/9ad9cbfb71ca4705e04001011e010283.pdf)

Miranda, G. (2003). *Jacques Lacan y lo fundamental del Psicoanálisis*. Santiago de Chile: LOM Ediciones.

Nasio, J. (2001). *La Mirada en Psicoanálisis*. Barcelona: Gedisa Editorial.

Nasio, J. (2008). *Mi cuerpo y sus imágenes*. Buenos Aires: Editorial Paidós.

Piret, A., Nizet, J. y Bourgeois, E. (1996). *Análisis Estructural: Un método de análisis de Contenido*. Bruselas: Editorial Boeck Université.

Radiszcz, E. (2005). Corte del ojo y montaje de la mirada. *Actualidad Psicológica*, 32, 2-7.

Radiszcz, E. (2009). Algunas observaciones sobre la tesis de la declinación del padre y la cuestión de la Ley en psicoanálisis. *Revista de Psicología*, (18)1, 9-29.

Rascovsky, A. (1952). *Estudio psicossomático del síndrome adiposo-genital. Patología Psicossomática*. Buenos Aires: Editorial Ateneo.

- Recalcatti, M. (2006). Las tres estéticas de Lacan. *En las tres estéticas de Lacan. Psicoanálisis y Arte* (pp.9-36). Buenos Aires: Ediciones del Cifrado.
- Reisfeld, S. (2004). *Tatuajes: Una Mirada Psicoanalítica*. Buenos Aires: Paidós Ibérica.
- Ricciardelli, L. & McCabe, A. (2003). MPSociocultural influences on body image and body changes among adolescent boys and girls. *Journal of Social Psychology*, 143, 5-26.
- Richardson, H. (1939). Obesity as a manifestation of neurosis. *Journal Medical Clinics of North America*, 30, 1187-1202.
- Rivarola, M. (2003). La imagen corporal en adolescentes mujeres: Su valor predictivo en trastornos alimentarios. *Fundamentos en Humanidades*, 4(8), 149-161.
- Rivière, J. (1979). *La feminidad como Máscara*. Madrid: Tusquets Editores.
- Ruskin, J. (1851-1853). *Las piedras de Venecia*. Valencia: F. Sempere Y Cia. Editores.
- Salaberria, K., Rodriguez, S. y Cruz, S. (2007). Percepción de la imagen corporal. *Osasunaz*, 8,171-183.
- Sartre, J. (1966). *El ser y la nada*. Buenos Aires: Editorial Losada.
- Schick, Alfred. (1947). Psychosomatic Aspects of Obesity. *Psychoanalytic. Review*, 34, 173-183.
- Simon, R. (1963). Obesity as a depressive equivalent. *Journal American Medical Association*, 3(183), 208-215.
- Smolak, L., (2004). Body image in children and adolescents: where do we go from here?. *Journal of Social Psychology*, 1(1), 15-28.

Suárez, H. (2013). Horizontes y perspectivas de método de análisis estructural desde América Latina. *En Escucha de la escucha* (pp.275-293). Santiago de Chile: LOM Ediciones.

Tendlarz, E., Oldecop, B., Donghi, A., Rodríguez, M. y Weitzman, E. (2009). Obesidad: una modalidad de Goce. I Congreso Internacional de Investigación y Práctica Profesional en Psicología XVI Jornadas de Investigación Quinto Encuentro de Investigadores en Psicología del MERCOSUR. Facultad de Psicología - Universidad de Buenos Aires, Buenos Aires.

Thibierge, S. (2013). *Clínica de la Identidad*. Santiago de Chile: Editorial Pólvora.

Wittgenstein, L. (1953). *Investigaciones Filosóficas*. Londres: Macmillan.

Yépez, A. (2015). El tatuaje y la mirada: un enfoque psicoanalítico. Tesis para optar al título de psicólogo. Universidad de las Américas: Escuela de Psicología: Santiago.

Zamorano, A. (2009). Imagen corporal en adolescentes con obesidad evaluada a través del Dibujo de la Figura Humana y la Escala de Evaluación de Insatisfacción Corporal (EEICA). Tesis para optar al grado de Psicólogo. Universidad de Chile: Santiago.

Zukerfed, R. (2011). *Psicoterapia en la obesidad*. Buenos Aires: Letra Viva.

VII. ANEXOS

Anexo 1: Pauta Entrevista Participantes

<p>Identificación de la Entrevistada</p>	<ul style="list-style-type: none"> • ¿Cómo te llamas? • ¿Cuántos años tienes? • ¿A qué te dedicas? • ¿Cuáles son tus principales intereses? 	
<p>Conocimiento Estructura Familiar</p>	<ul style="list-style-type: none"> • ¿Cuéntame de tu familia? • ¿Cómo se compone? • ¿Con quién tienes mayor afinidad? • ¿Cómo describirías a tu familia? 	
<p>Significados asociados a su corporalidad</p>	<ul style="list-style-type: none"> • ¿Cómo percibes tu cuerpo? 	<ul style="list-style-type: none"> - ¿Lo encuentras bonito, feo? - ¿Te sientes conforme/disconforme con él? - ¿hay alguna parte en particular de tu cuerpo que te guste? ¿por qué?
	<ul style="list-style-type: none"> • ¿Cómo piensas que la gente/sociedad percibe tu cuerpo? • ¿Qué recuerdas que te decían de tu cuerpo? 	<ul style="list-style-type: none"> - ¿Eso cómo te hace sentir?

	<ul style="list-style-type: none"> • ¿Has sido parte o recuerdas algún episodio donde has visto que alguien juzgue o emita un comentario negativo sobre el cuerpo de otro? 	<ul style="list-style-type: none"> - ¿Qué piensas de eso? - ¿Por qué crees que eso pasa? - ¿Si tú estuvieras en el lugar de esa persona, como hubieses reaccionado?
	<ul style="list-style-type: none"> • ¿Qué crees que significa tener un cuerpo determinado en la actualidad? 	<ul style="list-style-type: none"> - ¿Crees que tiene algunos beneficios lograr un cuerpo determinado o dificultades el no tenerlo? - ¿Piensas que en la actualidad se acepta o rechaza la diversidad corporal?
	<ul style="list-style-type: none"> • ¿De niña jugabas a las <i>Barbies</i>? • ¿Qué recuerdas de esos juegos? • ¿Cómo llegaron las <i>Barbies</i> a ti? 	<ul style="list-style-type: none"> - ¿Por qué si, por qué no?
	<ul style="list-style-type: none"> • ¿Crees que la percepción que tiene la gente de tu cuerpo influye en la visión que tienes tú de él? 	<ul style="list-style-type: none"> - ¿Cómo crees que influye?
	<ul style="list-style-type: none"> • ¿crees que la obesidad es discriminada? • ¿Si la obesidad no fuera socialmente discriminada, crees que la forma en que concibes tu cuerpo sería otra? 	

	<ul style="list-style-type: none"> • ¿Recuerdas cuando tu cuerpo comenzó a ser importante para ti? 	- ¿En qué época fue? ¿Qué fue lo importante de tu cuerpo?
Conocimiento sobre la formación de su corporalidad	<ul style="list-style-type: none"> • ¿percibes algunos hitos importantes en tu vida que han influido en la forma que tienes de concebir tu cuerpo? 	
	<ul style="list-style-type: none"> • ¿has pensando siempre lo mismo de tu cuerpo? 	- ¿Cuándo no? ¿Por qué?
	<ul style="list-style-type: none"> • ¿Qué significados crees que tiene la corporalidad para tus padres? ¿compartes su opinión? 	
	<ul style="list-style-type: none"> • ¿Qué crees que piensan tus padres de tu cuerpo? • ¿Qué te decían de niña de tu cuerpo? 	
Prácticas Corporales	<ul style="list-style-type: none"> • ¿Tus padres te incentivaron a practicar algún deporte, danza o actividad corporal? 	- ¿Por qué razón crees que lo hicieron?
	<ul style="list-style-type: none"> • ¿Haces alguna práctica corporal? ¿tus amigos? ¿tus padres? ¿crees que se sienten cómodos con su cuerpo? 	- ¿Cuáles son los motivos que te/los llevan a desarrollar esa práctica? - ¿Qué piensas de eso?

	<ul style="list-style-type: none"> • ¿Te sentías/sientes cómoda con las clases de educación física en el colegio? 	<ul style="list-style-type: none"> - ¿Te hubiese gustado agregar o quitar algo de esa práctica? ¿Por qué?
<p>Significados de la Obesidad</p>	<ul style="list-style-type: none"> • ¿Qué piensas de tu obesidad/cuerpo? • ¿Cómo se forma? ¿fue progresivo, más o menos rápido? • ¿reconoces alguna razón que la gatillara? • ¿Cómo crees que te ha marcado tener obesidad? • ¿Cuándo miras hacia atrás y ves todos los hitos que han marcado tu cuerpo, que piensas de tu cuerpo en la actualidad? 	

ANEXO 2: Consentimiento informado para participantes

Título de la investigación: “*Estudio sobre la Participación de la Mirada en mujeres adultas con Obesidad*”

Investigador/Tesista: Ps. Caroll Bergenfreid Schleyer, estudiante de Magister en Psicología Clínica de Adultos, Departamento de Psicología, Facultad de Ciencias Sociales, Universidad de Chile. E-mail: caroll.bergenfreid@gmail.com

Profesor Guía: Dr. Esteban Radiszcz Sotomayor

En el marco del Programa de Magister en Psicología Clínica de Adultos de la Universidad de Chile, la tesista Ps. Caroll Bergenfreid se encuentra desarrollando una investigación que busca conocer la participación de la mirada en la construcción corporal de mujeres con obesidad. Si acepta participar en este estudio, usted será entrevistado por la investigadora. Esta entrevista tendrá una duración de aproximadamente una hora y será grabada en audio para fines de transcripción y posterior análisis de la información.

Antes de aceptar participar, se solicita que lea atentamente los siguientes apartados generales:

- Su participación en este estudio es voluntaria: no podrá obtener beneficios materiales o financieros derivados de éste.
- Podrá pasar por alto las preguntas que no quiera responder o retirarse en el momento que desee sin ser sancionado por ello ni exponer ninguna razón.
- Los datos tienen estricto carácter confidencial. Toda información proporcionada será utilizada para propósitos exclusivamente académicos y conocida sólo por investigadores/as. Se realizará un registro en formato audio de la entrevista llevada a cabo por el investigador, la cual será posteriormente transcrita para el procesamiento y análisis de la información. Tanto el investigador como el profesor se comprometen al resguardo de los datos.
- Su participación es de carácter anónimo, su identidad no será revelada y las publicaciones que deriven del estudio se harán de forma que no sea posible identificar la fuente de información. La investigadora está dispuesta a responder a sus preguntas concernientes a este estudio, tanto en lo relativo al proceso de entrevista, como al objetivo de estudio o los resultados de éste, siempre y cuando esto no entre en conflicto con el compromiso de confidencialidad con respecto a

los datos de otros interlocutores.

- Usted, en calidad de participante podrá solicitar tener acceso al estudio una vez que éste haya sido publicado.

EXPRESIÓN DEL CONSENSO PARA PARTICIPAR EN EL ESTUDIO

He sido consultado por la investigadora Ps. Caroll Bergenfreid sobre mi participación en el "*Estudio sobre la Participación de la Mirada en mujeres adultas con Obesidad*"

Este escrito me fue leído, he entendido su contenido y estoy dispuesta a participar en la investigación.

Con mi firma acepto la participación voluntaria. Una copia de este consentimiento me será entregada.

Nombre:

Número de Cedula de Identidad.

Firma del/la participante:

Fecha:

DECLARACIÓN DE CONSENSO INFORMADO

Declaro haber explicado atentamente los objetivos y la naturaleza de este estudio al participante arriba mencionado, en un lenguaje apropiado y comprensible. La participante ha tenido la posibilidad de discutir conmigo todos los detalles. He respondido a todas sus preguntas y dudas y ha aceptado participar en el estudio.

Nombre:

Número de Cedula de Identidad.

Firma del investigador:

Fecha:

ANEXO 3: Consentimiento informado para Nutricionistas

Título de la investigación: *“Estudio sobre la Participación de la Mirada en mujeres adultas con Obesidad”*

Investigador/Tesista: Ps. Caroll Bergenfreid, estudiante de Magister en Psicología Clínica de Adultos, Departamento de Psicología, Facultad de Ciencias Sociales, Universidad de Chile. E-mail: caroll.bergenfreid@gmail.com

Profesor Guía: Dr. Esteban Radiszcz Sotomayor

En el marco del Programa de Magister en Psicología Clínica de Adultos de la Universidad de Chile, la tesista Ps. Caroll Bergenfreid está llevando a cabo una investigación que busca conocer la participación de la mirada en la construcción corporal de mujeres con obesidad. Si acepta participar en este estudio, usted será contactado/a por la investigadora vía presencial o telefónica, para colaborar con el reclutamiento de participantes que reúnan los parámetros referidos a Obesidad o/y Obesidad Mórbida considerados por la tabla IMC. Si alguno de sus pacientes se observa interesado en participar en el presente estudio, la investigadora se contactará directamente extendiendo la invitación de modo formal.

Antes de aceptar participar, se solicita que lea atentamente los siguientes apartados generales:

- Su participación en el reclutamiento de participantes es voluntaria: no podrá obtener beneficios materiales o financieros derivados de éste.
- Los datos obtenidos tienen estricto carácter confidencial. Toda información proporcionada por los entrevistados será utilizada para propósitos exclusivamente académicos y conocida sólo por investigadores/as. Se realizará un registro en formato audio de la entrevista llevada a cabo por la investigadora, la cual será posteriormente transcrita para el procesamiento y análisis de la información. Tanto la investigadora como el profesor guía, se comprometen al resguardo de los datos.

- Ni su identidad ni la del paciente serán reveladas y las publicaciones que deriven del estudio se harán de forma que no sea posible identificar la fuente de información.
- La investigadora está dispuesta a responder a sus preguntas concernientes a este estudio, en lo relativo al objetivo de estudio o los resultados de éste. En ningún caso se expondrán datos que refieran a la historia del paciente, o dudas de carácter clínico. De ser necesario, la investigadora se compromete a realizar una derivación psicoterapéutica, que asegure la integridad del participante.

EXPRESIÓN DEL CONSENSO PARA PARTICIPACIÓN DE NUTRICIONISTAS EN EL ESTUDIO

He sido consultado por la investigadora Ps. Caroll Bergenfreid sobre la participación en el reclutamiento de participantes para el "*Estudio sobre la Participación de la Mirada en mujeres adultas con Obesidad*". Esta página me fue leída, he entendido su contenido y estoy dispuesto/a a aceptar la cooperación en la selección de la muestra de esta investigación.

Con mi firma acepto mi participación voluntaria. Una copia de este consentimiento me será entregada.

Nombre:

Número de Cedula de Identidad.

Firma del/la participante:

Fecha:

DECLARACIÓN DE CONSENSO INFORMADO

Declaro haber explicado atentamente los objetivos y la naturaleza de este estudio al participante arriba mencionado, en un lenguaje apropiado y comprensible. El/la participante Nutricionista ha tenido la posibilidad de discutir conmigo todos los detalles. He respondido a todas sus preguntas y dudas y ha aceptado participar en el estudio.

Nombre:

Número de Cedula de Identidad.

Firma del investigador:

Fecha:

ANEXO 4: Pintura de Hans Holbein, 1533: “Los Embajadores”

